

Esta primera antología cuenta con historias y estilos muy diversos.

"Santiago" es una aventura, que nos enfrenta a todos y cada uno de nuestros infiernos. También es un reconocimiento personal a los años en Irlanda, a Malasia y a mis recuerdos.

"El sueño de Tarek" es un cuento para todas las edades. Un viaje a nuestra infancia y al mundo que nos rodea.

"Las Tribulaciones de Martín Máximo Cuevas" es una novela negra. Un homenaje al barrio de Lavapiés, en Madrid; también a España y a los amigos que quedan allí.

Finalmente "Los Náufragos" es una breve alegoría. Quizás tan solo una declaración de principios.

La Brújula

Según la burocracia he nacido en Marzo de 1973, en Corrientes (Argentina).

Pero un día, al partir hacia Europa, parte de esa vida se perdió. Renací en Dublín (Irlanda), y luego otra vez más, en Barcelona y Madrid (España).

Hoy día confieso sentirme tan argentino como irlandés; y tan irlandés como español.

Soy parte de los treinta países que recorrí y ellos son parte de mí.

Tal vez sea un desterrado, pero no un apátrida.

Mi patria será siempre donde esté mi familia y mis amigos.

Mi patria será siempre el viento y los pueblos distantes.



Carlos Díaz Calvi

La Brújula

Carlos Díaz Calvi

La Brújula



deauno.com

LA BRÚJULA
(NOVELAS Y CUENTOS)

CARLOS DÍAZ CALVI

LA BRÚJULA

(NOVELAS Y CUENTOS)

Ediciones deauno.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

© 2004, Carlos Diaz Calvi

© 2004, deauno.com (de ELALEPH.COM S.R.L.)

contacto@elaleph.com

<http://www.elaleph.com>

Primera edición

ISBN

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en el mes de marzo de 2004 en
Docuprint S.A., Rivadavia 701,
Buenos Aires, Argentina.

Esta recopilación, en su conjunto, está dedicada a la memoria de mi padre, al recuerdo de mis abuelos, a la grandeza de mi madre, la humanidad de mi hermana y a toda su familia. También a mis amigos, a los que aún están y a lo que ya se fueron; a cada una de las personas que amé y a quienes me acompañaron durante alguna parte del camino. Pero especialmente está dedicada a la madre de mis futuros hijos, quien quiera que sea... donde quiera que esté.

**LAS TRIBULACIONES DE
MARTÍN MÁXIMO CUEVAS**

Dedicado a todos y a cada uno de mis amigos en España.

*Escrita en Lavapiés, Madrid (España)
(02/2004 –03/2004)*

Registrado en Madrid, Marzo de 2004

Tribulación (f.)

1. Congoja, pena, tormento o aflicción moral.
 2. Persecución o adversidad que padece el hombre.
- [Del lat. tribulatio, -onis]

PRÓLOGO

Pocas palabras resultan más pomposas que ésa: *Tribulación*.

Su sonido, por alguna razón, produce una extraña y desagradable sensación. Una deshonrosa virtud que comparte con otras tantas palabras de nuestro diccionario.

Simplemente suena mal, una forma innecesaria. Una expresión rebuscada.

Pero nada, de todas formas, se caracteriza por su simpleza en éste relato.

Martín Máximo Cuevas es también un nombre fastuoso, por motivos legales es ficticio, como el de otras personas reales con nombres inventados que tomarán contacto con él en el transcurso de ésta obra.

Su nombre real, en verdad, no es mucho más sencillo que aquél; es que nada en la vida de éste periodista jamás lo ha sido.

Ya habréis adivinado de quién se trata. No podía ser otro, esta claro.

Muchos en este bendito país hemos seguido de cerca su carrera, y no pocos se sumaron después, cuando sucedió la tragedia; le hemos dedicado interminables tertulias en el café, nuestra compasión, y luego nuestro desprecio.

El nombre real de *Martín Máximo Cuevas* produce, en definitiva, la misma desagradable sensación que su nombre ficticio, pero es responsabilidad de todos nosotros llegar al fondo de aquella cuestión, a la verdad; llegar a comprender cómo pudo ocurrir un caso así en España.

Ésta es la historia omitida, la verdad callada.

Un repaso, sin censuras, de lo que ocurrió en Madrid hace no mucho tiempo, el año que fuimos todos víctimas en un tren, el año que hubo un asesino suelto en Lavapiés.

CAPÍTULO UNO

Este relato comienza después del verano en Chinchón, un pueblo no muy lejos de Madrid. El 11-M y las elecciones fueron quedando en el pasado, como ocurre siempre; la gente intentó retornar a la rutina, las estaciones nuevamente se poblaron, todos prefirieron creer que las cosas volverían a la normalidad con el paso del tiempo... y no se equivocaron, aunque para algunos la tragedia no había siquiera comenzado.

Chinchón es un sitio apacible, un pueblo curioso, lo suficientemente cerca de Madrid como para atraer a miles de turistas durante las fiestas patronales, todos ellos ansiosos de perderse en sus callejuelas o ávidos por hacerse con una modesta mesa con mantel de hule con vistas a la peculiar plaza de toros.

Si quitáramos los fines de semana o las ferias, visitar Chinchón sería, a fuerza de ser sinceros, un menudo coñazo.

La plaza central es su ancestral tesoro, y como todo ancestral tesoro que se precie, está en ruinas. Ya no hay toros; ya no está el inmortal Cantinflas para pasearse por el ruedo, pero aún así la plaza conserva su inigualable encanto.

Esta historia comienza allí, aunque en realidad en ese sitio comienzan a ver la luz las consecuencias. Siempre recordamos solo eso, las consecuencias.

Martín y Cristina caminaban lentamente alrededor de la plaza, donde decenas de artistas callejeros y hippies enseñaban animosamente sus productos.

El joven estaba obligado a sonreír cada vez que su novia le enseñaba alguna baratija; cada tanto quedaba aun mejor pronunciar un “eso no me gusta” o un “ya tienes uno parecido en casa”, aunque sus pensamientos estaban visitando seguramente otros sitios.

Ella, cada tanto se percataba que él no pestañaba, había leído sobre eso en una revista barata, cuando el oyente no pestañea es porque está pensando en otra cosa. Entonces, sin ánimos de molestar pero con aún menos predisposición a ser ignorada quedaba ella también inmóvil, mirándole a los ojos, hasta que él se diera cuenta y reparara su error valiéndose de una caricia o un beso en la frente.

—Tino —le dijo ella al oído—. ¿En que piensas?

—En ti princesa —le respondió despeinando sus cabellos—. ¿En quién más pensaría si no fuera en ti?

Siguieron caminado

Hacia doce años que la escena se repetía en aquél mismo lugar, regresaban cada año en la misma fecha para celebrar su aniversario.

Martín Máximo Cuevas sonreía muy poco, pero si había alguien que podía robarle una sonrisa esa persona era Cristina, su novia, compañera, amante y amiga.

Tino era el apodo cariñoso que le daba ella, tan alejado de aquel *Máximo* proveniente de las batallas romanas que ilustraron la juventud de su abuelo; alejado también de aquel *Martín* que nunca había dejado de ser, a su entender, un tonto esfuerzo de continuidad histórica por parte de su padre, quien omitió el más que evidente hecho que Martín Máximo había salido calcado a su madre, heredando, si cabe, tan solo una pizca de su testarudez.

Él la llamaba tan solo *princesita*; Cristina poseía una belleza muy particular, era atractiva sin ser extremadamente llamativa. Una de esas mujeres que no llaman particularmente la atención de lejos pero de cuyos ojos, delicadeza y sencillez no es fácil despegarse.

Martín Máximo Cuevas era periodista, redactor, corresponsal y director; todas esas profesiones fundidas en una, y ninguna a la vez. Hasta hacía poco tiempo había sido el periodista más galardonado del diario madrileño *La Nación*. Un especialista en encontrar historias de esas que se esconden en cada esquina. Experto en contarlas de tal forma que nadie pudiera evitar conmoverse o identificarse con aquellos personajes, que además, como si les hubiera faltado algo, eran reales.

Esta capacidad lo llevó a ser uno de los corresponsales españoles en la guerra de Irak en el 2003, un conflicto del que acababa de regresar. Él mismo financió con sus ahorros aquella aventura ya que nadie había confiado que aquellas pequeñas historias urbanas que él contaba podrían despertar el menor interés de los lectores ante el aluvión de noticias, mucho más morbosas e impactantes, que llegaban del frente.

Para sorpresa de todos, sus historias recorrieron el mundo y mostraron una perspectiva antes omitida de las víctimas de la guerra y de sus victimarios.

Registró la soledad y el abandono de los huérfanos en el sur de Irak, la alegría del pueblo por la caída del régimen opresor y la tristeza de esa misma gente al darse cuenta lo poco que todo cambiaría en el futuro. Y así, sus pequeñas historias de veinte líneas invadieron los principales periódicos europeos; historias de vida y esperanza, pero por sobre todo de humanidad; Una ternura que convertía a cada uno de sus personajes en seres de carne y hueso, una imagen bien distinta a la que se empeñaban en mostrar otros medios, aquella que transformaban en fría estadística la angustia de miles de desheredados.

Martín fue, como bien recordamos, una de los cronistas más imparciales en aquellos días del 11-M. Mientras aún todos estábamos absortos por las cambiantes noticias.

Ofertas de trabajo y premios fueron el escenario de Martín Máximo Cuevas durante las dos semanas posteriores a su regreso. Fue testigo de las miradas de envidia por parte de colegas y del reconocimiento del ciudadano, que siempre es silencioso y por eso, el más apreciado.

Como ocurre en estos casos, nadie conocía su cara, que de más esta decir, tampoco era muy agraciada. Pero un programa especial de televisión requirió su presencia, y de ahí en más su rostro quedó asociado, de una u otra forma, con el del *Periodista Ejemplar*, independiente, correcto y sensible

El mejor amigo de Martín Máximo era José Luís Claros, también periodista. Juntos habían compartido muchos cafés rodeados de historias y personajes. José Luís se dedicaba a los sucesos policiales, tan lejanos al gusto profesional de Martín Máximo; estaba claro que se necesitaban mutuamente; no pocas de las historias de Martín necesitaban la revisión técnica de José Luís, y muchos reportajes e investigaciones de éste último eran ajenos a la ración de justicia, humanidad, o la falta de ellas, que rebosaban en las crónicas de Martín.

Sea como sea, con más dinero, reconocimiento y ofertas, Martín decidió independizarse y asociarse con su amigo. Querían lanzar un periódico que fuera sencillo y objetivo, principios básicos de todo impreso informativo por nacer; principios violables y modificables a destajo según conveniencias eventuales, estaba claro.

El periódico se llamaría *La Mañana*, un éxito seguro.

No tuvo problemas la nueva publicación en tener una acogida aceptable ya que, a raíz de los premios de Martín y las habilidades en el plano económico y sensacionalista de José Luís, no fueron pocos los madrileños que buscaron en ella refugio de las convenientemente orientadas noticias que encarpataban las calles de la capital todas las mañanas.

–Mira que bonito pendiente –le comentó Cristina, señalando un pequeño complemento a todas luces oriental–. Es muy parecido al que me trajiste de allá, de Turquía.

–Pues si, tienes razón –le contestó Martín acercándose un poco más al diminuto objeto.

–Y la etiqueta dice también “Niüroz” –insistió la joven, intentando pronunciar en inglés una palabra kurda Newroz.

–“Neurós” –le corrigió el vendedor, mientras subrayaba imaginariamente las cinco letras del papelillo.

–¿No es bonito? –volvió a preguntarle a Martín.

–Pues si, si que lo es, es un adorno típico de las fiestas de Marzo en Kurdistán, ya te lo he contado.

–¿De esas que estaban prohibidas? ¿Ésas que me has contado?

–Si, precisamente ésas –le respondió el periodista, respaldado por el gesto afirmativo del joven artesano.

–¿Me la compras?

–Si ya tienes un par en casa mujer...

–Gracias, gracias señora –se apresuró a mencionar el muchacho, intentando asegurar la venta. –¡Cinco euros!

Martín le entregó el billete de diez mientras ella daba pequeños saltitos de alegría y guardaba en su bolso el paquete con los pendientes. Al fin y al cabo no le costaba demasiado consentirle caprichos a su novia, y aquel detalle sería bien recompensado a posteriori.

–¿Eres kurdo entonces? –le preguntó Martín, desconfiado.

–Si señor, de Tikrit, en el norte de Irak... ahí vive mi familia.

–Bien, bien... pero eres muy joven... ¿Qué haces aquí?

–Es larga historia –le respondió el muchacho mientras contaba las monedas –Pude escapar de allí poco antes que se inicie la guerra, escondido en un camión. Luego, en Turquía, pedí ayuda a unos familiares y ellos me escondieron en otro camión que iba a Francia, permaneci allí una semana, con poca comida y casi sin agua.

–Pero. ¿Que haces aquí, en España? –interrumpió impaciente Cristina, que ya quería terminar la charla.

–Es que mi padre vive en Madrid, vino a buscar trabajo hace diez años. Enviaba buen dinero a mi madre pero hace dos años que no sabemos nada de él. Necesitamos el dinero, para comida y alimentos, la miseria es absoluta y necesito encontrarlo. –los ojos de Cristina se iluminaron de emoción y sólo pudo pronunciar aquel *pobrecito* tan característico de ella.

–¿Cómo es tu nombre muchacho? –le preguntó Martín.

–Yuhannà

–¿Y has encontrado a tu padre, Yuhannà?

–No, aún no he podido llegar a Madrid, he estado trabajando en el norte por la temporada, y ahora intento llegar hasta allí para buscarlo

–Pero al menos sabes por donde empezar... ¿O no?

–Si, aquí tengo la dirección de un bar, en el barrio de Lavapiés, donde trabajaba o trabajaba hasta la última carta que recibimos. –les dijo el muchacho mientras hurgaba en sus bolsillos y les enseñaba un viejo papel garabateado donde aparecía el nombre del bar El Alcázar, aparentemente situado en aquél castizo barrio madrileño.

–Seguramente le agradecerá saber de ti, ya verás que todo saldrá bien. –le alentó Cristina.

–¿Y hasta cuando piensas quedarte en éste pueblo? –le preguntó Martín.

–Hasta que junte suficiente dinero para el billete hasta Madrid.

–¡Joder hombre! Con gusto te acercaremos nosotros mañana, no tienes por qué seguir sufriendo esto, no te hagas mayores problemas. ¿Tienes un lugar donde pasar la noche? –insistió Martín, que ya se había creído la historia y desde siempre sentía interés en el pueblo kurdo y sus padecimientos.

–Si, estoy durmiendo en la casa de un buen hombre en la calle del Generalísimo. Es un buen hombre, se llama Antonio y es dueño de una tasca. También me da comida gratis. –confesó emocionado.

—¿Estás seguro que no necesitas nada más, dinero, abrigo? —insistió Cristina.

—No, gracias, muchas gracias, mi madre me ha dado ésta medalla... es de oro, vean, perteneció a su familia; esto me protegerá como lo ha hecho con todos nosotros hasta ahora. Nada podrá cruzarse en mi camino mientras la lleve conmigo, ni las enfermedades, ni la muerte, nada —agregó el joven.

Una clienta impaciente los interrumpió, él le pidió un minuto, sonrió a la pareja, y antes de despedirse besó las manos de Martín y Cristina agradeciéndoles nuevamente por su generosidad.

—No hay nada que agradecer, hombre. Nos encontramos mañana aquí, a las siete de la tarde y no se habla más —insistió Martín alentado por la sonrisa consecuente de Cristina.

La pareja siguió recorriendo los puestos por un rato más, fingiendo interesarse por otros cachivaches de los tantos que se ofertaban a su derredor, pero sus pensamientos acompañaban la ilusión y los sueños de aquél, su nuevo amigo, mientras éste continuaba vendiendo con éxito sus collares y pendientes.

Luego recorrieron a pie, tomados de la mano, el camino que los separaba de su hotel.

Por la noche, después de la ducha y antes de dormir, mientras Martín ojeaba el ya obsoleto diario del sábado, comentaron un poco más lo que había sucedido. “Que muchacho tan agradable” —pensó en voz alta Martín mientras, sentada a su lado, Cristina secaba sus cabellos. Ella luego se introduciría en la cama y apoyaría su cabeza, aun húmeda, sobre la tetilla izquierda de Martín, intentando adivinar con la mirada, sin preguntar, en qué línea del periódico abierto, concentraba sus fuerzas su prometido.

“Que muchacho tan agradable” fue, de algún modo, la última expresión sonora, comprensible, que se escuchó en la habitación antes que la pareja comenzara aquella danza entre sabanas que tanta falta les hacía.

Tal vez aún sensibilizados por haber vivido una tarde especial, por haber sido partícipes de una bella historia de amor y de sacrificio por parte de aquel joven kurdo, o tal vez solo víctimas de la misma pasión que los unía, aquella les pareció la mejor noche en mucho tiempo. Cristina estaba particularmente predispuesta a ser amada, y Martín a hacer gala más que nunca de su segundo nombre.

Un tiempo después, minutos, siglos...cuando el silencio se hizo nuevamente dueño de la alcoba, tuvieron el detalle mutuo del último duelo de narices acompañado de frases cariñosas antes de quedar profundamente dormidos.

En sueños, una pesadilla se hizo presente. Ella, para quién la noche había sido particularmente especial, no pudo conciliar el sueño. Él, dio vueltas y vueltas en la cama buscando una posición que sabemos, no existe.

Muy cerca de allí, el destino les estaba preparando una broma macabra.

CAPÍTULO DOS

La pareja despertó temprano, acaso solo minutos antes que el conserje golpeará la puerta de la habitación y ofreciera el desayuno con desgano.

–No pude pegar el ojo en toda la noche –aclaró Martín mientras humedecía su rostro en el lavabo–. Es la primera vez que me pasa algo así en mucho tiempo. Ni siquiera en misión tengo problemas para dormir.

–Habrá sido la cama, creo que no han cambiado este colchón en doce años. ¿O será que te he dejado exhausto? Se nota el paso de los años querido –bromeó Cristina.

–Nada de eso mujer, sabes que no es cierto, estoy hecho un toro. ¿O lo decías en serio?

–Hombres. Dios los crea y el viento los amontona; mi torito –concluyó en voz alta mientras se abrochaba el sujetador.

–No, lo digo en serio mujer. Tuve una pesadilla horrible y ahora no puedo recordarla. ¿No ves? Estoy empapado, he transpirado mogollón.

–Habrás estado soñando con la Ainoa esa de los cojones, la cantante.

–¿Pero que dices mujer? Estoy hablando en serio ¿Acaso no me crees?

–Que si tonto...Mira. Tienes un mensaje en el móvil, es de José Luis, ¿Quieres que te lo lea?

–Deja, deja, no quiero saber nada del curro, aún me queda este día para descansar –refunfuñó Martín

–Jolines Tito, puede ser importante. ¿En serio estás de mal humor? –insistió con dulzura la joven.

–Trae aquí mujer, trae. Hoy estás en esos días ¿Eh?

–Ya quisieras tu...– le respondió Cristina con una sonrisa pícar.

Martín Máximo leyó el mensaje de su amigo y ante el urgente requerimiento de éste último no le quedó más opción que llamarlo.

José Luis contestó inmediatamente.

–Cabrón, por fin. ¿Estás en Chinchón? –preguntó su colega.

–Sí, claro –respondió sin mayor interés Martín.

–Macho, no vas a creerlo, ha habido un asesinato en Chinchón –y continúa–. Hace cincuenta años que no matan a nadie en ese pueblo. Manda huevos, y tú estás allí para la primicia.

–¿Cómo te has enterado? –preguntó sorprendido Martín Máximo.

–Me han llamado de la Guardia Civil, hace como tres horas. Pero no te preocupes, estás a tiempo, han cerrado el lugar y solo te dejarán pasar a ti. Tú sabes cómo es esto.

–Joer tío, estoy aquí con Cristina. ¿Por qué no te haces cargo tú? –le reprochó Martín.

–Porque tú estás allí Tito... y yo: no. Aparte, no es pasional, al tío lo han degollao. Coño, piensa un poco en el diario.

–Está bien. Está bien. Me visto y voy a la comisaría. He tenido una mala noche –suspiró mientras se frotaba los párpados–. Te llamo luego cuando tenga algo más. ¿Vale?

José Luís se despidió y Martín apenas tuvo tiempo para comentarle a su novia la novedad. Cristina se molestó un poco pero luego depuso su actitud al ver que Martín Máximo estaba aún más enfadado por el cambio de planes.

La pareja desayunó en la planta baja del hotel y luego se despidieron en el portal. Cristina iría sola entonces a comprar regalos y una vasija, mientras que el periodista se apersonaría ante la benemérita para informarse mejor acerca de lo ocurrido. Después de todo quizás José Luís tenía razón y un crimen bien podía ser primicia del lunes, la gente en Madrid ya estaba harta de tanta noticia política y transfugas en el congreso.

Cuando Martín Máximo entró a la delegación, el propio comisario salió a recibirlo.

–Pase, pase Don Cuevas, lo estábamos esperando. Tome asiento aquí en mi despacho. Hace mucho tiempo, verá, que no vemos a gente famosa por aquí. –dijo el oficial enseñándole su mayúscula dentadura bajo el bigote.

–Yo no soy famoso. Disculpe que sea descortés pero estoy de vacaciones y he pasado una muy mala noche. Solo estoy aquí para informarme de lo que ha sucedido.

–No ha dormido bien, veo –dedujo el aprendiz de Sherlock.

–No, nada bien.

–¿Puedo ofrecerle un café entonces? –insistió.

–Sí, por favor –contestó resignado–. Un café me vendría bien.

El comisario volvió a ponerse de pie y dirigiéndose hacia la puerta gritó...

–Álvarez, un café para el doctor, hombre. ¿Qué esperas?

–No soy doctor. –le corrigió Martín.

–No se preocupe, Álvarez no lo sabe. –fue la respuesta absurda de aquel hombre.

Martín Máximo creyó haber sido secuestrado por los productores de *Amanece que no es poco*, pero cambió de parecer al darse cuenta que éstos personajes eran aún más extravagantes.

El comisario, nuevamente en su silla, ahora sí fue directamente al grano.

–¿Entonces, en que puedo ayudarlo? –le preguntó.

–Bueno, tengo entendido que se ha producido un homicidio en el pueblo. ¿No es así? –preguntó Martín.

–Sí, si. Es verdad. Pero no es de por aquí.

–¿Quién no es de por aquí?... ¿El asesino? ¿El muerto?

–El muerto. El muerto no es de aquí y el asesino tampoco... eso se lo aseguro.

Un cabo le acercó el café y quedó esperando a ver que tal estaba... Martín Máximo lo probó y le agradeció con un gesto. El cabo, entonces, intervino...

–Al susodicho occiso se lo han cargao con un cuchillo de carnicero así de grande –acompañando la descripción con sus manos.

–Mire Don Cuevas –interrumpió el comisario–. Este lugar se llena de chinos en verano, y usted sabe como son, son todos así un poco como los ninjas esos cuando se enfadan. Alguno se habrá cabreado con éste cristiano y se lo ha cargao; así de simple.

–Solo que en este caso era un moro y no un cristiano –aclaró el cabo.

Martín Máximo cambió la expresión de su rostro ante la posibilidad de que aquel sea su malogrado colega Yuhannà. No había visto muchos “moros” en Chinchón.

–Me gustaría que me enseñéis el cuerpo, si no es molestia.

–No hay problemas Doctor –le dijo el joven oficial que estaba a su lado–. Lo llevaremos de inmediato al lugar del crimen.

Por extraño que parezca, todos aquellos personajes parecieron disfrutar de la entrevista. Como si aquellos quince minutos de gloria que les había prometido Warhol llegaran precisamente en aquel instante.

El sitio indicado era un estrecho callejón por el que no cabía un automóvil. Una camioneta policial hacía imposible la vista para los curiosos que ya se habían congregado.

Recién al acercarse al final del corredor Martín pudo reconocer los zapatos de un hombre tendido en suelo y cubierto con un plástico negro. Es que no eran pocas las bolsas de basura que se arrojaban en aquel sitio. A juzgar por la silla que se había procurado el guardia que lo custodiaba, el cuerpo debían llevar allí un par de horas.

Un hombre de traje también acompañaba al periodista, al comisario y el cabo hasta la escena del crimen. En el camino, sin darse tiempo para respirar se presentó como un concejal local y le pidió a Martín Máximo máxima discreción respecto al asunto ya que según él aquel era un pueblo muy tranquilo.

El panorama lejos estaba de ser auspicioso.

El guardia, ya cansado, parecía tener en claro que el que allí yacía no intentaría escapar, y recriminó a su compañero la tardanza con un “Joer, macho. Cómo me han clavao toda la mañana con el morito de los cojones”. El comisario le interrumpió con la seña universal para que se quedase callado.

–Cabo. Muéstrele a Don Cuevas aquí el difunto.

El oficial se acercó de mala gana y levantó lentamente el plástico que cubría la parte superior del cuerpo.

Martín Máximo no tardó en reconocerlo, aunque guardó para sí la sorpresa y aquella sensación de extrañeza que le producían los cadáve-

res. No le parecían personas, le parecían muñecos, no encontraba en ellos ninguna expresión familiar, nada humano. No había pasado mucho tiempo desde el ataque terrorista en Madrid, y él había sido uno de los primeros en acercarse a la estación de Atocha, aquel triste día de Marzo, para ver qué había ocurrido. Fue aquella vez la primera vez, después de muchas guerras ajenas, que Martín había visto con sus propios ojos a *su gente*, centenares de españoles, madrileños, despedazados sin ninguna razón aparente. Pudo confirmar aquella vieja teoría de “vecindad”, que nos hace tomar de una forma a los muertos ajenos y distantes, como algo que sucede en la vida de los demás... en otros pueblos... pero que, al producirse muy cerca del hogar, produce una sensación de impotencia e indefensión pasmosa.

“Bienvenidos al primer mundo” fue lo que Martín pensó al enterarse del número de víctimas que había producido aquella canallada.

Ahora estaba frente al muchacho aquél, el que parecía un muñeco tirado en el suelo. Aquel que le había contado su propia historia la tarde anterior... Ya le habían explicado, en Kosovo para ser precisos, que los músculos faciales permanecen tensos durante toda la vida, aún mientras dormimos; era por ese motivo que el rostro sin vida de alguien que habíamos conocido en vida resultara tan impropio, artificial.

Martín entonces repetía siempre aquel ejercicio mental aprendido en la Universidad. Había superado sin problemas la difícil situación de enfrentarse a la muerte por trabajo. Pero, para dotar de humanidad a cada historia, debía esforzarse por imaginar a la víctima en vida, con los mismos problemas que él, sus mismas responsabilidades e ilusiones. Es más, cuando no podía llegar a ese punto, necesario por fuerza, intentaba imaginar su propio rostro vencido ante la muerte. Para ello tan solo tenía que recordar aquellas pruebas paganas con las que se había familiarizado en una visita a Sudamérica cuando, con motivo de la celebración de la noche de San Juan, la noche más larga del año en aquellas tierras, tuvo la oportunidad de observar, exactamente a medianoche, reflejado en el espejo, el rostro que tendría el día de su muerte.

Según la leyenda, esa noche, la persona interesada debe colocarse frente a un espejo, iluminando su rostro con la tenue luz de una vela. Luego debe cerrar los ojos y repetir durante unos minutos aquello de que “cuando abra mis ojos veré mi rostro la noche de mi muerte” por un buen rato. También ayuda dejar de lado el escepticismo y convencerse, aunque tan solo sea por unos instantes, que lo que vería al abrirlos sería precisamente esa imagen lúgubre. Luego abrirlos de golpe... y ¡Zas!... bienvenidos al infierno.

Otros dicen que, si has sido mala gente, podrías ver a los ojos al mismísimo Belcebú, príncipe de las tinieblas; pero Martín Máximo, a pesar de su confeso descreimiento, quedó conforme con la imagen que vio reflejada aquella vez en el espejo. A juzgar por lo que pudo observar aquella noche su muerte sería plácida e inminente, porque se veía exactamente igual...lo que, mas allá de espantarlo por un buen tiempo durante aquel viaje, finalmente no ocurrió.

En fin. Aquel hombre que yacía a sus pies era sin dudas Yuhannà.

Su final había sido por demás trágico. Llevaba la garganta cortada y expuesta a la altura de la nuez de Adán. A juzgar por sus ojos, y por el rastro de sangre, había intentado él mismo cerrar su herida con las manos y escapar de su asesino, pero no había podido dar más de cinco pasos.

No se veían otras huellas. Había suficiente dinero en su cartera como para descartar el robo como móvil, y hasta su medallón de oro, aquel mismo que le había enseñado la tarde anterior, permanecía fuertemente aferrado en su puño derecho. Esta vez, aquel amuleto, no le había servido de mucho.

El comisario le preguntó a Martín que le parecía que había pasado y éste le devolvió la pregunta, excusándose.

–Bueno –dijo el uniformado–. Es evidente que no ha producido un robo. Puede ser un crimen pasional, si. Pero es raro que se lo haya cargado con un cuchillo. Bueno. Lo extraño es que haya usado un cuchillo tan grande. Esto es cosa de chinos.

–Por cierto. Ya que lo menciona. ¿Dónde está el cuchillo?

–Bueno. Se están haciendo las pericias necesarias. Comprenderá.

Martín lo miró extrañado y luego hizo otra pregunta, por demás incomoda.

–¿Tenéis carnicero en el pueblo no? Alguien que pueda dar alguna pista acerca de la procedencia del arma, me refiero.

–Si claro, pero él no es el asesino.

–No he dicho que sea el asesino, lo que pregunto es si ha dado su opinión al respecto.

–El carnicero es mi cuñado Don Cuevas, y le doy mi palabra que no sabe nada del asunto.

Martín Máximo prefirió no preguntar más. Después de todo también él tenía la certeza que no había sido un crimen pasional. Tal vez alguien quería cobrarse algún favor. Quizás aquel hombrecillo de apariencia pacífica había estado realmente involucrado en algo turbio, de aquellos asuntos en los que los periódicos pequeños no pueden inmiscuirse.

–Cualquier cosa que necesite Don Cuevas no deje de llamarme –le insistió el comisario. Y, acercándose aún mas al periodista le susurró al oído. –Si necesita más información acerca del arma pregúntele a su colega, Claros era el apellido, creo. Ese que llamó esta mañana.

–Gracias, gracias –respondió un Martín Máximo confundido y sobrepasado por las circunstancias.

Ni bien pudo alejarse de aquel lugar, y de los curiosos que se habían agolpado cerca del callejón, intentó comunicarse con su socio para que le contara que diablos era lo que estaba pasando. Apenas tuvo tiempo para molestarse al oír, a sus espaldas, la voz del comisario invitando a los fisgones a echar un vistazo... “de a uno y ná de fotos”, insistía.

José Luis contestó la llamada.

–Tío. Que tal. ¿Tenemos historia o no?

–¿Pero que coño me dices? En que lío me has metido. La policía me trata como si fuera Columbo y encima dicen que tú sabes algo que yo no sé.

–Tranquilo macho, déjame explicarte.

–No, déjame explicarte a ti. Estoy aquí, de vacaciones con Cristina. Te quedas a cargo dos putos días del periódico y me metes en este lío... Tío, ¿De que vas?

–Tranquilo. Tranquilo. Pensé que te interesaría nada más. Se que le tienes cariño a ese pueblo y todo eso. Era extraño que pase algo así y me adelanté un poco, y me hice con el arma. Nada más.

–¡Pero, Coño!. ¿Tu te has dado cuenta que no podemos hablar así por teléfono? Imbécil.

–Tranquilo Tino. Llevo años en asuntos de este tipo. Tú lo sabes mejor que yo. Quería tener la primicia nada más. ¿Acaso no ves la historia? –insistió José Luís.

–No veo nada. Búscate otra historia porque esta no tiene pies ni cabeza. Ése muchacho que mataron parecía buena gente. Ya te contaré. Pero no quiero nada especial mañana respecto a esto. Si quieres pon que hubo un crimen y nada más. Devuelve el puñetero cuchillo a la policía, págales si tienes que pagarles y a otra cosa. ¿Entiendes?

–Sí... entiendo. Disculpa. Tal vez tengas razón. En serio. Mañana hablamos.

–No pasa nada –respondió Martín tranquilizándose un poco-. Es que no esperaba encontrarme con esto, de verdad. Es muy fuerte.

–Tranquilo tronco. Todo estará bien. Disfruta de lo queda del día. Yo me encargo.

Así se despidieron y Martín Máximo se dirigió nuevamente hacia la plaza central en busca de Cristina, que ya llevaba tiempo esperando junto a la fuente de agua.

La novedad ya estaba en boca de todo el mundo y no tuvo más que comentarle la identidad de la victima para que ella palideciera.

–Pobrecito –dijo, y volvió a repetirlo un par de veces más.

Intentaron evitar el tema el resto de la jornada pero la magia estaba rota.

Regresaron a Madrid aquella misma tarde, ella le preguntó que haría al respecto y él le respondió que nada. Que lo dejaría descansar en paz.

Ella guardó silencio nuevamente aunque sabía bien que eso no era cierto. Conocía muy bien a su prometido. Tal vez demasiado.

CAPÍTULO TRES

Las tardes se sucedieron unas a otras y el tema pareció quedar olvidado. Ni Cristina ni Martín Máximo volvieron a mencionar algo acerca de lo que había ocurrido en Chinchón aquella primavera.

José Luís, su amigo y editor, había solo mencionado el hecho en un pequeño y perdido rincón de la sección de policiales, lo calificó como un evidente *ajuste de cuentas*; al fin y al cabo es lo que siempre ponen los periódicos cuando la víctima es extranjera y no interesa a nadie el verdadero porqué de su muerte o los motivos, siempre personales y evitables, que provocaron ese desenlace.

Martín Máximo conocía perfectamente aquellas reglas del juego; a todo el mundo parecía importarle más por qué motivos una mujer mataba con un hacha a su marido infiel en un suburbio de Sevilla a lo que le había ocurrido a un rumano, a un rumano o a un kurdo asesinado. En Irak, debía relacionar cada noticia, cada historia, con algo español, un soldado, un turista, una donación, cualquier cosa valía siempre que identificase a los lectores con los entrevistados o, al menos, intentar así provocar el orgullo, falso –estaba claro –, por leer esas crónicas escritas por un compatriota, tan lejos, intentando captar la mejor historia para acercar aquel mundo violento y distante a *su gente*. Todo aquello era lo que más odiaba Martín, pero sabía que cambiar esa mentalidad sería muy difícil, para ello contaba con José Luís que, en cuestiones demagógicas, era un experto.

José Luís era tal vez el personaje antagonista de la vida de Martín Máximo, pero por eso mismo se necesitaban. José Luís jugaba a la paleta tres veces por semana, recibía baños de rayos UV en invierno y siempre salía de marcha, la gente lo conocía, sobre todo las jovencitas, y a él le gustaba esa imagen pseudo-Beckham que portaba. En cambio Martín Máximo gustaba de lo contrario, temía de la fama más no de los proyectiles, amaba el silencio de su salón, la máquina de escribir, maldecía su portátil, *máquina del demonio* se le escuchó decir, y a veces jugaba al ajedrez con el vecino de la finca contigua, la de ladrillos vista, un vigués al que llamaba cariñosamente *el gallego*.

Cristina, su bella prometida, aquella morocha del lunarcillo tan interesante en el mentón, trabajaba en un despacho jurídico, podría decirse que no tenía mucha vida aparte de la compartida con Martín Máximo y las poco frecuentes salidas de tapas de la pareja con José Luís.

Martín Máximo tenía unos treinta y pico, llevaba barba, eso sí, prolijamente descuidada; y siempre vestía camisa y chaqueta. Diariamente, en la sala de redacción del matutino trabajaban también cuatro em-

pleados más; todas las demás áreas eran subcontratadas; esto incluía las imágenes, correspondencias y pronósticos. Por ése motivo siempre tenían fotografías extrañas en portada, alguna que otra imagen sensacionalista y otros reportes gráficos de fotógrafos amateurs que ofrecían sus imágenes a cambio de un modestísimo puñado de euros.

Todos los martes, desde hacía dos años, el trío se reunía a cenar en el chalet donde habitaban Martín Máximo y Cristina. Era habitual que José Luís llegase en compañía de una señorita, por fuerza diferente cada vez, y la presentase como su nueva novia, aunque más no sea para ilusionar a la pobre muchacha o para sentirse más maduro y asentado. Empero, bastante extraño era que nadie lo acompañara en las últimas reuniones.

Esos últimos meses José Luís parecía mucho más metido en su papel de socio y mucho más comprometido con sus labores personales. Después de todo, era él el Director Ejecutivo, ya que Martín Máximo ponía la mayor parte del dinero y escribía solo un par de columnas semanales que, a la postre, daban el prestigio necesario al diario.

La noche en cuestión, aquella que para mayor sorpresa José Luís llegó temprano, Cristina preparó unas croquetas de bechamel y de plato principal, un pollo relleno.

Ella, como quién no quiere la cosa, había invitado una amiga que, si todo salía como había planeado, terminaría enrollándose con el chulo de JL, pero no fue así. La blonda del escote eterno, la invitada, colega del trabajo de Cristina, no le quitó ni por un instante el ojo a Martín Máximo quién, alagado por los piropos y rehuyendo a duras penas de su género no hizo más que devolverle miradas inocentes. “Uff”, pensaba, “¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había ligado en una cena?”...

A las tres de la mañana, la rubia, finalmente había logrado quedarse a solas en el jardín con Martín Máximo. Mientras Cristina y José Luís conversaban en la cocina la señorita en cuestión ya se las había ingeniado para pasarle un número de teléfono, que él rechazó discretamente y muy a su pesar.

—No quiero meterme en líos —se excusó.

—Solo te estoy invitando un café —le contestó raudamente. Y, antes que él encontrara otra excusa, ella prosiguió... —No me tendrás miedo. ¿O sí?

—No es a ti a quien temo —respondió Martín tras pensárselo un poco, y mirando sobre su hombro hacia el interior de la casa, cruzó casualmente miradas con Cristina que le hizo el gesto universal, sin perder la compostura, que le iba a cortar la cabeza ni bien acabe la velada.

Martín Máximo presentía que desde hacía algún tiempo algo estaba cambiando en su relación con Cristina, la llama de la pasión evidentemente se apagaba. Lo había charlado alguna vez con José Luís, pero

éste desestimó totalmente esa idea. Cristina, la Cristina que él había conocido hace tantísimos años, a pesar del tiempo y la costumbre, no hubiera tolerado jamás que él estuviera a solas con otra mujer, mucho menos le haría bromas por ello. Pero, tal vez como todos lo hemos hecho en su momento, ambos prefirieron postergar indefinidamente aquel tema, aplazar perpetuamente la colocación de los puntos sobre las íes, y así Martín Máximo siguió confiando, seguramente igual que ella, que todo seguiría igual.

Pero ahora, esto lo sobrepasaba, tenía a su lado una mujer bella, mucho más joven que Cristina, que le prometía amor eterno, admiración, y allí dentro, haciendo bromas, a la mujer de su vida, aquella que ya no transpiraba cuando le hacía el amor, aquella que últimamente le robaba el sueño con antojos caprichosos y extraños...

¿Qué hacer con ese número de teléfono? ¿Lo tomaba o no?...

Finalmente lo cogió, intentando ser disimulado y a la vez confidente.

Al rato, ahora si transpirando gotas frías, de aquellas que se notan a mil leguas, decidió entrar a la casa y romper así aquel idílico momento con la desconocida. No sabía si alguna vez la llamaría y eso le hacía sentirse muy macho y estúpido a la vez.

Se acercó a Cristina por el costado, discretamente la cogió de la cintura sin que ella se percatase y le dio un beso en la mejilla. José Luís, en plena conversación con ella, apenas pareció molestarse por la interrupción.

–¿Me he perdido de algo? –preguntó jocosamente Martín Máximo.

–No, no mucho –comentó ella haciéndose la disimulada –¿Y nosotros? ¿Nos hemos perdido de algo? –preguntó Cristina clavándole la mirada.

–De nada corazón, de nada –espetó el barbudo, blanco como el papel.

José Luís rompió oportunamente el iceberg antes que diera con el Titanic argumentando que debía retirarse, era tarde, fue la excusa. Dejando la copa de cognac sobre la mesa se ofreció a acercarse a la otra joven hasta su casa mientras, acomodándose su blonda cabellera, ésta entraba a la sala. Ella se despidió cortésmente de la pareja y fueron acompañados hasta el portal.

Después de intercambiar saludos de despedida con las manitas en alto, como es costumbre, el deportivo rojo se perdió finalmente en la noche. La pareja entró nuevamente a la casa, asidos por la cintura, caminando despacio y con las miradas clavadas en el parque.

–No pasó nada mujer –intentó excusarse Martín, como buen culpable, o sea... sin necesidad

–Ya sé que no, Tino, sé que no –le consoló Cristina girándose hacia él y dándole un cariñoso beso en los labios–. Vamos a dormir –le suplicó–. Estoy cansada.

–Si cariño, vamos.

Martín Máximo lo pensó una y mil veces aquella noche, mientras daba vueltas y vueltas entre las sabanas, tal vez se estaba equivocando y nada estaba mal... o, tal vez era aún más grave, era él quien estaba cambiando y ya no sentía lo mismo por ella... tal vez por eso estaba permanentemente a la defensiva.

No pudo esperar más y ante el enésimo reproche de Cristina por su vueltas en la cama decidió encender la luz y perder la vista en el techo buscando, estaba claro, la inquietud de la joven acerca de lo que le sucedía.

–¿Que te pasa? ¿No vas a dormir? –le preguntó.

–No puedo. Estoy nervioso.

–Cuéntame Tino –le exigió, disimulando malamente su fastidio.

–Nada mujer. No sé... Todo. No sé, estamos raros desde que volvimos de Chinchón... ¿Tu no lo percibes?

–Tino... ¿Qué dices? ¿Qué va a cambiar? Estás borracho, y esa putita te removió la biblioteca nada más...

–No, no es eso.

–Vamos gordo; duerme... –le consoló Cristina mientras se escondía entre almohadones escapándose de la claridad–. Sabes que te quiero cada día más y más... ¿O no lo sabes?

–¿Seguro? –preguntó él, haciéndose el niño, conmovido.

–Claro tonto... claro.

Ahora si estaba seguro que algo no marchaba bien, pero no era ella la que estaba rara o, en todo caso... ¿Cómo saberlo?

Como si fuera el mismo Freud, intentó psicoanalizarse a si mismo arropado en la oscuridad de la habitación, y decidió que lo mejor sería prestar un poco más de atención a sus propias reacciones y sentimientos. Debía olvidarse de esa mujerzuela de inmediato. “Que idiota he sido” reflexionó luego, como si se hubiera arrepentido realmente de aquel juego.

Todo el asunto aquel comenzó tras la muerte de ese muchacho en Chinchón, concluyó. Tal vez, sin darse cuenta, aquella tragedia pudo haberlo afectado... Había sido, a su criterio, la primera vez como profesional, que no había seguido una historia hasta el final, por respeto al infortunio de aquel joven kurdo, y porque a las claras nada bueno saldría de tanta desgracia.

Decidió que, a pesar de lo inútil que pareciera, intentaría ubicar al padre del joven y le transmitiría la noticia de su muerte matizándola con la gran travesía que éste había realizado para llegar a él. Sin dudas aquel padre tendría una razón más para volver algún día a su tierra, a rescatar su familia de la pobreza... o al menos honrar el esfuerzo de su hijo con una llamada telefónica a los olvidados.

Le parecía extraña aquella conclusión pero, quizás, el muchacho kurdo había aparecido en su vida para recordarle que no debía olvidarse de lo que él también había vivido en esas tierras tan lejanas.

Lo primero que hizo Martín la mañana siguiente fue transcribir toda la conversación que había tenido con el muchacho, para que no se le escapase ningún detalle si decidiera publicarla, nada se desperdicia.

Tal vez, si esta historia acababa bien, hallaría una tierna historia para el diario, quizás habría una sonrisa emocionada detrás del telón de lágrimas de aquella triste aventura... O, tal vez encuentre así qué era lo que estaba pudriéndose realmente en su vida...

CAPÍTULO CUATRO

Martín Máximo decidió olvidarse de sus dilemas y dejar que el tiempo, como era habitual, erosionase aquellas asperezas que se habían formado en su relación con Cristina.

La mañana siguiente, como se había prometido, inició la búsqueda del padre de Yuhannà, aquel desgraciado joven kurdo.

Martín se presentó en su oficina y cruzó algunas palabras con su secretaria. Pasó frente al despacho de José Luís y se dirigió al suyo sin siquiera saludarlo.

—¿De qué vas? —le recriminó su socio al ver la descortesía.

—Ah. Disculpa José Luís, es que ando bastante liado.

—Al final buscarás al viejo... ¿No? Ya decía yo que lo harías. Además es lo más lógico... hay allí una buena historia...

—¡Jo—der! —Protestó Martín Máximo —¿Se puede saber a quién más se lo ha contado Cristina?

—Tranquilo hombre. Que ha llamado buscándote hace un rato y dejó dicho que el nombre del bar donde trabaja el viejo es “El Alcázar”, en la calle Felicidad...

—Bien, bien —se alegró Martín Máximo—. Estuvimos intentando recordarlo durante el desayuno pero nos fue imposible... ¿Sabes donde queda esa calle?

—Claro hombre... es en Lavapiés, tú sabes, negros, moros, chinos, bolsitos, bragas, suciedad... tierra de nadie... Lavapiés.

—Bien, lo buscaré después del almuerzo y me quitaré de encima este tema de una buena vez —reflexionó en voz alta mientras entraba a su despacho dándole la espalda a su colega...

—¡Hey!... mister buen rollo... ¿Quieres llevarle de regalo al padre el cuchillo que utilizaron?

—Joder tío...Es que tu eres gilipollas perdido, lo sabe hasta tu madre... ¿Aún lo tienes? ¿Para qué?... ¿Por si vienen las tortugas ninjas a la editorial?...

—Hacienda tronco, por si viene hacienda... —le contestó sonriente.

Martín Máximo hizo un gesto de negación, como renegando del probado hecho de que José Luís, con ese sentido del humor tan decadente que le caracterizaba, era su mejor amigo porque, por sobre todas las cosas, le hacía reír permanentemente con estas ocurrencias, y porque esa distancia abismal que los separaba en la forma de vivir y frecuentar la misma gente, los mismos lugares y la misma profesión, lo convertía en un personaje especial, casi de estudio, un ser necesario y muy queri-

ble. Después de todo, eran ésas personas “diferentes” las que le hacían amar su trabajo.

Se encontraron nuevamente para almorzar en el bar de abajo. Martín Máximo llevaba un mapa con la ubicación marcada de la calle en cuestión... José Luís le siguió la charla mientras acababan el café.

–¿Ya te vas? –le preguntó...

–Sí, claro, en un rato –y cambiando la expresión de su rostro continuó –¿Cómo le digo a ese hombre que su hijo está muerto? ¿Qué hago? ¿Le cuento el peregrinaje del chaval antes y lo ilusiono?... ¿O empiezo por el final?

–Eso...

–¿Eso que?

–Por el final, claro –insistió José Luís–. Mira, esta gente no son como nosotros, tú lo sabes bien... Le va a doler sí, un poco, un rato, pero después le muestras un billete de cincuenta y mañana lo tenemos intentando enrollarse con la Pantoja.

–¡Jas! –le contestó Martín Máximo sin negárselo...

–Es así tronco, es así. Ya verás... –¿Te vas en tu coche?

–Sí, traje el be–eme.

–Nada, llévate el de la empresa, no puedes ir a Lavapiés con un coche así... ¿Estás chalado? –le reprendió ofreciéndole un puñado de llaves...

–Bueno, como digas, a mi me da igual, sólo voy por un rato, igual...

–Hazme caso. Una vez en la vida al menos. Que sino mañana te tengo en primera plana...

–Está bien, está bien –repitió mientras cogía las llaves... –¿Puedes encargarte esta tarde de los muchachos?... es que con todo esto, no se a que hora acabaré y le he prometido a Cristina que la llevaría a...

–Tu ve tranquilo –le interrumpió–. Le dejas un saludo a ese viejo de mi parte. Le ofreces los cincuenta euros para que cuente un poco lo mal que viven en su tierra y lo bien que está aquí en España, ya sabes lo bien que cae eso a las marujas y a los fachas. Luego te encargas de tu mujer... que ya bastante abandonada la tienes a la pobre...

Martín Máximo se despidió con una sonrisa. Su socio, a su parecer, era un idiota con todas las letras, pero tampoco dudaba que si de José Luís solamente dependiera, el periódico vendería diez veces más... Estaba claro que fue Martín Máximo el que evitó que su empresa se convirtiera en un tabloide como los que abundan en Inglaterra. Pero José Luís tenía razón... no iban a cambiar ellos la mentalidad de tantos millones de personas a las que sólo les gustaba enterarse de desgracias ajenas para sentirse un poco menos agobiadas ante tanta mediocridad circundante, tanto conformismo y bienestar fingido.

El famoso coche de la empresa estaba bastante abandonado y, la verdad, habían llegado hasta sus oídos todas y cada una de las historias

acerca del poco periodístico uso que hicieron de él los cronistas, los redactores y alguna compañera, en más de una ocasión. Prefirió, entonces, coger el suyo, el be-eme, que para eso se lo había comprado. Aparte, el barrio de Lavapiés estaba en el centro de Madrid, seguramente era bastante tranquilo y José Luis... un exagerado.

Aparte, sabía que su socio no había recorrido el mundo como él lo había echo. Para Martín, no había diferencias entre chinos, marroquíes, africanos, ni sudacas; estaban todos fuera de su pecera luchando por una bocanada de agua de mar aunque en el intento se les escurra la vida.

Inmerso en estos pensamientos recorrió Martín Máximo los primeros kilómetros hasta adentrarse en la Castellana, donde a esa hora el tráfico era una locura... ¿Cómo pueden vivir así?, pensó, mientras se reprochaba por no haber cogido el metro.

Cuarenta minutos después llegaba a la plaza de Tirso de Molina, la vieja entrada al barrio de Lavapiés, en el corazón de la Madrid castiza. Encontró un sitio para dejar el coche, lo cual le pareció un milagro, de algún modo tal vez lo fue.

Apenas terminó de trabar las puertas descendió del vehículo, fue allí donde tres niños de tez oscura y de cabellos rizados se le acercaron...

-¿Le cuido su coche señor? ... Solo son dos euros, señor...

-¡Un euro! ¡Solo un euro! - insistió el mas pequeño de ellos, que no debía tener más de cinco años, mientras se llevaba un golpe del mayor, que parecía saber mejor lo que hacía...

-No, gracias -les agradeció sonriente Martín Máximo a los tres jóvenes magrebíes.

-Usted tiene euros señor. Nosotros le cuidamos aquí el coche todo el tiempo que sea necesario. Aquí... muy mala gente -insistió...

-No, muchas gracias chicos, éste coche se cuida solo -les respondió, mientras presionaba un botón color verde en su llavero y el be-eme se despachaba orgulloso con un sinfín de sonidos cibernéticos.

-Ah... ¿Y entonces también se raya solo? - le preguntó el mayor de los tres mientras dejaba caer de su mano, casi sin querer, un trozo de metal que muchos estragos hubieran hecho en el capó del vehículo si también se cayera accidentalmente sobre él.

-Aquí tienen entonces... dos euros ahora y dos euros cuando regrese...- les dijo Martín, lo que le hizo sentir como un mafioso o, al menos, como uno de esos gitanos de las películas de Kusturica, jugándose la vida por un puñado de euros...

La primera impresión del barrio, entonces, no fue precisamente la mejor. Aunque luego se realizaría que fue simplemente casual y aquellos chavales no abundaban por el barrio... el resto de los niños estaban por las calles, pero no hubieran cuidado un coche ni realizado algún esfuerzo físico ni por diez euros...

Cinco minutos después, inundado por la esencia del barrio, Martín Máximo Cuevas intentó recorrer azarosamente las escurridizas callejuelas procurando toparse, casi casualmente, con aquella calle llamada Felicidad. No escondía su sonrisa al reconocer, en cada esquina, los curiosos nombres con los que habían sido bautizadas... la “Calle del Oso”, la de “Las Dos Hermanas”, calle del “Amor de Dios” y otras tantas que no se atrevió a recordar..

Cientos de negocios mayoristas hacían imposible que el paseante ocasional se escapara sin tentarse con los precios de los bolsos, las carteras y los accesorios. Martín por momentos buscaba aquella calle y, de a ratos, pensaba en Cristina... ¿Y si le llevo un bolso de aquí? ¿Serán buenos?... Los precios sin dudas varias veces más baratos que en los centros comerciales...pero...

Fue reconociendo de a poco, paso a paso, la fauna que habitaba en aquel lugar, y en ella descubrió una mezcla de aromas y colores que le hacían recordar a sus viajes al Cercano Oriente, al África, o al barrio chino de Nueva York... todos ellos fundidos en un solo sitio, como si el mundo se hubiese puesto de acuerdo en otorgarle a ése barrio céntrico de Madrid una personalidad única, amalgama de todos los rincones del mundo, como si fuera un especiero de las diferentes culturas que componen realmente el mundo que habitamos, aquel que muchos se niegan a ver.

Lavapiés era un lugar vivo, su existencia era por si sola un manifiesto, una proclama que recordaba, a cada instante, que la mayor parte de la humanidad vive así...

Martín Máximo reconoció también las miradas, aquellas miradas tan comunes en otros pueblos, aquellos ojos que exigían respeto, aquellos ojos que luchaban contra todos los prejuicios... que solo le decían “Sólo te miro así porque sé lo que estás pensando que soy un delincuente”.

Chinos trabajando a destajo en sus negocios de *todo a cien* o en sus tiendas de bolsos. Árabes de uno y otro sitio con sus rincones de comidas típicas, sus kebabs, y otros sitios repletos de chucherías que prometían a sus clientes, quizás, un trozo de lo que habían dejado atrás en busca de un futuro más digno. Los africanos, aquellos del centro, del ecuador, donde vive la novia del sol, paseaban y conversaban sin bajos tonos, siempre arrastrando gigantescas bolsas negras a sus espaldas, aquellas mantas tan perseguidas pero tan necesarias para que los desheredados puedan llevar un trozo de pan a sus casas, tarde tras tarde.

“No soy policía”, intentaba decirles Martín Máximo con la mirada, pero eso no era suficiente. Hay que caminar mucho a Lavapiés hasta acostumbrarse a aquellas miradas, y descubrir que tras ellas sólo se esconde el desarraigo, el peor de los castigos, y que, tal vez, tras esas miradas se agazapaba también un llamado de atención, un reclamo de los pobres a los ricos del mundo para ser tratados de igual a igual.

Martín Máximo Cuevas era un gran humanista, realmente pensaba que esas mezclas raciales enriquecían culturalmente a las ciudades y

que no necesariamente debían abandonar esas tradiciones que traían por establecerse allí, porque en ellas podían encontrarse representadas todas y cada una de las creencias y los miedos del ser humano. Pero la Madrid castiza, la Madrid capital, tomó como un insulto el hecho de que tantos indocumentados se ubicaran en el centro de la ciudad y por ese motivo le dieron la espalda. Visitar Lavapiés, para ellos, es como visitar un zoológico; un lugar donde seres diferentes (aunque fisiológicamente idénticos) subsistían malamente sin nadie que preguntase por sus huesos, pues ellos no contaban en las futuras elecciones y porque, visto lo visto, ninguna persona decente viviría allí.

–Busco la calle Felicidad ¿Me podéis ayudar? –le dijo Martín, un poco incómodo por preguntar tan frescamente el camino a la felicidad... algo tan discutible pero al mismo tan simple en aquel barrio, a una pareja de ecuatorianos que caminaba a su lado.

–Mira chico, si sigues en línea recta hasta aquella plaza y cruzas al otro lado, encontrarás la calle Felicidad. No puedes perderte –le dijeron.

Martín finalmente encontró la calle.

Como todas las demás calles del barrio, estaba repleta de cajas de cartón abandonadas, bolsas de basura y mucha humedad.

Un turco, tras un mostrador, le grita que tiene kebaps muy baratos, lo que le recuerda que aún no ha comido... y duda...pero sigue caminando. “Es mejor quitarse esta espina lo antes posible” pensó con algo de razón, acordándose del viejo que seguía, seguramente trabajando hasta las tantas, sin saber que su hijo había muerto camino a su abrazo...

Y allí estaba, la taberna “El Alcázar”, al fin.

–¿Una cañita? – le pregunta un barbudo de aspecto tosco desde la parte trasera de la barra, adivinando el gusto por la cerveza del periodista o reconociendo que no tenía mucho más para ofrecerle...

–Sí, claro. –aceptó Martín mientras recorría con su mirada la modestísima decoración del local.

–Usted es el periodista. ¿No? –le preguntó animosamente el gigante mientras le quitaba la espuma que sobresalía del vaso...

–Sí, si, soy yo –contestó, evitando entrar en ese juego tan cómico de darle vueltas al asunto para ver si realmente sabía algo de él o solo estaba siendo cotilla por aburrimiento. – De hecho, estoy buscando a un empleado de éste bar.

–¿Sí? Pues lo ha encontrado entonces. Solo yo trabajo aquí.

–Pero usted es español... –concluyó Martín Máximo en voz alta...

–Y de Teruel... ¡Que no es broma eh!

–Sí, si claro... Es que estaba buscando a un hombre mayor, del Kurdistán, pero tal vez me he confundido y...

–Ah... buscas a Samid, el viejo Samid, el iraquí, es amigo de la casa,.. Buena gente...

–¿Lo conoce entonces? – insistió Martín, reconfortado.

–Claro que lo conozco, ha trabajado quince años aquí, pero ya se ha retirado el hombre, la espalda lo estaba matando y, la verdad, ya no servía para esto... Pero a veces viene a tomar algo, bueno, venía... hace rato que no pasa a pagar lo que debe...

–Le agradezco la información amigo. ¿No sabría dónde puedo encontrarlo? Es que necesito darle un recado...

–Sinceramente no sé donde vive, aunque no debe ser lejos. Siempre se juntaba con otros dos viejos y se sentaba en la plaza, aquí cerca, a jugar al dominó. Ellos le podrán decir dónde encontrarlo.

–Le agradezco mucho. Es importante para mí encontrarlo. –se explicó col Martín.

–Me imagino hombre; Ayer mismo lo estuvo buscando por aquí otro periodista. ¿Ha ganado la lotería el viejo? ¡Que cabrón!

Cruzaron un par de frases más y después de pagar la cuenta Martín Máximo se retiró del sitio. Recorrió lentamente la corta distancia que lo separaba de la plaza preguntándose quién habrá sido el otro personaje interesado en la historia y, de ser así, cómo diablos habían hecho para enterarse que el viejo trabajaba allí.

Tenía que ser José Luis, el chivato lengua suelta. Seguramente había dejado escapar la historia en alguna charla con otro periodista y le habían birlado así la exclusiva...

Sería sencillo encontrar a los viejos en aquella plaza, si es que por esas casualidades estaban allí en aquel momento. Martín prefirió no agobiarse y caminó la plaza de un lado al otro con mucha paciencia, deteniéndose en los rostros de los niños, la cara de culpa de los vendedores de hachís que tan mal disimulaban su actividad hablando a viva voz del fútbol o de cualquier otra cosa... y en otro banco, dos ancianos jugando al dominó...

Eso sí que era buena suerte... buena suerte para Martín significaba una tarde de desgracias y malas noticias para el viejo Samid...

Martín Máximo se acercó a la lúdica pareja y sin cortarse demasiado interrumpió la conversación que ellos llevaban para preguntarle si uno de ellos era Samid...

–No. Samid no se encuentra aquí –respondió el más avejentado.

–Pero lo conocen, entonces...

–Claro hombre... es nuestro compañero... –contestó el otro...

–Y... ¿Me podrían decir dónde puedo encontrarlo?... Es que traigo noticias de su hijo...

–Claro que te lo podemos decir. Pero no va a poder hablar con él.

–¿Por qué?

–Por qué va a ser... ¡Hombre!... ¡Que el Samid se ha muerto hace dos meses!

–¿Está usted seguro? –insistió Martín, absolutamente descorazonado...

–Bueno... Cuando lo encontraron llevaba muerto un tiempo... pero era él.– explicó el otro, mientras pedía valiéndose de señas, un cigarrillo de gracia.

–¡Que fuerte! –exclamó Martín, llevándose la mano a la sien–. Pobre familia...

–Bueno –le interrumpió nuevamente el del cigarro–. Samid era buena gente pero él se lo buscó. Era un cachondo.

–¿Qué dice?

–Samid estaba frecuentando a una señora divorciada, usted sabe a lo que me refiero, je je, una señora casada, de aquí del barrio. Un día llegó el ex-marido y se lo cargó con un cuchillo...

–¿En serio? – insistió incrédulo Martín Máximo... –Pero ¿Cuántos años tenía Samid?

–Ochenta, ochenta y dos...

–Y la señora... ¿Cuántos años tiene?...

–Cincuenta, más o menos... La verdad es que está bastante bien...– bromeó el anciano mientras despertaba de un codazo a su colega...

–Esto es muy fuerte –concluyó Martín... y sin nada más que hacer en ese lugar decidió despedirse y marcharse...

–Espere hombre... –le insistió el viejo del cigarrillo, tomándolo de la muñeca...

–¿Sí? ¿En qué puedo yo ayudarlos?

–En nada... no a nosotros... Solo que si ve al hijo de Samid... el tal Yuhannà... díglele que se calme un poco, es que se lo ha tomado muy mal el chaval...

Martín Máximo ocultó por un instante su confusión. ¿Cómo podían estos viejos decrepitos saber que Yuhannà había estado buscando a su padre si el joven había insistido no haber llegado a Madrid? Tal vez Yuhannà había mentido. Quizás el joven, en realidad, se había inventado toda esa historia... o era un delincuente buscando una oportunidad para aprovecharse de gente paseante y generosa... Sea como sea, en ese instante Martín se sintió engañado... y no se calló...

–Pueden quedarse tranquilos por eso... Yuhannà ha muerto hace ya un tiempo. Yo solo venía a contárselo al viejo.

–Toma ya... ¿Cómo que ha muerto?

–Sí, no tengo tiempo para explicárselo pero lo han asesinado en Chinchón. Un ajuste de cuentas o algo así. Yo mismo lo he visto...

–¡Imposible! –exclamó el viejo que se había estado durmiendo...

–Es una historia triste pero real, lamentablemente –le consoló Martín.

–No... No...Yuhannà ha estado aquí, con nosotros, anoche... y nos ha preguntado por su padre. Había hecho un gran viaje para encontrar a Samid. Y se ha tomado muy mal la noticia, se puso muy violento...

–Sí, claro, hasta vino la policía –confirmó el otro...

—¿Estáis seguros que estamos hablando de la misma persona? —insistió Martín, descreído y aún mas perdido...

—Segurísimo. Si lo ve dígame que se tranquilice. Pobre. Que su padre era un buen hombre...

Martín Máximo Cuevas, confundido, prefirió concluir allí la conversación y abandonar ese intento de comprender lo que allí estaba ocurriendo...

Tranquilizó a los viejos comentándole que, quizás, era él quién se había confundido un poco y se alejó del lugar.

Una sola cosa era segura... alguien había estado mintiendo. Los viejos probablemente estaban quedándose con él, o alguien, quizás el mismo extraño periodista que se adelantó un día antes en el bar, se había echo pasar por Yuhannà y le había jugado una broma a los viejos... ¿Pero que sentido tenía eso? Por el tipo de broma bien podía ser idea de José Luís, pero si había sido él, se había pasado tres pueblos...

Aquel sinsentido se robó los pensamientos de Martín durante el viaje de vuelta a su casa... aunque, con los contactos que tenía, estaba seguro que pronto daría con el gracioso que había montado todo aquel circo.

CAPÍTULO CINCO

Por la noche, nuevamente en casa, Martín Máximo intentó divorciarse de aquel suceso tan extraño ocurrido en el no menos exótico barrio de Lavapiés.

Decidió no contarle ningún detalle a José Luís. Era su socio, eso lo tenía bien claro, pero también era aquél un muchacho muy vivaz e inmaduro para algunas cosas, y bien podía ser el responsable de una broma de mal gusto.

También podía aquello ser una trampa de algún programa de televisión, tal vez de alguno de los tantos que aborrecía, de aquellos que entretenían a su audiencia contándoles sobre la vida privada de las personas con perfil público o burlándose de sus desgracias..

Le confió, empero a Cristina sobre sus dudas. Ella, por su parte, coincidió en que aquello tenía mala pinta y que tal vez lo más sensato sería dar una vuelta de página; le aconsejó olvidarse del tema.

Cristina esa noche se acostó temprano.

Martín Máximo pasó hasta las tantas frente al televisor, mirando sin mirar. Su teléfono móvil pegó un alarido desde su bolsillo, tenía un mensaje...

“Sonríe, estás lindo allí sentado.... ¿No hay lugar para mí en el sillón?”

Lo primero que pensó, al leerlo, fue que Cristina estaba aburrida en la cama, e inmediatamente relacionó el mensaje con lo particularmente cariñosa que se ponía los días posteriores a la regla, y lo poco que le gustaba que no le hagan caso en esas fechas.

No nos sorprendamos por esta conclusión, salvo algunas excepciones que no hacen más que confirmar (paradójicamente) la regla... la gran parte de los hombres están absolutamente convencidos que sus mujeres experimentan un cambio indescifrable en el carácter durante aquel período, algo curioso, sobrehumano, le acontece a su organismo... y no hay mejor remedio que esperar pacientemente un par de días para que todo vuelva a la normalidad o, al menos, como era. Nobleza obliga, hay que admitir que hay muchos hombres, exentos por naturaleza de ése flagelo, que son igualmente insoportablea durante todo el año.

Martín Máximo cogió el mando a distancia y apagó el aparato, se desabrochó la camisa y, antes de irse a la habitación, se acercó hasta el gigantesco ventanal, que daba al jardín y a una calle lateral, para cerrarlo bien y ponerle el seguro.

Fue en ese instante en que la vio. Del otro lado de la piscina, donde las rejas separaban la calle del jardín, una joven muy bella lo observaba

sonriente. Al cruzarse las miradas ella le saludó agitando el brazo. La reconoció inmediatamente, era aquella amiga de Cristina. La *femme fatale* de la noche anterior.

Martín Máximo no tuvo tiempo de pensar si la visita era feliz o ingrata pues, como cualquier macho ibérico que se precie, estaba más acojonado de la repentina y probable aparición de Cristina que por la impaciencia o las malas intenciones de la bella dama.

El periodista decidió asegurarse que su prometida estaba profundamente dormida para dirigirse luego a la puerta de servicio, haciendo el menor ruido posible, y así, una vez en la calle, preguntarle a la noctámbula qué era exactamente lo que buscaba... como si no lo sospechara.

Se acercó lentamente a ella. La exploró una y otra vez mientras lo hacía. Era hermosa, concluyó.

—¿En que puedo ayudarte? —le preguntó con fastidio, sabiendo que ella no se ofendería y esperaba esa pregunta que era, por fuerza, obli-gatoria.

—¿No te alegras entonces de verme?

—Eso no viene al caso. Sabes bien que puede haber mal rollo si Cristina se entera que he salido a hablar contigo.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

—Porque tal vez necesitabas algo...

—¿Y acaso tú no necesitas nada? —le respondió *gatúbela*, que parecía estar actuando en una de esas películas donde las palabras sobran y la música es cutre... —Quería verte... ¿Tu no?

Señoras, señores, he aquí, ya ven, el instante preciso donde las cosas se hacen difíciles de explicar. Puedo describir durante horas cómo era Martín Máximo en su trabajo, en su relación con sus amigos, su pareja, su entorno; pero hay situaciones, de esas que nos ocurren, cada tanto, a todos y cada uno de nosotros... que escapan a toda lógica. ¿Cómo se puede esperar que Martín Máximo, joven, varón, buen mozo, en crisis de pareja y con dilemas profesionales, reaccione ante el coqueteo de la mujer más bonita que se había fijado en él en muchos años?

—También quería volver a verte —respondió tragándose toda su morali-na de un *zopetón*—. Pero ésta no es la forma de vernos, comprenderás.

—Lo sé, perdona. Pensé que no te volvería a ver, pero justamente esta tarde te he visto cerca de mi casa, paseando. Y pensé que me habías estado buscando... ahora veo que no.

—Hoy estuve muy ocupado, de un lado para otro, por trabajo.

—Me imagino. Bueno. Ya sabes, disculpa... —y aprovechando el momento de duda de Martín Máximo, jugó su último as dándole un beso en la mejilla y metiéndose nuevamente a su coche, mientras él buscaba en el lodo de sus recuerdos cual era su nombre, no podía haberlo olvi-

dado... –Seguramente nos volveremos a ver... –le dijo ella, dulcemente, mientras la diosa ponía en marcha el motor...

Ella volvió a fijarse en él desde el interior de su vehículo. Empezó por los pies y recorrió su cuerpo hasta detenerse en sus ojos. Un viaje erótico, sensual. Ensayó otro beso, un guiño de ojo, y finalmente se alejó.

Volvió Martín Máximo derrotado a su casa. Intentó armar en su cabeza un puzzle de diez mil piezas, mientras daba los veinte trancos que lo dejarían frente a la puerta, pero como es lógico, le fue imposible entender lo absurda que se estaba volviendo su vida. Entonces, a poco de ingresar al salón nuevamente, deseó tener el poder de volver el tiempo atrás, y que todo volviera a ser como era tan solo hacía un mes... pero eso tampoco ocurriría.

Recordó una vez más aquel último repaso que le dedicara la muchacha antes de partir, ella había hecho gala de una infinita humanidad... que a ojos reprimidos hubiera, sin dudas, parecido un tanto soez ...y luego se cercioró frente al espejo que no tuviera una erección, alguna marca de sus labios en la mejilla o algún atisbo de fantasía en su ojos.

Cristina, sin dudas, se daría cuenta de que algo había sucedido. Las mujeres son especialistas en estas cosas, recordó.

Martín Máximo se durmió aquella noche aferrado a su prometida, a quién, estaba convencido, amaba profundamente, mas allá de la atracción cierta que le producía Elvira; ¡Tal era su nombre! ¡Finalmente lo había recordado! Maldijo una y otra vez el no haberlo hecho antes, aunque no quería darle mas vueltas al asunto aquél, porque era decididamente cosa de mujeres eso de... *¿Qué hubiera ocurrido si...?* Ya bastante tenía con lo real como para liarse con lo que, al fin y al cabo, aún no había ocurrido.

Dispuesto a campear aquel temporal emocional, por la mañana, invitó a Cristina a desayunar afuera, como a ella tanto le gustaba.

Camino al trabajo se detuvieron a por unos churros en un local muy concurrido, cerca de la torre Picasso.

Aquel fue un oasis en el desierto, las complicidades, las sonrisas y los mimos hicieron sentirse muy extraños a ambos. No cabía duda que la llama aún estaba allí y, a pesar de los inconvenientes, eran doce ya los años que habían pasado juntos.

Hay veces, según dicen en la calle, que la mejor salida a un embrollo es dejar pasar el tiempo. El tiempo desenreda y así equilibra cada una de las batallas que gana habitualmente a los hombres valiéndose de las arrugas, las canas o la intolerancia. Y esto ocurre, precisamente, porque el tiempo tiene el defecto de no saber esperar. Es por eso que no hay problema que sea tan grande como para poder vencer al tiempo. Para bien o para mal siempre hay una respuesta... aunque no siempre sea la que esperamos.

Martín Máximo compartió otro café, esta vez con su socio, en la redacción. José Luís no intentó sacar más información que la que se desprendió de los escuetos comentarios de Martín acerca de aquella visita al padre de Yuhannà. Aparentemente tenía problemas más serios, más mundanos, como el de buscarle la vuelta a una lenta pero persistente baja en las ventas.

José Luís, tras el café, se despidió pues tenía muchos tramites que realizar en el centro.

Martín Máximo le firmó a la secretaria algunos recibos, revisó los balances mensuales con su contador a través del teléfono, y cuando pudo hacerse un hueco llamó a la chica que trabajaba en la sección de archivos para que le busque cualquier información sobre algún crimen ocurrido en Lavapiés algunas semanas atrás, donde la victima hubiera sido un viejo inmigrante, y el asesino... un viejo cornudo.

Mientras esperaba respuesta le quedó tiempo de escribir en su agenda, por las dudas, el número de teléfono de Elvira bajo el nombre de "Elvio Ira" u otra cosa muy parecida que le resultara fácil de interpretar llegado el caso.

Inmediatamente después llamó a Cristina, que debía estar ya disfrutando de su hora de almuerzo en algún bar vecino a la oficina donde trabajaba. No tuvo suerte y le fue imposible contactar con ella. Es más, estuvo ilocalizable el resto de la jornada, lo que le extrañó bastante ya que ella misma se autodefinía como *una pesada*... comentándole permanentemente a Martín, correo electrónico mediante o por mensajes al móvil, cada uno de las eventos que se sucedían en su derredor.

El teléfono de su escritorio volvió a sonar, más tarde que pronto, como siempre pasa. La atenta muchacha que hacía las practicas en la fría sala de archivos le informó, sin ocultar el entusiasmo que la embargó al sentirse útil por primera vez en la vida, que sí, efectivamente se había producido un crimen de un sexagenario en Lavapiés como venganza por una infidelidad.

Le comentó además que el victimario, el asesino, un tal F. González, de identidad reservada, estaba en libertad al haber interpretado el juez, en primera instancia, que había actuado bajo el impulso de una emoción violenta.

No le extrañó nada a Martín Máximo que aquel hombre estuviera libre. No había hecho nada que no hubieran hecho el ochenta por ciento de los latinos si se enteraran que su mujer le estaba engañando con otro hombre, que para mayor dolo era quince años mayor. Siempre teniendo en cuenta, estaba claro, que todos los implicados eran ya jubilados.

Llamó entonces a algunos amigos en el juzgado, y a otros en la Central de Policía, para que le facilitaran, favor por favor, la dirección de aquel hombre para intentar dar con él y, cerrar así el circulo que él mismo había creado, ahogar así aquella inquietud que alimentó con su imaginación por hacer una buena acción.

Hasta se permitió el lujo de coquetear con la posibilidad de escribir algo más, tal vez una novela acerca del asunto. Después de todo contaba con un muchacho sacrificado mientras buscaba a su padre, tenía también a dos viejos que veían fantasmas, a un desgraciado que había matado al viejo protagonista de la historia y, probablemente, en aquel enredo de violencia y realidad, podría hallar una buena historia o al menos algo que sea lo suficientemente interesante como para ser publicado.

Intentaba recordar, mientras tanto, cuándo había sido la última vez que había leído una novela policial que transcurriera en Madrid, la gente parecía más interesada en las historias de Steele, Chandler o Wilbur Smith en el África. Pensó que sería interesante explotar aquella veta, al fin y al cabo, escritores locales, aventurados y sin talento, abarrotaban las librerías del centro (autoreferencias aparte), y él contaba con la ventaja de ser ya conocido...

Soñó Martín Máximo un buen rato con todo aquello.

Consiguió la dirección donde presumiblemente vivía la pareja en cuestión, la vetusta amante y su marido.

—Es una buena historia, tío —le aseguró José Luis al enterarse hasta donde había indagado Martín en la historia.

—No sé —se sinceró Martín Máximo—. No estoy seguro que haya algo debajo de esto, esto es un pantano...

—Si quieres me encargo yo, colega. Sabes que me gustan estas historias y a la gente también. Encárgate tú, si quieres, de los proveedores.

—No, gracias. Tú lo haces bien. Igual no pienso liarme demasiado. Veré como sigue. Iré a ver a esta señora por la mañana y luego te contaré si tenemos algo o no...

—Vale, tú sabes bien lo que haces —le confió José Luis—. No necesitas consejos míos.

—Igual, gracias —le respondió Martín antes de despedirse.

La jornada siguió con normalidad, algo poco habitual.

Cristina volvió tarde y preparó una deliciosa cena, como lo hacía siempre que se sentía más cerca de Martín. Luego hicieron el amor y durmieron abrazados, en aquella posición que llamaban *de cucharita*, cariñosamente.

Aquella fue la noche más tranquila y feliz de la pareja en mucho tiempo.

Aquella fue la última noche que Martín Máximo durmió a salvo de sus fantasmas.

CAPÍTULO SEIS

Por la mañana, desde su despacho, Martín Máximo Cuevas llamó al número de teléfonos de aquella pareja, la que por desventura cerraba aquel triángulo fatídico que se había cobrado la muerte del padre de Yuhannà.

La señora que contestó la llamada sonaba bastante mayor y por un instante Martín Máximo se la imaginó vistiendo una bata floreada y rondada por un gato, como si la bata y el gato vinieran incluidas con el piso modelo de Lavapiés.

–Buenos días. ¿La señora Amalia?

–Si... ¿Quién eh? –contestó disimulando la ausencia de su dentadura...

–Usted no me conoce. Mi nombre es Martín Máximo Cuevas y estaría interesado en conversar con usted por un asunto.

–¿El de la tele?

–Bueno... la verdad es que no. Soy periodista de un periódico.

–Claro, el de la tele, el del diario... creo que se quien es –comentó la doña, que parecía alegrarse y mientras, en la viva imaginación de Máximo, acomodaba algún rebelde ruler.

–Bueno, si señora. Supongo que me ha reconocido.

–¿Y en que le puedo ayudar joven?

–Creo que usted se imaginará. Quisiera encontrarme con usted para hacerle un par de preguntas acerca de Samid, un viejo amigo suyo.

–Disculpe caballero pero no me apetece hablar del tema –le contestó, algo conmovida, mientras insistía con cortesía –Le voy a colgar, sepa disculpar.

El “espere” de boca de Martín Máximo llegó demasiado tarde y nadie lo escuchó. Marcó otra vez los nueve números y, ni bien sintió el vértigo del tubo al ser levantado, le espetó una frase preparada, una mentira piadosa...

–Es importante. El hijo de Samid lo está buscando. Quiere saber de su padre. Quiere saber a quién amaba. No puede negarle ese derecho.

Era una mentira cruel más que piadosa, es cierto. Pero tenía que entrevistarse con aquella mujer de la forma que sea. No era necesario agregar más pena a la que ya tenía mencionándole que aquel muchacho, Yuhannà también estaba muerto.

Ella pareció muy interesada en el tema; seguramente su amante, el viejo Said, le había hablado de su hijo, de su familia en el Kurdistán, y ella pareció conmovida, aceptando la visita, a primeras horas de la tarde, del periodista.

—No hay problema, he anotado su dirección. Puedo pasar por allí a las dos de la tarde —le comunicó Martín Máximo—. Sería mejor que no esté su esposo. ¿No cree? —agregó, intentando evitar que ella se sintiera coaccionada por la presencia del marido.

—Mi marido se ha ido, señor —le respondió muy seria—. Le ha quitado la vida a un hombre y no pudo soportarme a su lado. Tiene miedo de volver a hacerlo. No sé donde está.... Está solo, como yo. Hemos muerto los tres.

—No se preocupe señora. Verá las cosas agradables que tengo que contarle —le dijo Martín, ahora conmovido por el sufrimiento de aquella señora, que se había quedado sin nada, por culpa de un desliz.

Martín Máximo no estaba seguro a esas alturas de qué era lo que estaba haciendo. Por un lado tenía que armar una historia, un relato, consistente. Pero, como casi siempre, para lograrla había tenido que mentir, extorsionar; y aquel engaño, a su parecer, llegaba... de una forma u otra... a sus lectores. Porque nadie anda contando lo que no quiere decir si es que no está siendo coaccionado de algún modo. Eso es teoría, es básico. Y es uno de los primeros principios que un buen periodista debe saber enterrar en la vorágine de la lucha diaria por una primicia.

Le comentó a su socio, José Luís, que había conseguido aquella entrevista. Éste le felicitó y le instó a que indague un poco más. “Te hacía falta un poco de calle” le dijo, animándolo.

Llamó a Cristina y también le contó la novedad. A ella poco le importaban todos aquellos detalles, pero graciosamente escuchó de boca de su prometido todos los pormenores hasta que, vencida por el aburrimiento, le preguntó a que hora llegaría a casa.

Después de almorzar en el bar de siempre un menú de ocho euros, se dirigió, esta vez utilizando el Metro, al barrio de Lavapiés; el escenario que había elegido ésta historia para correr el telón.

Intentó mantenerse alerta a todo lo que le rodeaba, sabía que cada detalle podía servir ya que, en su conjunto, constituían la esencia de la historia. Entonces procuró quedarse en los rostros de los que comparían el vagón con él, jugando a adivinar quiénes iban a bajar en la estación subterránea del barrio y quiénes seguirían su camino.

Mucha gente de color bajó con él en aquel andén, también otros con rasgos sudamericanos bastante marcados y un puñado de españoles... algún hippie, algún viejo, poca gente más.

Se preguntó, entonces, cómo se movían los chinos. Había visto centenares de negocios asiáticos en el barrio, pero sus propietarios parecían no desplazarse mucho por la ciudad o, si lo hacían, se confundían hábilmente con el sinnúmero de turistas de aquellas tierras que inundaban la urbe.

Desandó las calles que había visitado la tarde anterior, recordó por un instante aquellos chavales que por un par de euros casi le habían

provocado un dolor de cabeza con el coche, y creyó verlos por todos lados, en todas las esquinas, esperando la oportunidad para quitarle otro puñado de pavos.

Quince minutos después de su llegada al barrio, aquél lugar de extraterrestres en el centro de Madrid, dio con la callejuela que buscaba, La Paloma era el nombre, y en ella buscó el número veintitrés... que se encontraba, como todos los demás, al lado de un negocio mayorista.

La botonera que servía de *timbre* para toda la comunidad no tenía ninguna etiqueta legible, unos cables pelados salían de donde hubo alguna vez un botón y adivinó entonces cual era el que correspondía al cuarto exterior izquierda, más nadie contestó.

–¡Empuje y entre! ¡Eso no funciona desde que murió Franco! –le gritó una señora que colgaba su ropa interior en una cuerda naranja extendida en una ventana del edificio de enfrente.

Martín Máximo entró, por primera vez en su vida, en lo que propiamente se llamaba “una comunidad”. Al quinto paso que dio sobre la madera resquebrajada de la entrada pudo imaginarse, al escuchar los diminutos y silenciosos pasos dirigiéndose a las respectivas mirillas, que muchas personas, aburridas con esta existencia que le había tocado en suerte acompañarían su ascenso hasta el cuarto piso.

Cada escalón que sus pies abandonaba parecía quejarse por el esfuerzo. Reconoció el aroma al paso del tiempo.... a palomar... a humedad... a muerte.

Antes que golpear con su llavero a la vieja puerta del cuarto exterior izquierda, la puerta de enfrente se entreabrió y una señora le chistó.

Martín Máximo, evidentemente acostumbrado a las películas de Hollywood, se permitió la licencia de preguntarle a la dama si era a él que llamaba.

–Si, claro... ¿A quién sino? –insistió la señora, que para mejorar la escena cargaba en brazos a una gigantesca gata siamesa gris.

–¿? –le gesticuló Martín.

–¿Viene a ver a la Amalia?

–Precisamente.

–Pues estoy preocupada joven. Mire, ella siempre almuerza conmigo y hoy no ha venido. He escuchado ruidos. Por favor entre a la casa. Tal vez le ha pasado algo.

–No puedo forzar la puerta señora. Tal vez ha salido.

–Imposible, la Amalia no puede bajar las escaleras. Yo hago las compras y ella viene a cocinar a casa. Es que estamos las dos solas ¿Sabe?...es que mi marido...

–¿A dicho que escuchó ruidos extraños? –le interrumpió Martín Máximo mientras volvía a golpear la puerta, esta vez con más insistencia.

–Ha venido un joven, por casualidad lo vi por la mirilla y luego la escuché quejarse, llorar.... ¡Entre por favor!

–Tal vez haya sido algún conocido y se la ha llevado de paseo. ¿Alguien cuidaba de ella? –insistió incrédulo Martín.

–Absolutamente nadie. Me hubiera avisado.

–Pues, en ese caso, será mejor que llame por teléfono a un cerrajero para poder echar un vistazo.

–¡No!... Aquí tengo una llave... es que sola no me animaba a entrar – se justificó la pobre.

–Bien, en ese caso, serénese señora... echaré un vistazo y estará todo bien. Ya lo verá –intentó tranquilizarla Martín, que parecía aún menos convencido de sus palabras y presentía que algo malo estaba ocurriendo, o por lo menos, así finalizaban estos diálogos patéticos en las películas.

Martín Máximo golpeó una vez más la puerta esperando una respuesta, pero no hubo respuesta. Introdujo la llave en la cerradura y la giró con eterna paciencia, dándole todo el tiempo del mundo a la tal Amalia para que despertase, y no provocarle así un innecesario susto.

La puerta no se abrió más que un par de centímetros, algo, del otro lado, lo impedía. El bulto en cuestión era, dejando de lado la descripción Hitchcock pertinente, el cuerpo sin vida de la atormentada señora Amalia.

Recurriendo a la sangre fría necesaria, y bastante poco frecuente en él, se volvió hacia la señora que sujetaba el gato... o... a juzgar por los ánimos... al gato que sostenía a la señora, y le pidió que llame por teléfono a una ambulancia, que su amiga había sufrido un accidente.

La ambulancia no era necesaria, a juzgar por las tripas de la señora Amalia esparcidas por todo el sitio; aún así apoyó inútilmente dos dedos en su cuello buscando alguna señal de vida. Cerró los ojos de la difunta, que aún parecían sorprendidos e intentó luego volver a abrírseles. Parece mentira que no hubiera aprendido en todo esos años a no tocar nada en la escena del crimen.

Lo que allí también encontró lo dejó helado... debajo de la cabeza, de los rúleros que de por sí le producían escalofríos por haberlos soñado, pudo observar una tarjeta, era un carné de conducir. La foto en él lo confundió tanto, que por un momento creyó perder el conocimiento.

Era de Yuhannà. Era su foto, su nombre, su carné.

De rodillas, con el documento en sus manos, cerró sus ojos esperando que, al abrirlos, nada de aquello estuviese allí, pero un grito ajeno se coló en su cabeza, un grito desgarrado que solo él podía oír y que se repitió dos veces más... *!Por tu culpa han matado a mi padre! ¡Por tu culpa vieja estúpida!*

Martín Máximo, desconcertado y tembloroso, se puso de pie. Con la mirada buscó al asesino en los rincones del salón y antes de guardar en su bolsillo el carné, sintió como un extraño escalofrío le recorría la espalda.

A duras penas convenció a la vecina, la gata y a otras personas curiosas de la inconveniencia de ingresar al salón; las entretuvo un rato en el *descanso* hasta que los paramédicos llegaron.

Después de los médicos llegó la policía. Les hicieron preguntas, sacaron fotos, se llevaron el cuerpo y tomaron algunas muestras. Martín les comentó que había tocado el cuello de la víctima, y había dejado huellas al pisar la sangre, pero nadie le dio mayor importancia. “Ajuste de cuentas, seguro”, le apuntó un oficial. “Esta señora estuvo liada con un árabe, según me dicen. Nunca encontraremos al culpable. Usted sabe cómo es esto Don Cuevas” le dijo otro. Amalia había sufrido un corte de veinte centímetros en el pecho, a todas luces mortal... aunque, como siempre, la causa de la muerte sería un paro cardiorrespiratorio.

La vecina, un poco más tranquila que su gata, intentó describir cómo era el joven que había visto a través de la mirilla, aunque considerando la edad y las ansias de compañía y protagonismo de la señora, el forense prefirió quedarse con el único dato en el que todos parecían coincidir. Había sido un joven, que vestía una camisa amarilla muy estridente y unos pantalones azules.

Martín Máximo, como correspondía se ofreció a colaborar con los agentes y aceptó acompañar a la señora un rato más, té de manzanilla mediante, mientras el personal de limpieza quitaba la sangre de la moqueta y de las paredes.

Por la noche Martín Máximo regresó a su casa. Prefirió no mencionar nada de lo que había acontecido a Cristina o a José Luís.

Si las evidencias eran ciertas... Yuhannà había vuelto de entre los muertos a vengar a su padre. Pero nada parecía tener sentido.

Cansado y agobiado, se durmió; convencido que alguien, opuesto a sus intereses, estaba intentando hundirlo, humillarlo.

No sabía de quien desconfiar, pero estaba casi seguro de que era él la víctima de toda aquella puesta en escena.

Cristina, en cambio, no buscaba responsables del extraño comportamiento de Martín Máximo. Estaba convencida que él tenía un romance con "ésa guarrilla" de la cena.

CAPÍTULO SIETE

Volvió Martín Máximo Cuevas, al día siguiente, a recorrer las calles de Lavapiés. Buscaba algo, aunque no estaba seguro qué. Había piezas en el rompecabezas que parecían haber desaparecido. Por fuerza, no podía dar con el paradero del marido de Amalia, aquel despedido sesentón que había asestado un disparo en la cabeza del padre de Yuhannà para luego desaparecer.

No desconfiaba de nadie en particular, pero todos podían ser cómplices de la horrible broma. Tenía muchos competidores, mucha gente envidiaba su éxito, su prestigio y, con lo turbio que se pone el mundillo periodístico cuando ruedan unas monedas o un guiño político, no descartaba ser presa de un complot, algo personal, o quizás algo mucho peor.

Hasta llegó a pensar que había sido él el nuevo elegido por la tómbola mediática, y era él a quien *los lores de la información*, una mafia encubierta de esas que existen en todos los sitios donde el estado se entromete más de la cuenta en donde no debe o donde la información está monopolizada. Un rejunte de todopoderosos que seleccionaba, al azar, a una víctima entre los personajes de la sociedad que tenían éxito, para destruirlos con montajes, fotografías indiscretas.

Que no le sorprenda al lector que todo esto exista, los medios informativos, desde la prehistoria dictan tendencias, elecciones, gustos. Todo lo que consumimos, cómo nos comparamos y vemos frente al espejo, cómo nos relacionamos con la moda, la modernidad, y nuestra aceptación del mundo depende por necesidad de esa perspectiva mediática.

“Un gigante que se alimenta de la propia mierda que expulsa” había escrito alguna vez Martín Máximo, provocando la crítica y la condena de todo el ámbito periodístico español.

Es que había demostrado, enseñando la fotocopia de un contrato, cómo un par de ejecutivos habían seleccionado “cargarse” a un presentador de televisión desperdigando rumores acerca de su sexualidad, su vida íntima, lo que le gustaba comer, o meterse en el cuerpo por cualquier orificio apto. El malogrado presentador no tuvo más opción que ser testigo de cómo su sólida y respetable carrera profesional se venía a pique. Perdió el empleo, sus inversiones, su mujer, y finalmente... el respeto de su público.

Estos acartonados señores, apoyados por el “Tribunal del Marujeo” (grupo compuesto por todas las amas de casa y personajes similares que frecuentan platós de televisión, abucheando o aplaudiendo según el peso específico del bocata que le haya tocado en suerte) dieron por aca-

bada su labor profesional, provocando un intento de suicidio por parte de aquel joven.

Finalmente todo se develó. Martín Máximo Cuevas consiguió la primicia sobre aquel chantaje y logró lavar la imagen de muchacho más nada volvió para él a ser como había sido.

El presentador, desocupado y deprimido, apenas tuvo un gesto de agradecimiento con Martín al cruzárselo en un aeropuerto, pero luego decidió llevar el pan a su mesa protagonizando otra serie interminable de escándalos afines y aún hoy continúa viviendo de ello. Como lo hacen decenas de putas cabareteras devenidas en esposas de empresarios, alguna otra que se salvó enamorándose del torero de turno, “preñándolo”... u otros personajes que no hicieron mayor merito en la vida que bajarse los pantalones o bajarse *a los pantalones* del director de programación, pichichi de la liga, o concejal en boga.

El riesgo a ser víctima de estas trampas no parecía elevado a criterio de Madrid, aunque estaba convencido de que algún día le harían pagar por su entrometimiento. Después de todo había pasado solo semanas desde los atentados a los trenes, era necesario hacer leña de algún otro árbol caído y desviar la atención del pueblo, que éste nunca sepa que no hay nada que hacer cuando ocurren este tipo de catástrofes.

Martín Máximo Cuevas estaba convencido que algún día le harían pagar por tamaño entrometimiento. Y, ante amigos, reconoció estar arrepentido de haberle dedicado tiempo y esfuerzo a aquel *Watergate chapucero*.

–No tengo ninguna información –le dijo la voz de la chiquilla de Archivos, al ser consultada acerca de qué tipo de datos había allí del paradero del marido de Amalia.

–Debe haber algo. Un pueblo, algo.

–En su última comparecencia ante el juez, según dice el informe judicial, dijo que tenía un amigo en Sevilla y que allí podrían hallarlo si necesitaban interrogarlo. Pero la dirección está bajo secreto de sumario. Temía que las mafias intentaran vengar al difunto, según alegó.

–¿Y dejó a su mujer sola? –se preguntó extrañado en voz alta...

–Usted sabrá –le apuntó la joven–. Los hombres a veces actúan de ese modo.

Martín Máximo cortó bruscamente la conversación, no hubiera querido ser descortés pero bastante complicado ya estaba todo como para darle vueltas a la patética vida amorosa de la niña o para darle crédito a sus prejuicios.

Al mediodía, como lo había hecho veinticuatro horas antes, volvió a darle un empujón a la puerta aquella que no cerraba bien desde la muerte del caudillo y paso a paso repitió el paseo por las escaleras hasta el cuarto piso.

Llamó a la puerta de la señora del gato feo... la gata, perdón.

La viejecilla pronunció un “¡Ya vaaaaa!” desde su rincón preferido, la mirilla.

Fue a buscar a la mascota, su protección, amiga y consuelo. Haciendo un ruido infernal con un manojo de llaves abrió la puerta. Lucía una grandísima, blanca y artificial sonrisa.

–Ha vuelto, joven –le dijo, olvidando la mala tarde que había pasado veinticuatro horas antes.

–Pues sí, vine a ver cómo se encontraba.

–Usted quiere que yo le diga quién es el asesino –intentó adivinar la vieja, emulando a Angela Landsbury.

–Pues no señora, supongo que para eso está la policía –le contestó Martín Máximo, aguantándose la tentación.

–Mejor, porque no lo sé. Y no se moleste en ofrecer dinero. Se guardar mi secretos...

Mas allá de las lagunas mentales de la señora, la mirada rencorosa de la gata y del empapelado, decididamente inglés, que recubría monotématicamente aquella sala (contrastando con una indecorosa postal napolitana personificada en el gran ventanal hacia el patio interno cubierto de calzones, y pares irreconciliables de calcetines tristes).

Martín disfrutó de la hora y media que pasó en su compañía ya que pudo ilustrarse bastante bien acerca de su pobre vecina Amalia, sus hábitos, y su segura inmortalidad en el recuerdo cándido de la buena vecina.

Amalia y Samid, el padre de Yuhannà –el kurdo –, habían tenido una relación amorosa efímera; más cercana a la amistad que a la pasión, pero lo suficiente intensa como para haber llevado a la mujer a aceptar las visitas de su querido en su propia casa aún a sabiendas que su marido, también jubilado, podía apersonarse en cualquier instante.

Felipe, aquel al parecer era el nombre del esposo, era alcohólico perdido y, según las viejas lenguas, no pasaba dos noches seguidas en su casa por ser un aficionado profeso a los caballos de Tirso de Molina... y no hay precisamente una cuadra, ni un hipódromo, en aquella plaza.

Como sea, don Víctor se tenía merecidos los cuernos a juzgar por la opinión que tenía de él su vecina.

Martín se quitó de encima la molesta gata por enésima vez antes de despedirse.

La señora pareció triste al saberse nuevamente sola, el dudoso criterio de selección de adjetivos que había hecho al referirse a sus vecinos dejaba claro que no socializaba con ellos más allá del escobazo en el techo o el zapateo sobre la madera podrida.

La doña, cuyo nombre como autor me niego a presentarles para no complicar mucho más la comprensión del presente bodrio, además,

apuntó otro dato significativo, Amalia tenía otro amigo íntimo, aunque con él no intimara; un chino, propietario de un *todo a cien* cercano, que cenaba con ambas todas los martes y jueves en aquel mismo salón inglés con vistas napolitanas en el que habían estado conversado. “Está invitado para esta noche si así lo desea” le dijo a Martín.

Martín Máximo no podía aceptar la invitación porque, además de patética, aquella escena hubiera resultado amarga, pues era la oportunidad que la señora aprovecharía para notificarle al chino que su buena amiga había caído en desgracia.

Empero aceptó si la dirección en la que podía encontrar al hombre en otro momento.

Por un instante se cruzó por la cabeza de Martín Máximo mencionarle el lugar donde sería sepultada su amiga a la mañana siguiente, pero la memoria de aquella viejecilla le había hecho ya un gran favor, y parecía haber barrido todo recuerdo morboso de la tarde anterior por lo que le pareció un comentario mal intencionado.

Martín Máximo Cuevas bajó los escalones gastados con sumo cuidado, el forzosamente necesario, y una vez en la calle, se dirigió nuevamente hacia la estación del metropolitano en Lavapiés.

Una vez que llegó a la plaza de Lavapiés, antes de descender las escaleras que conducen al andén, su teléfono móvil sonó tres veces antes que lo cogiera.

—¿Martín? Soy Elvira —le dijo una voz desde el auricular, mientras él intentaba resolver en su cabeza quién diablos era *Elvira Ira*, a juzgar por el nombre en la pantalla —¿Te acuerdas de mí?

—Claro mujer. ¿Cómo quieres que me olvide?

—Pues entonces vuelve a la plaza que estoy esperándote —le increpó la otra.

¡Vaya sorpresa!. Elvira, impactante, esperaba apoyada en un farol cuya luz no hacía más que favorecerla.

Habría sido aquella luz, la escasa estatura de las personas que la rondaban, o sus eternos rizos blondos... no sabría decirlo, pero Martín Máximo fue poseído instantáneamente por el deseo. No habían Cristinas, Ginas o Bardots que pudieran desviar la atención de sus hormonas, ni sentimiento de culpa que lo contuviera....

Dos besos, uno en cada mejilla... y finalmente un tercero en los labios, inevitable, propiciado por ella (y su innegable destreza)... predispusieron algo más, si se permite la expresión, el intercambio de fantasías húmedas entre ellos.

Martín Máximo Cuevas estaba aún intentando comprender cómo, siendo un personaje público había accedido, sin peros, a besarse en

medio de aquel gentío con una señorita que le era prácticamente extraña.

Pensó que era un completo idiota, y algo de razón tenía. Ella, más astuta, le ahorró la amargura llevándolo de la mano por una callejuela cercana e introduciéndolo en una taberna de mala muerte que parecía ser bastante ajena al primer mundo que decía estar desperezándose allí afuera.

Dos cubatas rompieron el hielo, y entonces sobraron los ¿Cómo te encuentras?... ¡Qué interesante!... ¡Qué gusto verte!... ¿En qué andas?... las chorradas de siempre.

Ella le aconsejó apagar el móvil para evitar llamadas indiscretas, el accedió convencido que no era oportuno llamar a Cristina. Esperaría un rato más y vería cómo seguía la tarde. Era aún temprano.

Elvira le propuso, cuatro tragos más tarde, que la acompañara a una sitio vecino, la casa de unos amigos bastante discretos donde podrían estar aún más cómodos. Y él, adivinando la intención, como era lógico, aceptó.

Mayúscula fue su sorpresa al realizarse que la casa de aquellos amigos estaba ubicada en una zona bastante concurrida del barrio de Lavapiés, atestada de personas que iban y venían, maldiciéndose unos a otros o piropeándose en lenguas indescifrables para él; y para mayor sorpresa, la calle era la misma que tenía anotada en el papel que le había entregado la vieja... Calle de Cabestreros decía. Martín Máximo intentó localizar en la oscuridad el negocio en el número doce, para poder encontrarlo fácilmente cuando busque al chino la mañana siguiente.

Ingresaron sin llamar en el número ocho, a quince pasos del comercio del oriental, subieron las extenuantes escaleras casi por instinto, el temporizador de la luz vigía no funcionaba bien y ella, como he dicho... astuta, aprovechaba para abalanzarse sobre él.

Aunque Martín Máximo había imaginado que estarían solos y que aquella era, en definitiva, la casa de Elvira, debió disimular su decepción cuando un desgarrado muchacho abrió la puerta del apartamento al escuchar el timbre.

El joven era argentino... y lo aparentaba. No solo por el acento inconfundible, ni el tono arrabalero que le impuso a sus palabras para parecer más simpático con ella, sino simplemente por cómo apoyó su mano en la cintura de Elvira al darle los dos besos sonoros de rigor... algo común, aparentemente, a todos los de aquel país.

El segundo personaje que se encontraron al ingresar en el salón era italiano, muy italiano, primero le dio la mano a Elvira y se presentó, luego se hizo el tímido reformado y le dio dos besos.... finalmente un abrazo. Es que los italianos también se las traen, pensó Martín.

Finalmente apareció el tercero desde un rincón al que llamaban cocina, enfundado en un uniforme de cocinero o chef como le gustaba

autodefinirse. Éste si era español y al parecer conocía a Elvira desde hacía ya mucho tiempo.

Leo, Francesco y Javier quiso recordar Máximo eran sus correspondientes nombres, como podrían haber sido Pedro, Paco y Luís... no os molestéis en memorizarlos, pues no hacen mayormente a la historia, más si al compromiso personal del autor en mencionarlos.

El cocinero, que decía ser todo un experto, invitó a la pareja a quedarse a comer, no aceptando un “no” por respuesta. El mismo muchacho justificaba estar en el paro por haber sido suspendido de su último empleo por culpa de un minúsculo descuido culinario. La cifra de las víctimas mortales, a criterio ilusorio de Martín, no había sido suficiente para encerrarlo así es que no perdían nada en confiar en su arte.

El italiano interpretó un repertorio de canciones de su zona, en el sur de Italia, ritmos que le recordaban a Martín a la *tarantela*, aunque el jovencito se acordara de todos sus muertos por la comparación.

El argentino finalmente desistió de seducir a Elvira por la súbita llegada de su novia y el mamporro recibido en consecuencia con sus indiscretas fijaciones.

Lo único interesante que ocurrió aquí fue que después de la abundante cena y no menos copiosos tragos, en un roce casual en el pasillo que comunicaba la cocina con el salón, Martín Máximo Cuevas y Elvira no se cuanto, se liaron en un eterno beso, un secreto al oído, una sonrisa tonta, un susurro, una mano indiscreta, otra sonrisa aún más tonta y una habitación usurpada, ultrajada, en una casa extraña con consentimiento implícito del amigo.

Fueron uno por unos instantes, fueron dos nuevamente y otra vez uno... Finalmente ninguno.

Cigarrillos, mimos de compromiso, comentarios bordes para derretir el resto de los hielos, que en estos casos, reconozcámoslo, no son pocos...

Allí quedaron, semidormidos por un rato más, hubo un intento de compostura, otro más a las dos horas, alguien intentó coger un móvil en la oscuridad, otro alguien se lo impide con un mordisco impropio, risas, juegos, manos...

Por la mañana, el sol se deshizo de la ropa tendida en el patio interno, se deshizo de las cortinas, del aroma a dos personas desnudas, y finalmente del cansancio, despertando a la inconsciente pareja en una incomoda situación, en una habitación no menos extraña, sobre un colchón de dos plazas, sin sábanas tendido en el suelo... en algún rincón de Lavapiés.

Martín Máximo Cuevas luchó contra sus párpados, la increíble resaca que llevaba, y finalmente encontró de entre sus ropas, en un costado,

el teléfono móvil anunciando cuatro llamadas perdidas, mensajes e insultos.

“Cabron, hubieras avisado que no venías a comer. Te has olvidado que habíamos invitado a cenar a José Luís, como todos los martes... Esta noche salgo a comer afuera y tú te lo pierdes. No me esperes en casa, dormiré en lo de una amiga. Esta vuelta te has pasao Tino”.

Así rezaba el último mensaje de Cristina, justamente el que seguía a otros dos mucho más amistosos de su amigo en el que, haciendo gala de conocerlo demasiado, adivinaba el porqué de su ausencia.

Al regresar a casa, Martín Máximo no tuvo otra alternativa que sincerarse con su prometida, como los hombres hacen a veces cuando saben que no se puede mentir a la persona que se ama, contándole a Cristina sobre el asesinato de la vieja aquella, a modo de excusa y de reafirmación sobre los defectos del género.

Ella, a duras penas pero superada por las irrefutables pruebas, no pudo más que perdonarle, recriminándole si la falta de aviso.

José Luís se tomó mucho peor aquel comportamiento por estar directamente implicado en los dos asuntos, en la cena fría y en el desconocimiento de material de trabajo. Martín Máximo le contó cada detalle acerca de lo que había ocurrido, salvo lo que no convenía por supervivencia misma, y para lavar su imagen confió que seguiría investigando el caso hasta dar con la persona que había montado todo aquel circo.

El socio, interesado, se ofreció a acompañarlo por la tarde a entrevistar al chino, el amigo cercano de Amalia probablemente él sabría dónde podía estar escondido el marido, su viudo... tal vez el asesino gracioso que intentaba jugar con la razón de Martín Máximo.

José Luís intentó localizar un par de personas, preocupado por salvaguardar a su amigo en caso de que, efectivamente, estaba siendo víctima de una trampa por parte de políticos, directivos o competidores.

Dos horas después, un rato antes que Martín Máximo volviera a Lavapiés (a la misma fatídica calle que por poco se carga su compromiso), José Luís Claros le confió que según sus informantes no había ningún indicio de que alguien esté confabulando contra él.

Martín Máximo Cuevas borró de su agenda el nombre de Elvio Ira, bloqueó al remitente e intentó mentalizarse en hacer las cosas bien al menos por el fin de semana.

Minutos después, cogió su coche y se dirigió nuevamente hacia Lavapiés.

CAPÍTULO OCHO

Cuando Martín Máximo Cuevas volvió a la calle Cabestreros le pareció no haber nunca salido de allí.

Después de todo, no habían pasado más que seis horas desde el momento en que se había despedido, también allí, de aquella mujer desconocida, a quien por vicio conocía tanto.

El cielo estaba cubierto y había comenzado a caer una débil llovizna.

Evitó pasar por el frente del apartamento de los tres personajes que había conocido la noche anterior por lo que se fue forzado, infantilmente, a darle la vuelta a la manzana y acercarse al negocio del chino por el otro lado de la calle.

El número doce de esa calle invitaba a todos los que por ventura cruzaran frente al escaparate a comprar al por mayor bolsos y carteras, de cuerina o de cualquier otro material lo suficientemente parecido al cuero real como para ser comercializado.

Aventuras o desventuras al margen... aquel sería un buen momento para que el oriental, tan amigo supuestamente de doña difunta Amalia, haya procesado la triste noticia de su muerte y esté dispuesto a confiarle lo poco o mucho que sabía acerca de cómo o dónde encontrar al esposo de su colega.

Las persianas del negocio estaban bajas, lo cual era un poco extraño pues aún era horario comercial, en la puerta del negocio un pequeño cartel, en castellano y con tinta roja, rezaba “Cerrado por Duelo”.

Martín Máximo entendió inmediatamente que, tal vez, la relación de aquel hombre con la vieja era aún más cercana de lo que él imaginaba y el pobre hombre no pudo siquiera abrir el negocio al enterarse del crimen.

Tampoco vosotros, que ya conocéis algo de Martín, sois ajenos a sus lapsos imaginativos. Pensó que aquella mujer ultimada había tenido más de un romance a pesar de su avanzada edad, y el chino en cuestión, quizás su último amante, había también decidido buscar al asesino... los chinos de las películas eran así, formaban grupos y no descansaban hasta vengar la muerte de su amada.

En todas esas estupideces se zambulló nuestro amigo periodista mientras volvía, un tanto resignado y bastante mojado, a la casa de la vecina de Amalia, que ya a éstas alturas era un bálsamo para sus dilemas, porque le contaría un poco más acerca de aquella señora, tal vez algo más de Said, o... ¿Quién sabe? ... algún detalle escabroso sobre el triángulo amoroso que, en su imaginación, había creado.

La mujer estaba en casa, con su gata, como siempre.

Muy amablemente la señora le ofreció una toalla para secarse y un café.

No tuvo que hablar con ella demasiado para concluir que ésta no sabía mucho más acerca de su amiga que lo que ya le había contado.

Eso sí, se pronunció muy preocupada por el paradero del comerciante chino, que no se presentó a cenar la noche anterior, por lo que le fue imposible comunicarle la novedad de la muerte de Amalia.

Martín Máximo omitió voluntariamente cualquier comentario respecto al cartel que lo había recibido en el negocio. Para no preocuparla más a la pobre. Después de todo, en un barrio de esas dimensiones y características, todo el mundo se enteraba de las desgracias ajenas, más preferían sus gentes no escuchar las buenas noticias...

Se despidió de aquella señora, por tercera vez en setenta y dos horas, con un *hasta pronto*... parecían estar predestinados a frecuentarse.

Volvió el periodista entonces, sobre sus pasos, hacia el negocio del asiático.

Llovía copiosamente, pero esto no parecía afectar en lo más mínimo la vidilla del barrio.

Se detuvo frente a la misma puerta... al mismo cartel, intentando encontrar en él algún número de contacto u horario de regreso; decenas de camionetas blancas, proveedores o compradores, se agolpaban a esas horas en las escuetas calles del barrio y colapsaban todo el tráfico de aquel sector de Madrid. No podría entonces darse el gusto aquel comerciante de despreciar un solo día de sus clientes, pensó Martín, al menos no actuaban así ninguno de los miembros de la comunidad china con los que se había topado; eran de trabajar más de lo aconsejable y practicar español mucho menos de lo necesario.

Mayor fue su sorpresa al percatarse, en una esquina del cartel, una huella... y no tardó mucho más en descubrir que, en realidad, aquella tinta roja que empezaba a licuarse por la lluvia era sangre. Había aprendido a reconocer el color y la textura de la sangre en Afganistán y en Irak... ¿Cómo olvidarse de las salpicaduras arteriales sobre las ropas blancas? ¿Cómo deshacerse de sus pesadillas si seguían frecuentándolo permanentemente?

Intentó encontrar un hueco entre los carteles de descuentos que empapelaban la puerta desde el interior del negocio y, cagándose en la madre de los que habían inventado el ventanal ahumado, procuró ver algo del interior.

A pesar de las gruesas gotas y las papeletas que empobrecían la visión pudo divisar el contorno de unas estanterías, maniqués y muchas cajas en el fondo. Bajó la vista, buscando una silueta, un cuerpo, pero evidentemente hasta allí había llegado su visión supersónica y su imaginación.

Hizo aún un mayor esfuerzo utilizando sus manos en paréntesis al costado de su rostro, cerrando por un instante los ojos para que se acostumbren a la diferencia de luz, y al abrirlos se encontró nariz con nariz con un rostro magullado que lo miraba fijamente.

El ojo derecho del individuo lo miraba fijamente, pestañeaba; el otro brillaba por su ausencia. Un hueco ensangrentado ocupaba su lugar.

Martín Máximo, con su corazón palpitando fuera de su cavidad, quedó helado observando la dantesca expresión del sujeto hasta que éste se desplomó violentamente golpeando contra la puerta.

Con su teléfono móvil marcó el número ciento doce, aquel que alertaba a las autoridades sobre crímenes, robos, incendios, perros perdidos y dolores de panza.

Con voz temblorosa también dejó un mensaje a José Luís, solicitándole que acudiera pronto al lugar. El chino estaba malherido, le anunció.

Los servicios de emergencia se hicieron presentes en poco menos de media hora, maldiciendo a viva voz a las furgonetas y camiones repletos de mercancía que le cerraban el paso a la entrada del barrio.

Un oficial de la guardia civil abrió la puerta mediante una maniobra muy curiosa que, a pesar de tener un nombre técnico desproporcionado, podría describirse como *“romper el vidrio con un tubo y buscar la cerradura del lado de adentro”*

Para cuando le dieron permiso a Martín Máximo a ingresar, había un muchacho joven tendido en el piso que llevaba una melena rastafari rubia, y se hallaba empapado con su propia sangre. Los médicos lo habían entubado; estaba vivo pero inconsciente.

Lo sacaron en una camilla y los oficiales cerraron la zona, los curiosos se agolpaban y al parecer aún había más para buscar en el interior del negocio. Ya todos estaban enterados que había ocurrido algo extraño y que, el dueño del negocio, posible víctima de un asalto, debía estar en algún lado.

La teoría del robo no conformaba a Martín Máximo ya que no cerraba con el cartel en la parte exterior de la puerta y así le hizo saber al detective que le preguntó por qué estaba otra vez inmiscuido en un asunto criminal en Lavapiés.

Martín Máximo le contó al oficial todo lo que sabía, lo que fue confirmado por José Luís, que se hizo presente en ese instante absolutamente superado por las circunstancias.

Otros dos policías continuaron buscando al chino por todo el local, también por las dependencias posteriores, la cocina, un lavabo, un depósito. Pero en una de las cajas del salón de venta al público estaba la respuesta. Dentro de ella encontraron una buena parte del chino, en otra sus brazos y en una tercera sus piernas.

“¡Ajuste de cuentas!” exclamó el detective, como sacándose un peso de encima. Y aclaró...

–Los españoles no arreglamos las cosas así. Pero éstos rumanos, moros, chinos, lo hacen todo así de espectacular. Hay que joderse con la que han montado aquí –y reclamando la presencia de otro oficial le adelantó–. Que vengan y saquen fotos, pero no muchas. Llévense el cuerpo al tanatorio y que limpien esta mierda... por los impuestos que pagan no pretenderán que le hagamos una autopsia al cabrón... –aclaró mientras escuchaba cómo un puñado de voces asiáticas chillaba desde la puerta al reconocer al amigo, al padre o al hermano.

Se dispuso inmediatamente una guardia al joven en el hospital. Era sin dudas el asesino y con suerte se recuperaría para testificar.

Martín Máximo Cuevas se quedó con una tarjeta del detective y prometió llamarle para conversar sobre el incidente en la Central. Sabía perfectamente que el oficial lo necesitaba para que le redactara, palabras más, palabras menos, un informe que le ahorrara el trabajo.

¡Que mala suerte!, pensó Martín, aunque siempre había renegado de esa frase, pues la suerte para él no existía. ¿Pero cómo podía ser posible que justamente asesinen a una de las pocas personas que podían ayudarlo a encontrar al esposo de Amalia.

Solo en las películas, en las malas, ocurría eso de que todos los que rodeaban al personaje se morían. Pero esto era Madrid... ésta era gente humilde, gente real, sin mayores pecados que los que él mismo había cometido. Con sus mismas virtudes y miserias.

Pero también era cierto que hacía muy poco tiempo vivían en otra ciudad, Madrid no era ya la misma después del 11-M, ahora todos estaban tensos, nadie admitía sus miedos, pero no podían disimular su inseguridad.

España había cambiado, había despertado, de golpe.

Dedicó unos instantes a reflexionar sobre lo fortuita que es la existencia. Aquella misma conclusión a la que había arribado alguna vez frente a las ruinas de los vagones en Atocha, frente a los cuerpos, a los heridos, al silencio.

¿Por qué todo esto está pasando justamente ahora?

¿Por qué pasaban tantas cosas juntas en Madrid?

Nada de aquello parecía tener sentido, nada lo tenía.

Hasta el martes se prometió dejar que el tiempo haga su trabajo; cuatro días de descanso, sin tragedias ni tentaciones le dedicó a su prometida Cristina, que bien merecidos los tenía la pobre.

CAPÍTULO NUEVE

El presunto ladrón, al que llamaremos el tuerto rastafari a partir de éste instante, fue trasladado de urgencia al hospital de La Paz, en el corazón de Madrid, se temía por su vida ya que había perdido mucha sangre, pero lograron estabilizarlo y sobrevivió. No os hagáis tampoco demasiado ilusiones respecto a él, lo encontrarían frío, pudriéndose bajo la lluvia, poco despues de darle el alta médica. Éstos personajes suelen terminar así, sobretodo si se acercan demasiado a la plaza de Tirso de Molina a procurarse la vianda.

Pero para ser hallado inocente y exculpado de haber convertido al chino en poco más que un tentempié, tuvo que declarar, y eso hizo el martes siguiente ante los detectives, una vez que le fue retirada la ayuda respiratoria.

Como adelantaba antes, el muchacho sufría por el ojo perdido, pero llevaba consigo, dentro suyo, mucho más razones como para ser internado.

Nuestro Martín Máximo Cuevas, de luna de miel, por así decirlo, se había desentendido del asunto por un tiempo, necesitaba recuperar el afecto de Cristina, necesitaba alguien de confianza que le lamiese las heridas del alma.

Un tipo duro, así lo veían todos los que lo habían conocido desde éste otro lado de la pequeña pantalla, cada vez que echaban alguno de sus reportajes. Pero Martín Máximo Cuevas era mucho más débil que lo que enseñaba, como todos nosotros, supongo. Quería ser querido, quería ser respetado y sentirse útil. Pero ninguno de sus requerimientos había encontrado respuesta en aquellas últimas semanas.

Para mayor inconveniencia, Martín Máximo Cuevas fue citado oficialmente por las autoridades; el tuerto rastafari decía solo querer hablar con él. Nadie fue capaz de explicarle como había llegado hasta ése sujeto su nombre, o quién le había comentado que había sido precisamente ése periodista al que había mirado fijamente con su único ojo a través de la puerta del negocio.

Martín se presentó esa misma tarde en la sala donde se recuperaba el muchacho de sus heridas visibles, custodiado por un oficial bastante gordo y desalineado de la guardia civil.

El joven tragó saliva al verlo. No necesitaba de la dimensión perdida para reconocerlo; tenía miedo... como si hubiera visto al mismo diablo frente a él... Y tal vez tenía razón.

—A ver si ahora dices algo, capullo —le alentó el oficial que estaba de pié junto a la cama

–Solo se lo puedo decir a él –dijo el muchacho titubeando, mientras señalaba malamente a Martín Máximo.

El detective en jefe, aquel mismo que lo había acompañado hasta la habitación adelantándole la situación, pareció molesto y ordenó desalojar la sala a los otros dos guardias y luego los siguió, no sin antes mirar con un poco de desprecio, o envidia, a Martín Máximo.

Quedaron entonces los dos solos, Martín se acercó a la cama y con un suspiro, una queja y un “a ver...” alentó al convaleciente a confesarle su secreto.

–Tengo un mensaje para usted –le dijo–. Dice el moro que ya no debe preocuparse por él, que usted ya hizo suficiente en Chinchón... y que ahora le toca a él encontrar al asesino de su padre. Que no se entrometa más.

Otra vez el corazón de Martín Máximo Cuevas dio un brinco, empero siguió latiendo... ¿Qué coño pasa? pensó

–Quien te ha dicho eso? ¿Acaso le has visto la cara?

–Un moro, no sé su nombre. Entré a pedir unas monedas y lo encontré cortándole los brazos al chino. Dios. ¡Por favor! ¡Que no me haga lo mismo a mí!

–Pero. ¿Estás seguro? –preguntó nuevamente Martín con inocencia, recordando al instante que aún guardaba el carné de conducir de Yuhannà. Lo extrajo de su cartera y se lo enseñó, aterrorizado por una posible respuesta afirmativa...– ¿Es éste el hombre que has visto? –le preguntó señalándole la foto –¿Es éste el moro?.

–Pues sí, sí. ¡Ayúdeme! ¡Que no me encuentre! ¡Él me ha hecho esto! –exclamó incorporándose de la cama, con la mirada perdida.

El detective volvió a ingresar a la sala. Y ordenó a uno de los oficiales volver a acostar al muchacho. Pidió explicaciones y le fueron dadas.

Escuchó atentamente la versión del joven, quién confiaba en la mirada de Martín para saber lo que tenía que decir o no. Como si fueran cómplices. Ya lo eran.

Contó cómo, al entrar al negocio, vio a un hombre que parecía marroquí o árabe, como si fueran tan parecidos, que había visto cómo ese hombre cortaba en pedazos el cuerpo sin vida del chino, y que él intentó escapar pero estaba un poco “colocado” y así le dio alcance antes que llegara a la puerta. Después relató cómo le extrajo el ojo izquierdo con la punta de un cuchillo. Y le obligó a recordar que a Martín Máximo Cuevas, al periodista, debía decirle que no se meta más en aquel asunto. Y nada más.

Por infantil que pareciera aquella historia, fue tomada como válida. Desde primeras horas de la mañana la policía sabía, por los peritos, que

la sangre sobre el chino no era del pobre muchacho, y que tampoco pudo colgar el cartel del lado de afuera con un solo ojo y con el estado calamitoso que llevaba.

El joven fue puesto en libertad esa misma tarde, no había ya motivos para retenerle.

Martín Máximo Cuevas quedó entonces esa misma tarde con la joven e insistente Elvira, que se las había ingeniado para seguirlo desde su casa hasta la entrada del hospital, para tomar un café en terreno neutral, un bar de la Castellana... un sitio donde ella no se tentara a tentarlo, donde él pudiera resistirse a sus instintos, a los bajos y a los otros.

En resumidas cuentas *¡No quiero poseerte!* y *¡Quiero que acudas a mi cuando te sientas solo!* ...fueron las únicas dos frases rescatables de aquél mejunje de miradas y piropos que se regalaron de uno y otro lado. Martín Máximo quería sacarse de encima un problema más, que no necesitaba, pero al mismo tiempo se sentía aún más desconcertado porque realmente le gustaba aquella chica... era dulce, lo admiraba, era joven... y diez razones más que mis lectoras no entenderían y que sus parejas también me darían la razón, aunque solo sea de pensamiento.

Cristina, la distante, estaba cada vez más lejos de aquel ideal borroso que se había echo Martín Máximo de ella hacía ya un decenio. A ella, sin dudas, le pasaba exactamente lo mismo, pero como mujer en un mundo machista, tenía menos posibilidades de enfrentarse a esos fantasmas por sí sola... La sociedad presiona, las arrugas, el clic clac incesante del que somos prisioneros aún a pesar de los pensamientos más progresistas de quiénes (me incluyo) creen que las responsabilidades de ése tipo son meros inventos de la sociedad de consumo y de la envidia. Matrimonio, casa, perro, hijos.

Nada en claro, entonces, resultó de aquella entrevista, el salió convencido que ella poseía los mejores pechos legítimos que recordaba, y ella se retiró segura que, aunque se haya tenido que valer de un pronunciado escote y de esa cirugía tan cara dos años atrás, Martín finalmente había mordido el anzuelo y había reconocido que estaba interesado en ser su amigo, de esos amigos que no pueden verse demasiado en público y a los que deben ser absolutamente ajenos las yuntas de éstos. Amistad que sólo se distancia del adulterio por culpa de un miserable trámite burocrático.

¿Qué habrá visto en m? –se preguntó Martín Máximo de camino a la oficina. José Luis estaba más libre que él, y más en forma. Que las mujeres se fijaban menos en el aspecto físico, bueno, no es más que un falso decir, como lo del que el tamaño no importa. Pero Martín Máximo confesaba comúnmente su particular nostalgia a aquellos abdominales marcados que le abandonaron el día que se dio cuenta que no necesitaba engañar a nadie más y que había ya con quién pasar las noches de invierno, sin pagar.

La ley de vida aquella, salvo excepciones muy puntuales, parece inapelable... a menos exigencia física, a menos pesas menos pretensiones... *no pain, no gain*.

Me autoexcluyo entonces de aquellos autores que hacen referencia a sus propias experiencias... nunca he tenido tanta suerte como Martín Máximo Cuevas... por lo que sistemáticamente me he evitado la desdicha de tener que elegir entre mujeres.

En los quince pasos que lo separaban de la estación de metro tuvo Martín el tiempo suficiente como para encontrar una buena excusa para deshacerse de los compromisos de esa misma noche; le diría a Cristina que tendría que quedarse de guardia periodística en la casa de esos muchachos que había conocido en Lavapiés, los amigos de Elvira que vivían al lado del negocio del desgraciado chino; que desde allí podría observar si el asesino retornaba al sitio, por aquel viejo y estúpido aforismo que casi nunca se cumple.

Cristina aceptó el nuevo plantón con entereza, gracias a que José Luís le había advertido de antemano, con mucho criterio, del precario estado emocional de Martín Máximo en aquellos días debido a aquél nuevo giro, aquella amenaza fantasmal por parte del difunto Yuhannâ oída en boca del tuerto rastafari.

Martín Máximo le recomendó a su prometida que acompañar a José Luís a una cena, la incasable cena anual organizada por el sindicato que agrupa a los periodistas independientes. La idea de un gremio que congregue a profesionales independientes le parecía a Martín una ambiciosa paradoja.

Elvira esperó a Martín Máximo, ya de noche, en un rincón discreto del restaurante asturiano que poseía un amigo suyo en la calle Argumosa, a pasos de la plaza de Lavapiés y a distancia prudente del nido de amor que se habían procurado, por así decirlo, en casa de aquel curioso trío de amiguetes.

Después de cenar, de mirarse y seducirse distanciados por la aún más romántica luz de una vela, se dirigieron al tercer piso del número ocho de la calle Cabestreros, eternos escalones, oscuridad repentina, arrumacos, besos y el sabor de la piel alineada con sal...

Coincidirán conmigo que ya es necesario que alguien, mucho más talentoso que yo, hiciera un homenaje, un compendio, de las situaciones más curiosas que se han producido en los escalones oscuros, en los entresijos y los zaguanes. ¡Qué bonito sería!... ¡Que jóvenes éramos!

Los tres inquilinos del lugar seguían ocupando las mismas ubicaciones en la casa que días atrás; el argentino echado en el centro del sillón, el italiano con la guitarra y su armónica, un malabarista de la música. Javier, el cocinero, continuaba encerrado en la cocina, luchan-

do infructuosamente contra un pollo al horno que parecía pasarse por fuera y estar vivo por dentro.

La llegada de la pareja, Elvira y Martín Máximo, no causó mayor inquietud o sorpresa a los legítimos arrendatarios del lugar. Sabían que su amiga necesitaba un sitio para verse con su amigo, y por tanto, no escucharía jamás un pero.

De aquella primera sensación de abandono que se había llevado del lugar Martín Máximo, había pasado acaso si un puñado de horas.

Pero aquella noche, esa primera impresión, como todas las primeras impresiones, canallas por naturaleza, cambió por completo. Aquél lugar de paredes multicolores, muebles rescatados del olvido de sus antiguos propietarios y aromas arrabaleros, no hicieron más que recordarle lo mucho que echaba de menos sus años de estudiante.

Había allí muy poco sitio para lo superfluo o lo innecesario. Las pesadas planchas de vapor, aunque pasadas de moda, aún se sentían útiles abrazando libros; el viejo televisor blanco y negro, ya jubilado, albergaba más vida y color en sus entrañas que sus parientes de plasma, convertido en pecera y un viejo aparador restaurado, en la cocina, recordaba a todos los visitantes los muebles de su añorada abuela, si es que habían tenido una nana que realmente se merezca ese apelativo... está claro, me refiero a un colacao caliente y magdalenas en la cama.

El pollo al horno finalmente se dejó comer, fue acompañado eficazmente por un buen riojano.

Los cinco comensales charlaron de esto y aquello durante horas, Martín Máximo se soltó al comprobar que ninguno de los presentes, quitando a Elvira, conocía de su trabajo ni sus artículos periodísticos, lo que le ahorraba discusiones inútiles sobre qué había querido decir en un párrafo o en aquel otro. Si hay algo que todo narrador o contador de historias sabe, que sus lectores no, ése algo es, sin dudas, que se puede ser condescendiente o no con lo que se escribe, pero existe algo que se llama duplicidad, entonces... Martín Máximo a veces se refería a algunos temas, en sus reportajes, con un tono o un estilo que no utilizaría en una conversación de amigos si tocaran el tema

Pero en general, hablaron de música, cine, historia y otras nimiedades. Alguien abrió una cajita metálica que contenía unas bolsitas extrañas con sustancias herbáceas mucho más familiares; las depositó sobre la palma de su mano, casi instintivamente las quemó un poco utilizando el mechero y, mezclándolas con tabaco, se las fumó. Todos, unos más, otros menos, pitaron un poco, produciéndose así un ritual, un ejercicio casi fraterno de envidiada unidad.

Rieron mucho más, como es lógico, y sus sensaciones se dispararon.

Martín Máximo Cuevas renegaba públicamente de éste tipo de sustancias, pero como no estaba frente a sus lectores (sobretudo frente a aquellos rechonchos de moralina que dictan las normas de malvivir queriendo esconder sus otros vicios... uno de ellos su propia intoleran-

cia) se permitió aquel desliz, sabiéndose responsable de su propia irresponsabilidad... como debe ser...

Pasado el momento de hipocresía nuestra de cada día, y aún bajo los efectos de ella, decidió todo el grupo aquél terminar la noche en un bareto cercano. Todos los pensamientos eróticos fueron postergados a virtud de la buena compañía, al menos por un par de horas. Martín se sintió relajado en todo momento. Cristina, la pobre, estaría en la aburrida cena en compañía de José Luís, que nunca se perdía de una fiesta con cava gratis.

“Disfruta de la noche junto a tus amiguetes, que mientras lo haces tu fantasma limpia la mierda que has dejado en el camino. Tirso” decía un mensaje en su teléfono móvil firmado por un desconocido.

¿Quién era Tirso?

Todo indicaba que era un juego de palabras, tal vez por parte del fantasma, que lo invitaba a acercarse a la plaza de los yonkis, Tirso de Molina, que no estaba lejos.

Convenció entonces al grupo de pasar por aquél sitio.

A pesar del *colocón* que todos llevaban, por describir de alguna forma la subjetividad que tendría todo lo que se desafiara a sus sentidos por permitir que aquellas hierbas armaran un buen embolado perceptivo, llegaron en pocos minutos a la mencionada plaza, donde para mayor sorpresa, se congregaban numerosas ambulancias y patrullas de la guardia civil.

La plaza de Tirso de Molina, en pleno centro de la bella Madrid, no cuenta con la mejor repercusión en la ciudad, y es evitada sistemáticamente por los turistas, ya que en ella se dan cita cuanta alma en pena acierte a pasar por allí. En ése mismo lugar ellos encuentran consuelo, compañía, quizás un abrazo... real o imaginario, por parte de sus compañeros de cabalgata, de un puñado de personajes atrapados en sus propias necesidades creadas, enfermos de cuerpo y alma de los que la sociedad pretende deshacerse ignorándolos.

Por lo tanto no le resultaba extraño a Martín que su fantasma, aquel ser miserable que jugaba con su coherencia invitándolo a considerar su propia razón como ajena, sea un asiduo visitante de la plaza y por mismo motivo haber utilizado ese seudónimo para llamar su atención.

Los paramédicos y los policías acordonaron la zona, ya repleta de curiosos y otros habitués del lugar. Martín Máximo y sus acompañantes se mezclaron entre los fisgones, intentando no llamar demasiado la atención. Para mayor asombro reconoció al pobre infortunado que intentaban reanimar y que yacía en medio de aquel gentío.

Era el tuerto rastafari, otra víctima más de la pesadilla de Martín. Llevaba la garganta abierta, tanto como alguna vez estuvo la de Yuhannà en Chinchón.

Martín Máximo Cuevas, cansado de ver buitres congregarse por donde transitaba, prefirió guardar silencio y no mencionar que conocía aquel hombre, mucho menos que había hablado esa misma tarde con él.

Después de todo... ¿Quién podía asegurarle que lo que sus ojos veían era real y no fruto de una alucinación?... Bastante difuso se le hacía todo por virtud de lo ingerido, su entorno estaba plagado de risas falsas, intermitentes luces policiales y olor a alcohol. Martín balbuceaba palabras descoordinadas que a los otros solo le causaba gracia.

Levantó la vista, buscando un sitio por donde escapar de la multitud, que se le hacía cada vez más movediza y confusa, buscaba aire, buscaba una bocanada de sensatez, pero no la encontró. De entre las cabezas, del otro lado del círculo hecho por los oficiales, encontró una mirada clavada en la suya. Una mirada que no pestañeaba, un par de ojos que desde el mismo infierno le saludaban... Yuhannâ.

Alguien se cruzó frente a Martín, perdió de vista al espectro por un instante, pero luego logró verlo una vez más, sonriéndole. Entonces intentó encontrar fuerzas donde ya no había y procuró dar tres pasos en dirección a la extraña figura.

Hasta allí pudo recordar de aquel instante cuando Elvira le preguntó a la mañana siguiente, vaso de leche mediante, qué era exactamente lo que había ocurrido antes que él perdiera el conocimiento y cayera al suelo víctima de una leve sobredosis de drogas y alcohol, una pequeña crisis muy común y mal llamada *amarillo*, tal vez porque era ése exactamente el color que aún tenía su cara por consecuencia de un hígado desprevenido.

Tal vez para reconfortarlo Elvira le comentó que había sido aquella una noche particularmente excitante en la cama. De lo cual, a decir verdad, Martín Máximo no recordaba absolutamente nada.

Martín llamó por teléfono al detective, quien le confirmó que, efectivamente, el muchacho tuerto había sido degollado en aquella plaza la noche anterior, luego llamó a José Luís y le comentó la novedad, y éste aprovechó para decirle que su prometida, Cristina, había pasado la noche en el sofá de su casa, descortesía por la que pidió disculpas ya que en su habitación tenía encerrada desde hace días a una bellísima niña-mujer que soñaba con llegar a la televisión de la mano de un personaje tan importante como él.

Cristina, que también madrugó tarde y bastante acalamburada, lo llamó inmediatamente, preocupada por él...

–Debes dejar ése asunto inmediatamente. Me da muy mal karma –le insistió.

–Mira Cristi, en otras circunstancias no lo haría –le confesó Martín –pero esto ya se está pasando de castaño oscuro. No pisaré éste barrio nunca más.

Las palabras de Martín, aunque viciadas de culpa, sonaron sinceras.

Realmente el periodista estaba convencido que había metido las narices mucho más allá de lo aconsejable.

Otra vez sus miserias volvían a buscarlo. Quizás sufría de alguna disfunción mental, algo que no le andaba muy bien en la cabeza y que le provocaba alucinaciones.

Tal vez no había visto a nadie la noche anterior, o había visto lo que hubiera querido ver... Quizás las drogas y el stress acumulado habían echo un cóctel perverso y él estaba imaginando más de lo que humanamente podía soportar.

Quizás estaba imaginando tener un romance con una cualquiera por haber fumado quién sabe qué mierda, o por haber bebido mal y barato.

Todo, absolutamente todo en la vida de Martín Máximo parecía haber soltado amarras con el mundo real.

Esa noche cenaron junto a José Luís en el chalé de la pareja.

Los socios, apoyados por el voto tácito de Cristina, decidieron de común acuerdo que sería José Luís quién se hiciera cargo del asunto a partir de aquel momento.

Martín Máximo Cuevas estaba dispuesto a consultar un especialista en secreto y así darle eterno descanso a su fantasma... si éste se lo permitía.

CAPÍTULO DIEZ

El detective a cargo del caso, cuyo apellido me niego también a recordar por ser el mismo que el de un desamor de mi juventud, citó a declarar a Martín Máximo para la semana siguiente. Esto resultó más que un incordio para el periodista que estaba intentando tomar distancias del caso.

Martín Máximo Cuevas confirmó su comparecencia y mientras, como no debía haber dejado de hacerlo, se dedicó a su periódico, que bastante abandonado se hallaba; abundaban últimamente en él noticias insulsas y sensacionalistas; la sección de clasificados, forzosamente necesarias para una publicación humilde sin el apoyo oficial del gobierno (que tampoco hubieran aceptado), se había incrementado en una página y media... un bochorno.

Conocedor del mercado, muy a pesar suyo, Martín tenía pleno conocimiento que tan necesario era el arancel cobrado a aquellas oportunidades como improbable que alguien se fijara en ellas. Él mismo ejercitaba frecuentemente esa teoría, intentando recordar de qué iban las eternas publicidades que emitían los canales abiertos de televisión, e inmediatamente concluía que no le quedaba más que alguna melodía pegajosa, una broma soez o alguna animación de ordenador en el recuerdo; pero ni noticias del producto ofrecido... ¿De qué coche era la publicidad aquella del mono con la ballesta? ¿Qué tenía que ver un teléfono móvil con un hombre caminando por las paredes? ¿Porqué los anuncios de algo tan mundano como los jabones para la ropa utilizaban tantas animaciones hipernormales de partículas comiéndose a la suciedad o luchando contra ella a punta de espada? ¿Acaso alguien se lo creía? ¿Lo compraban por eso?... bueno, concluyó resignado, nunca hay que menospreciar a un paleta.

Su periódico era bastante modesto, lo dicho, no era difícil encontrar algún error tipográfico o un yerro de diseño. Por ejemplo, quedó petrificado al descubrir que habían estado anunciando la esperada época de rebajas en una cadena muy famosa de supermercados, supuestos recortes de hasta un cincuenta por ciento, mientras en la página siguiente, una viejo anuncio de la misma compañía les recordaba a todos que los precios anteriores a la mentada rebaja era apenas superiores a los nuevos... y eso no debía sorprender a nadie.

Martín Máximo, armado de un bolígrafo se recreó tachando todos los anuncios que no quería volver a ver allí. Prefería perder algo de dinero antes que perder parte de sus lectores.

En esto se ocupó Martín Máximo Cuevas durante los días que siguieron, olvidándose completamente de espíritus vengativos y yerbas

similares. Concedió nuevamente a Cristina el sitio a la derecha de su trono, como correspondía, y no volvió a saber nada de Elvira por un par de días.

Martín y José Luís, en la fecha convenida, se hicieron presentes en la comisaría de La Latina, que tenía jurisdicción también sobre el barrio de Lavapiés

José Luís Claros acompañaba a su socio y amigo en calidad de testigo, solo él estaba al tanto de los movimientos de Martín Máximo durante los días en los que se produjeron los hechos que manchan éste relato.

Optaron por contar lo que sabían, aunque resultaba improbable que se tragarán lo del muerto resucitado. Evitaron, eso sí, mencionar el nombre de Elvira, como cualquier otro detalle siniestro de la relación del respetado periodista con la misma.

—¿Y a usted le parece, Sr. Cuevas, que nosotros podemos escribir eso en un reporte policial? ¿Quiere que dejemos asentado que una extraña fuerza, sobrenatural si se quiere, le ha estado guiando hacia tres cadáveres diferentes? ¡Hasta me da vergüenza pedirle alguna prueba!

Martín Máximo abrió su cartera buscando el carné de conducir de Yuhannà pero no lo encontró, lo mismo intentó con su teléfono móvil y el extraño mensaje recibido, pero fue inútil. Lo habría borrado en un descuido...

—Le reconozco, señores —le dijo el detective después de un profundo suspiro—, que la historia que me cuentan tiene demasiado claroscuros... Le recuerdo Sr. Cuevas que puedo ordenar que le hagan una pericia médica para aclarar si es que a estado utilizando algún tipo de estupefaciente o alguna otra cosa que le hiciera perder la razón. Por esas cosas del destino, o seres sobrenaturales, usted se encontraba en la escena del crimen de una señora, en Lavapiés... luego en el interior de un comercio donde fue descuartizada otra persona y donde resultara malherido el único testigo, que finalmente fue también asesinado a pocos pasos de donde usted se encontraba caminando. Coincidirá conmigo que usted tiene un pésimo sentido de la ubicación o me está ocultando algo.

—Ya se lo he repetido tres veces —insistió Martín Máximo—, yo soy el primero en renegar de éste tipo de cosas, todo el mundo sabe que sería incapaz de participar en algo tan macabro. Verá usted cómo todas las víctimas estaban relacionadas, cómo si el muchacho kurdo, del que le he contado, esté empeñado en encontrar al asesino de su padre. Lo mismo que intentábamos nosotros, con otros fines...

—Y es ése mismo muchacho que, según vuestra versión, apareció muerto en Chinchón hace ya algunos meses, un zombi de esos de las películas... —y, dirigiéndose a José Luís, que había permanecido con la boca cerrada, le preguntó— ¿Y usted que piensa? ¿Coincide con su compañero?

–Yo puedo dar fe que mi socio –respondió muy seguro José Luís –le ha contado exactamente lo mismo que me ha dicho a mi. Y yo creo, como él, que hay una mano negra detrás de todo esto, y que el único fin de ella es arruinar la carrera de mi socio, y con ella, la mía.

Se produjo un eterno silencio, el detective y el oficial que lo acompañaba de ése otro lado del escritorio removieron los papeles que tenían sobre la mesa, como buscando una respuesta, algún detalle pasado por alto que les enseñe la salida a semejante embrollo.

–Bien –les dijo –, les agradezco vuestra presencia. Deben ponerse en mis zapatos, tengo un asesino serial en el centro de Madrid, y usted es lo único que esos crímenes tienen en común, Sr. Cuevas –y prosiguió–. Le voy a solicitar a ambos, que se presenten voluntariamente el próximo lunes por la mañana en la guardia de la policía del hospital de La Paz para hacerse unos análisis de rutina. Sabrán comprender que son éstos estudios rutinarios, ya saben, ADN y esas cosas. El tratamiento será absolutamente confidencial y les doy mi palabra que no seréis citados a declarar más sobre lo que ha ocurrido.

José Luís y Martín Máximo se miraron extrañados... les parecía aquello un abuso, pero Martín inmediatamente se dio cuenta que tenía el agua hasta el cuello. Había coincidido con el asesino en más de una oportunidad, se había estado drogando y nada bueno dirían los análisis de su estado en los últimos días.

Aceptaron resignados la nueva citación. Coincidieron, al salir de allí, que lo mejor sería hablar con un abogado. No tenían nada que perder. Los dos sabían que nada tenían que ver con los crímenes de Lavapiés, pero ahora tenían que demostrarlo.

Bebieron unos cortados en el bar de enfrente, cruzaron opiniones, ideas... buscaron coartadas.

José Luís, sociable como era, había estado en tantos sitios y reuniones que, sin dudas, todo Madrid testificaría a favor de él. Pero Martín Máximo había estado sumergido en el submundo de Lavapiés, mezclándose con todo tipo de personajes que no harían más que comprometerlo aún queriendo echarle una mano.

Martín Máximo Cuevas, entonces, tuvo una idea disparatada... que, a su entender, no resultaría salvadora pero al menos echaría un poco de luz al asunto. Volver a Chinchón, buscar el cuerpo de Yuhannà y confirmar su muerte. Pensaba que quizás lo había reconocido en su imaginación... estaba tan desfigurado que podía haber sido otra persona... ¿Y si Yuhannà estaba suelto? ¿Qué hubiera pasado si el pobre muchacho estaba vivo y se hubiera enterado en Madrid que alguien había matado a su padre?... parecía imposible pero quizás no lo era...

José Luís entendió que su socio, su amigo, necesitaba encontrar también una respuesta al asunto aquel, la realidad lo estaba asfixiando, las dudas lo estrangulaban.

Decidieron ir juntos, aquella misma tarde, hasta Chinchón y, una vez allí, hablar con el comisario, el forense o quién sea.

CAPÍTULO ONCE

En Chinchón hacía mucho frío, llegaron tarde, sobre las siete de la tarde.

El comisario los estaba esperando afuera del cuartelillo...

–Bienvenido nuevamente Don Cuevas, un gusto verlo por aquí. Sea también bienvenido su acompañante... Don...

–Claros... José Luís Claros –le mencionó Martín Máximo mientras estrechaba su mano.

–Pasen, pasen a mi despacho, allí podremos conversar tranquilamente.

Martín Máximo Cuevas había olvidado completamente aquel lugar, alguien del gobierno parecía haberle dado una mano; nueva pintura, nuevos muebles y hasta un ordenador para el cual hacían cola otros dos uniformados para participar de un torneo de solitario.

–Como ve, Don Cuevas, hemos rehabilitado nuestra infraestructura. No vino nada mal aquel crimen, ya nadie en la capital daba un duro por nosotros...

–Vengo por un asunto mucho menos grato –le comentó Martín.

–Usted dirá.

–Necesitamos ver el cuerpo de aquel muchacho asesinado. Sé que ha pasado mucho tiempo pero han surgido algunos inconvenientes y es imperativo que sepamos quién era...

–¡Eso del ADN no lo tenemos aquí eh! –se excusó el hombre

–No es necesario un análisis, solo queremos ver el cuerpo.

–En fin –comentó resignado el oficial–, supongo que podemos exhumar el cadáver y tenerlo aquí para mañana a la tarde.

–Tiene que ser hoy –interrumpió José Luís enseñándole un billete de cien euros que rápidamente aceptó.

–Bueno, supongo que no hay mayores inconvenientes para hacerlo esta noche. Déjeme hacer un par de llamadas y saldremos en quince minutos.

José Luís y Martín esperaron afuera, junto al coche. Al parecer habían tenido suerte.

El comisario y otro muchacho salieron del interior provistos de una pala y varias linternas, repitió en voz alta el número de fosa donde habían echado al joven.

–Pensé que los ponían en nichos –le comentó Martín mientras eran conducidos al lugar.

–En teoría deberíamos hacerlo cuando nadie reclama el cuerpo, le ponemos NN y eso, pero en éste caso tampoco sabíamos su nombre así es que lo enterramos, sale más barato hacer un agujero y tirarlo ahí.

–¿Sin ataúd? ¿Eso es legal? – preguntó José Luis.

–¿Acaso los ponen en ataúd en su tierra? Éste es un municipio humilde, nuestro presupuesto es limitado... usted ve demasiadas películas.

–¿Y como lo encontraremos entonces?

–Macías, el sepulturero, sabe hacer su trabajo, por eso no se preocupen.

Macías no parecía haberse dedicado a otra cosa en su vida, tenía una casita modesta a la entrada del cementerio y vivía allí con su mujer, una mujer muy gorda que no se molestó en saludar.

El buen hombre, muy amable y vestido con un viejo traje (de procedencia muy dudosa), se presentó y preguntó si habían traído una pala.

Martín y José Luis se preguntaron cómo podía haber un enterrador sin herramientas de trabajo, pero prefirieron quedarse con la duda.

–¿Donde has puesto al muchacho? –le preguntó el comisario.

–Vamos hasta allí, está al lado de un árbol, de la higuera del fondo.

Todos los miembros del grupo encendieron sus linternas y siguieron al hombre.

No había niebla ni cipreses quejosos pero el lugar era lo suficientemente tétrico como para incomodar a los periodistas. Habían visto muchos muertos en su vida pero caminar de noche por un cementerio, provistos tan solo de linternas y una pala, conformaban una mezcla poco agradable... a esto habría que agregar que estaban visitando, aunque no lo mencionaran, la morada de un supuesto fantasma criminal; algo en lo que ninguno de los dos creía, pero que los jodía suficientemente como para fastidiarlos.

–Lo metí debajo de aquella cruz blanca –mencionó el enterrador, que a todas luces no había reparado en el detalle que el muchacho era musulmán, o que lo parecía.

–Pues bien, busquémoslo cabo –le dijo el comisario al otro muchacho, el que cargaba con la pala, animándolo a comenzar a cavar.

Un buen rato pasó hasta que la herramienta dio con algo, mientras tanto el tal Macías se había entretenido escondiéndose de sus acompañantes y haciendo ruidos extraños que, más que asustar, ponían en manifiesto lo mucho que había bebido o al menos lo muy gilipollas que era.

–¡Es una raíz! –exclamó el muchacho–. ¿Está seguro Don Macías que era aquí?

–Pues claro ¿Cree acaso que no se hacer mi trabajo.

Nadie tenía la menor duda que no sabía hacer su trabajo. No encontraron el cuerpo allí ni en ninguno de los otros tres sitios que, sólo por las dudas, visitaron.

–Estará descompuesto –fue la excusa del hombre, que se escaqueó así de cualquier responsabilidad...

–¡Aquí hay algo! –Exclamó el muchacho en el último sitio, cuando estaban a punto de regresar –Es un medallón.

–Pues se me acaba de caer a mí –respondió raudo el enterrador, que sabía más por viejo.

–Debe ser del muerto, llevaba uno el día que lo mataron. Llevaba escrita una bendición de su familia.

–Pues aquí no dice ná, está escrito en árabe –comentó el comisario, que también quedarse con él.

–Es del muchacho, fíjese en las fotos que tomaron aquel día, estaba a la vista.

El comisario, el muchacho y el enterrador, vencidos por las pruebas, decidieron cederle el honor de conservarla a Martín hasta el regreso al pueblo. El muchacho siguió cavando pero no encontró más nada.

De regreso a la comisaría continuaron conversando otro buen rato. José Luís quería ver el resto de las pertenencias confiscadas el día del crimen al joven...

El comisario desparramó el contenido de la bolsa sobre la mesa. Allí podían encontrarse decenas de relojes, dos collares, pendientes, papeles varios y una copia del pasaporte. El nombre y la foto en él coincidían con el del joven kurdo, no había dudas.

José Luís, en tanto, echaba un vistazo a uno de los relojes, que anunciaba subliminalmente lo caro que debía ser.

–Es una replica –le comentó el comisario–. El muchacho las vendía. Son de contrabando, del Paraguay. Hay que ver lo bien que le salen las copias a los paraguayos. No se puede confiar en nadie... Por favor, llévese uno, sin miedo...

–Muchas gracias –respondió José Luís con una sonrisa, mientras escogía un reloj como quién cogía un caramelo.

–No hay de qué amigo, son solo cinco euros –acotó el hombre.

José Luís volvió a dejar el reloj de donde lo había tomado e intentó cambiar de tema. Queriendo olvidarse de todo lo que había visto y escuchado.

El serio de Martín Máximo tenía aún una pregunta más...

–Recuerdo haber visto a un fotógrafo aquel día... ¿Podría decirnos dónde echarle un vistazo? Realmente es importante ver si ese muchacho era quien parecía ser.

–Sí, como no, guardamos copias de todo, espere un segundo –le dijo, y extrajo un gran sobre color caquí de uno de los cajones. De él extrajo

unas cuantas impresiones y separando un par de ellas, se las acercó a Martín para que las viera.

Nuevamente Martín Máximo estaba frente a su fantasma. La cabeza de Yuhannà apenas se unía al resto del cuerpo por un trozo de piel y hueso. Era él, el fantasma, sus ojos, su misma boca, su nariz achatada.

José Luís también observó las imágenes, comparó los rasgos de la víctima con los del personaje en la copia del pasaporte y, mucho más serio, confirmó la coincidencia.

¿Y ahora qué?

El muchacho estaba muerto, de eso no había dudas. Era la palabra de Martín Máximo contra su propia conciencia.

Regresaron a Madrid en silencio. José Luís ensayó entonces alguna explicación, pero ésta se perdió en el viento, por incoherente.

Aún las cosas podían retorcerse un poco más, como comprobaría más tarde, ése mismo día, Martín Máximo Cuevas.

CAPÍTULO DOCE

Un inesperado martirio le esperaba a Martín Máximo Cuevas. Todas las noches que le siguieron a aquella visita extraoficial a Chinchón fueron invadidas por numerosas llamadas a su teléfono, al fijo y al móvil, realizadas por alguien que no pronunciaba palabra, cortaba y volvía a llamar.

Pero para mayor compromiso, no era solo una persona quién llamaba. Eran varios sujetos diferentes.

Lo llamaba un sicario, un ex soldado de la FARC colombiana, un chivato que le había dado un par de primicias de primera mano acerca de algunas fechorías cometidas por sus paisanos en Madrid. Estaba siempre llamándolos a Martín o a José Luis para contarles alguna nueva historia, pero los hechos habían demostrado que las últimas habían sido solo mentiras y el pobre hombre estaba demasiado enganchado a la heroína, y, por consecuencia al dinero fácil, por lo que no había encontrado mejor forma de ganárselo que dando el nombre de sus colegas, algunos delincuentes y otros no, para que los periodistas utilizaran la información.

Cristóbal, el hombre en cuestión, había aportado en su momento jugosas historias, sus aportes habían resuelto crímenes, sobretodo aquellos “ajustes de cuentas” tan comunes entre esos grupos, aporte informativo del que la sociedad en su conjunto prefería escaquearse.

Entonces, Cristóbal se había convertido en una molestia, un yonki más, venía con mentiras todo el tiempo. Pero ésta vez insistió llamando a todas horas, quería contarle algo a Martín en privado, algún dato de sus informantes.

Harto de escuchar paranoicos mensajes en el contestador, o que no dijera quien era cuando la que contestaba era Cristina, Martín lo llamó y lo intimó a dejar de molestar. El colombiano solo pudo decirle que quería ayudarlo, que algún soplón que Martín corría peligro.

Claro que estaba en peligro, las llamadas seguían sucediéndose, a veces escuchaba una respiración, una mujer, luego un hombre. Ése era el riesgo. Seguramente era Elvira, la dulce muchacha que no podía quitar de la cabeza.

Probablemente ella se había enamorado y ahora no podía dejar de insistir, de intentar provocar la ruptura, la crisis en la pareja de Martín y Cristina, excusándose, como todos hemos hecho alguna vez, en el enfermizo amor del que eran víctimas.

Martín estaba realmente desesperado por culpa de aquellas llamadas. Cristina, que no era tonta y sabía reconocer las artimañas femeninas, comenzaba a realizar más y más preguntas.

El periodista, entonces, decidió tomar cartas en el asunto y llamó a la muchacha para aclarar los tantos, para que se enterara que no estaba tratando con un niño, que era un hombre hecho y derecho que solo había cometido un par de errores, pero en realidad quería hacerle el amor, y pedirle, en un envión, que no sea malita, que dejara de llamarlo a todas horas... que su novia se iba a cabrear y se vería forzado a dejar de verla. Sabía bien Martín que hay formas y formas de decir las cosas, y ésa, guste o no, es la mejor... nadie dice que no cuando está al borde del precipicio.

No fue de extrañar, siendo un muchacho que no se destacaba especialmente por sus artes amatorias, que al momento de hacer el pedido, la amenaza, el ruego, se halla quedado completamente vacío de recursos, si cabe el termino, y quedara absolutamente dormido, exhausto, vencido por una mujer, con cinco letras, que sabía que los hombres ceden con el sexo... y también como se aflojan los zapatos, a los golpes o con alcohol.

Por la mañana, en casa de los mismos sátrapas que le ofrecían una coartada perfecta en sus encuentros profanos con Elvira, tuvo un instante de lucidez y le pidió a la muchacha que dejara de llamar, que pronto le diría a su prometida que necesitaba tiempo, que estaba confundido, que no la merecía, bah... lo de siempre.

Elvira no se lo creyó, pero tampoco Martín era tanta cosa cómo para ganarse un problema a su costa, le prometió que no lo iba a llamar de noche, aunque insistió que habían sido solo uno o dos llamados y no decenas, como él le adjudicaba.

Si algo había tenido de bueno aquella semana de interminables y molestos llamados, ese algo habría sido, sin dudas, la desaparición del fantasma de Yuhannà, los asesinatos y los malos rollos.

Las llamadas y los extraños sonidos se sucedieron a pesar de los pedidos de Martín. O esta mujer es gilipollas o está encaprichada perdiendo con él, llegó a pensar.

Ni lo uno ni lo otro, no era Elvira, ni tampoco Cristóbal, el colombiano, quién llamaba y colgaba... aún habían más actores que se le estaban olvidando a don Shakespeare y uno de esos personajes era el famoso marido de la difunta Amalia González, la primera que pasara a mejor vida en manos del fantasma, aquel marido celoso, despechado y carnudo que no daba señales de vida y que se sospechaba escondido en algún lugar del sur de España.

Claro que hasta que el hombre tuvo el coraje de hablar con él por teléfono, Martín tuvo que prometerle el oro y el moro para que dejara de tener miedo, pues aquellos suspiros tan intrigantes del principio pasaron a ser temblorosos y espasmódicos al tiempo.

Se presentó como Felipe, nombre que concordaba perfectamente con la consonante huérfana que guardaba Martín como humilde referencia

del mismo. Aunque la combinación del nombre y el apellido Felipe – González, por desgracia, no le favorecía nada de cara a los medios.

–Tengo miedo Don Cuevas. Necesito ayuda –dijo el hombre.

–Cálmese Gonzalez, cálmese, no va a ganar nada si no se tranquiliza. Puede confiar en mí –le animó Martín, a las cuatro de la mañana, mientras buscaba un sitio para hablar cómodo sin molestar a Cristina en su buen dormir.

–Alguien quiere matarme Don Cuevas. Me están buscando...

–¿Quién quiere matarle Felipe? –Intentó tranquilizarle el periodista, haciéndose el desinformado... –Está usted en confianza. Cuénteme.

–No puedo por teléfono, tenemos que vernos, venga a Sevilla.

Martín estaba muy interesado en hablar con él, al fin y al cabo toda la prensa estaba cada vez mas interesada en los pobres avances que hacían los agentes que investigaban el triple crimen de Lavapiés. La prensa sensacionalista comenzaba a atribuirle muertes a un “El Fantasma Vengador”, una estupidez mayúscula a oídos de cualquier ciudadano que se presuma normal, pero que no dejaba de provocar titulares sanguinolentos, ni testimonios de malavenidos profesionales de la chupucría y la improvisación, quienes se dedicaban a dar falso testimonio del aspecto físico del fantasma, simpáticos exorcismos televisados al barrio o la aparición súbita de testigos presenciales, personificados en un puñado de gitanos y otros oportunistas, en su mayoría andaluces (sin mayor motivo aparente para hacerlo que el mero echo de llevar esos genes); personajes que no podían dar muestras de comprender bien la preguntas que le formulaban los periodistas pero daban crédito de una excelente imaginación y gracia en las respuestas.

Así es, el “El Fantasma Vengador” había cobrado dominio público. Ése era el buen corolario de la excelente semana de Martín. Aún tenía que pasar aquél examen médico que le había exigido la policía, pero la posibilidad de encontrarse con Felipe González, tal vez el único que podía dar fin a aquel culebrón (si el fantasma de Yuhanná no le daba alcanza antes), le otorgaba una ventaja informativa o: *the edge*, como llamaban en la jerga periodística inglesa a quién poseía toda la información de primera mano.

La historia del fantasma vendía, aunque Martín y medio millón de paletos eran los únicos que confiaban en la existencia real de un alma en pena vengando su propia muerte y la de su padre.

Quedaron en hablar el sábado por la noche, unos días después, Martín esperaba el llamado ya que el hombre, bastante acojonado, se negaba a develar su paradero.

José Luís, animado por la evolución de los hechos, condimentó un poco más la expectación en la edición del viernes del periódico, anunciando que aquel periódico sería el único en profundizar más en detalles acerca del fantasma. Martín Máximo no podía hacer nada para impedirselo, le había otorgado ese poder magnánimo a su socio por el bien de

la empresa, era él quién debía regular a cuenta gotas lo que le dejaba saber a su amigo, él pasaba a ser un importante testigo además de investigador.

José Luís entonces, cumpliendo una incuestionable labor al frente de la publicación, ofreció en dos entregas, una el viernes y otra el sábado, una historia ligeramente maquillada de la vida de Yuhannâ, quien fuera el fantasma en vida. Su viaje desde Irak, sus penurias, su atroz muerte a manos de improvisados ladrones en Chinchón y las huellas de sangre dejadas por su espíritu camino al infierno, en busca del asesino de su padre. No faltaron, como era de esperar, el falso testimonio (de pago) de imaginarios colegas del kurdo y otros tantos (gratuitos) de unos pirados, de esos que nunca escasean al lado de los grandes monumentos de las plazas, vaya a saber uno porqué.

Las llamadas inoportunas continuaron. Cristina optó por descolgar el teléfono fijo y Martín dormía con el teléfono móvil en silencio, pegando la nariz al visor, ya que por desgracia ése modelo no vibraba, por lo que permanecía alerta a un tenue resplandor.

Martín estaba convencido que las llamadas eran del tal Felipe, muerto de miedo, recurriendo a él y arrepintiéndose sin mediar palabras, acumulando fuerzas para permitir la ayuda del periodista.

Aquél hombre tenía las horas contadas, lo sabía, el fantasma estaba ya respirándole en la nuca... él lo presentía. En Irak existe la creencia que solo los perros y las ratas presienten la visita de la parca, la muerte; supuestamente por eso ladran o desaparecen, en ese orden, está claro. Por ése mismo motivo Martín, al regresar a España, había pensado un buen tiempo en comprarse un perro, para que su aviso le dé unos minutos como para arrepentirse genéricamente de sus pecados y volverse católico... nunca se sabe.

De las cinco llamadas que recibió durante aquella última noche tranquila, si vale el adjetivo, tres eran de aquel hombre aterrado, pero en las dos restantes podía oír a una mujer llorando, reconocía el gemido, el tono... era Elvira... seguramente la pobre no soportaba estar sin él, al menos eso él se imaginaba. El identificador de llamadas no funcionaba así que no podía saber con certeza quién lo buscaba.

El sábado por la mañana, desde la oficina, después de compartir un café con José Luís, con el que habló de cosas sin importancia para no dejar escapar detalle a la piraña informativa en la que su socio se había convertido, Martín intentó conectar con Elvira para darle una nueva oportunidad, pedirle una cita, y de paso romperle el puto móvil.

Elvira no respondió al teléfono, ni esa, ni ninguna otra vez.

Javier, su colega y cómplice, el cocinero de la calle Cabestreros, le confió a Martín cuando éste le llamó que Elvira había bajado a buscar cigarrillos y no había vuelto la mañana anterior. Eso había ocurrido poco después de haberse despedido de Martín. No se habían preocupado

por ella porque pensaban que estaba con él, y porque... ¡Tampoco aquella era su casa! ¿No te jode?

Ahora sí Martín Máximo, al teléfono, parecía más preocupado. Estaba seguro que era ella la mujer que había llamado las dos últimas noches llorando, quejándose.

Finalmente, por la tarde, una voz desconocida con fingido acento canario le aseguró que tenía a la chica secuestrada, que alguien le había contratado para que la matase si no pagaba una suma de dinero.

Martín Máximo Cuevas intentó hacer la denuncia, pero solo tenía el nombre de la presunta víctima, no sabía su apellido, desconocía su dirección.... Y, la verdad, no sabía absolutamente nada de ella.

Él mismo dejó a la operadora del ciento doce en ascuas al cortar la llamada ¿Y si era un plan de Elvira, esa listilla despechada, queriendo sacarle algún dinero a su amante? ¿O era aquel viejo en Sevilla, asociado con otros delincuentes, queriendo timarlo?... ¡Cuánta gente estaba en condiciones de estafarme!, concluyó.

Como eso de los secuestros extorsivos era cosa de colombianos hizo una llamada a Cristóbal, que prometió ayudarle, pero le recordó que él, Martín, más que nadie, quien estaba en peligro.

Si hubiera sido Harry el sucio, Columbo, Perry Mason o Baretta, Martín Máximo Cuevas hubiera entrado por la ventana a su coche y hubiera acertado la combinación exacta de calles, billares y soplones como para ajustar cuentas en el tejado de una fabrica abandonada con el malo que le estaba jodiendo vivo... pero Martín era un joven madrileño, de treinta y tantos, que estaba metido en un lío por mequetrefe y encima debía enfrentarse a un fantasma un tanto cutre y a un secuestrador no menos estafalario que aparentemente querían amargarle las navidades. Era demasiado, reconozcámoslo, incluso lo es para vosotros que estáis leyendo y ya os mostráis impacientes con tanta americana-da.... todo eso no pasa en España... coincidimos.

—¿Y cuánto te pidieron? —le preguntó José Luís, enterado forzosamente a la postre.

—Una chorrada, ochocientos euros...

—Es un chapucero —concluyó José Luís—. Págame y a otra cosa, si hacemos la denuncia lo atrapan seguro... ¿Cuándo te volverá a llamar?

—Eso es lo raro, no me dijo más nada, sólo que le pagaron por secuestrarla, por lo que no tiene sentido que me pida esa suma de mierda a mí.

—Seguro que es cosa de los chavales esos, los de la casa en Lavapiés.

—He pensado en ellos, pero no creo, no daban la talla. No había escuchado jamás algo parecido —reconoció Martín.

—Extraño es... pero ese dinero lo tienes en el bolsillo, págame y a otra cosa ¡Coño! No es “un secuestro”, no tienen nada que ver los colombianos ni las mafias, esto no sale de la M-30, serán unos yonkis, ya verás.

Más extraño fue que no volvieran a llamarle.

CAPÍTULO TRECE

La extorsión, empero, no quedó allí. Aún quedaba una persona que quería recibir dinero en negro a cambio de información.

El sábado por la mañana, como estaba previsto, Felipe González llamó por la mañana para acordar la entrevista; con el volumen del conmutador en alto Martín y José Luís escucharon las exigencias del hombre: Veinte mil euros en efectivo, que no se revelara el lugar del encuentro y que no hubiera fotos.

Martín Máximo en un principio se mostró contrariado, no estaba preparado financieramente el periodo para pagar por una primicia, y mucho menos por una entrevista de discutible importancia.

José Luís estaba seguro que la entrevista sería un éxito editorial, el tema del fantasma de lavapiés era el tema del momento, podría filmar de espaldas al tal Felipe y venderles la entrevista a los programas sensacionalistas.

Después de discutir mucho y acordar la firma de un acuerdo de exclusividad por parte del hombre y el pago de no veinte sino diez mil euros por la entrevista, decidieron que el encuentro se produciría en la mañana del lunes siguiente, en cuarenta y ocho horas.

Martín y José Luís dispusieron entonces de bastante tiempo como para convenir lo que harían antes y después de la entrevista.

El lunes era un día complicado, los dos socios estaban citados para que se realizaran los estudios clínicos pedidos por las autoridades.

José Luís, que sabía que los policías seguían los pasos de Martín por su extraño poder para atraer crímenes, aceptó presentarse en el hospital al horario convenido y que excusaría a su compañero ante la policía hasta el mediodía, cuando ya Martín Máximo hubiera concluido la entrevista. Era seguro que Felipe se iría del país ni bien recibiera el dinero, intentando escapar del fantasma. Realmente el asesino, real o imaginario, tendría más problemas en encontrarlo en el extranjero.

Aquel era el final de la historia que buscaban, porque ya no importaba si le dieran muerte en otro país, pues con el nombre cambiado nunca nadie se enteraría del crimen. Sonaba absurdo pero era por rigor cierto. Ellos podrían inventar el mejor final para aquel relato, con el convenio de exclusividad tenían la primicia asegurada y eso no es algo despreciable

El sábado por la noche las llamadas cesaron.

El domingo transcurrió tranquilo, a la espera del lunes, “el día d” en ésta historia. Martín Máximo y Cristina dieron un paseo por el parque del Retiro.

Hablar mucho de la relación, de lo tanto que habían cambiado. Ella creía que iba siendo tiempo de casarse y buscar un hijo, estaban distanciándose mucho, la pasión se estaba disolviendo y quizás había llegado el momento de buscar algo más grande que ellos mismos para salvar la relación.

Ninguno de los dos se planteaba, al parecer, acabar la relación. Ella parecía un poco más preocupada por las manecillas de su reloj biológico, que ya marcaban treinta y cuatro, y justificaba así la angustia de las últimas semanas. Los motivos para el cambio de Martín eran mucho más mundanos y discutibles: no había hecho otra cosa en el último mes que pensar en los pechos y la cintura de Elvira. La idea de ser padre lo aterraba, a todas luces no estaba preparado para la responsabilidad.

Ella estaba preocupada y le indicó que había tenido un retraso anormal en la regla, él se lo tomó en broma y desestimó por completo esa posibilidad. Se mostró particularmente insensible al respecto, es que demasiado tenía con lo de la entrevista como para cargar su cabeza de otro problema.

Cristina no volvió a dirigirle la palabra por el resto del día. Era el único momento, aquel del parque, que había compartido con su novio en las últimas semanas, demandaba un poco de interés, un poco de cariño no sexual, aquel que parecen no distinguir los hombres.

¿Qué clase de padre podría ser Martín Máximo Cuevas? ¿Cuándo había perdido su querido el interés en ella? Cristina le dio vueltas y vueltas al tema... Su corazón lloraba.

Martín, cansado de intentar amigarse postergando el tema de la paternidad, se durmió tranquilo, mucho mejor de lo que él hubiera imaginado. Martín ya no la amaba.

Muy temprano, cuando él despertó, ya no la encontró a su lado. Cristina ya se había marchado. “Habrá ido a lo de su madre, a hablarle pestes de mí” pensó él, pero se equivocaba.

Una vez en la oficina se encontró con José Luís para darle un último repaso a su plan de la mañana, sacar el dinero del banco, entrevistarse con Felipe, hacerse los análisis y centrarse en la portada del martes, la más esperada.

—¿Has desayunado con Cristina? —le preguntó José Luís.

—No... ¿Por qué me lo preguntas? ¿Has hablado con ella? —le preguntó más que intrigado...

—Por nada, pensé que como era su cumpleaños la invitarías...

Martín lo había olvidado. Todo el domingo había tenido Cristina para recordárselo pero prefirió no hacerlo, eso a criterio de Martín era jugar sucio, como si no confiara en él. De todas formas, su olvido, su descuido le supo muy mal, pero aquel no era el momento para pedirle disculpas, era el momento de ser Martín Cuevas, el periodista; ya habría tiempo más adelante para hablar con ella, convencerla, prepararle una fiesta sorpresa o quizás mejor, un fin de semana en París.

–¿Tienes todo lo que necesitas Martín? –le preguntó su socio.

–Bueno, sí. Tengo la cámara de video mediana en el maletero para hacer la toma de espalda, sabes que no soy muy bueno en eso pero con su voz grabada y unos planos podemos hacer dos o tres entregas de sus declaraciones.

–Bien, ya sabes que tienes que empezar a grabar desde antes de entrar, y que firme el contrato.

–Sí, quédate tranquilo. Lo único que necesitaría es que me firmes el talón para que retire el dinero –le comentó Martín.

–Martín, hazlo tú que conoces mi firma, yo debo llamar por teléfono a la imprenta, mañana tiramos el doble.

Al parecer no era novedad aquella práctica entre los amigos, es que en realidad aquel dinero era en gran parte de Martín y entonces no había inconvenientes con que él falsifique a veces la firma de José Luís.

–No te olvides de ir para el hospital cuando termines, te estaré esperando allí –le recordó su amigo–. Ten cuidado con el dinero cuando si pasas por la Gran Vía, ya sabes que los cacos allí son más peligrosos que ingleses haciendo mapas.

–Descuida, tú ve tranquilo que yo me pongo en camino.

Martín salió de la oficina antes que lo hiciera José Luís, controló que no se le olvidara nada y partió en su coche rumbo al banco, en el centro de Madrid.

Tuvo suerte de hallar estacionamiento muy cerca del banco; tuvo el detalle, como siempre, de dejarle unas monedas al pobre hombre que pedía en la puerta, aquel mismo que está ahora allí, aún a ésta hora, seguramente durmiendo sobre el cartón que reza “¡Ay! Soy un rumano de la Rumania” sin el ¡Ay!... que de eso se encarga él.

Retiró el dinero sin mayores inconvenientes, lo colocó en el maletín y desandó el camino hasta el coche. En algún momento, recorriendo esos escasos veinte metros, Martín miró las piernas de una chica que pasaba, observó un instante las nubes en el cielo, las luces del semáforo; cerró luego los ojos y se desvaneció. Antes de perder el conocimiento sintió como un calor intenso recorría su cuello y una voz que le decía que duerma tranquilo, que ya todo había terminado.

Hasta ese punto pudo recordar Martín de lo que le ocurrió aquella mañana.

CAPÍTULO CATORCE

Martín abrió lentamente los ojos. Sin mover demasiado su cabeza intentó adivinar el techo de qué habitación estaba observando.

Notó enseguida que algo no estaba bien, todo lo veía borroso, había hasta intentado pestañear pero sus ojos quedaron inmóviles

Una fuerte luz, que bajaba del techo, le provocaba un dolor agudo.

¿Dónde coño estoy?, se preguntó.

Tenía el paladar muy espeso, con un sabor muy agrio. Valiéndose del tacto descubrió que estaba acostado sobre un colchón completamente desnudo.

Lo primero que pensó en aquel instante fue que había sido secuestrado, drogado y encerrado en una vieja habitación de una casa abandonada. Algo de razón llevaba.

Siguió tanteando lo que le rodeaba, intentando reconocer algún objeto familiar, pero le costaba mucho fijar la atención en algo, todo le daba vueltas, sus ideas también.

Pensó además que tenía suerte de estar vivo, que con tanto dinero encima bien podía estar muerto. Malditos cabrones, intentó decir.

Permaneció algún tiempo más acostado del lado izquierdo de la cama, recuperando de a poco la movilidad de sus miembros y explorando con ellos el mundo difuso que lo rodeaba.

Cuando pudo levantar un poco la cabeza descubrió, a su lado, un cuchillo con sangre...y un poco más allá... lo que parecía una chaqueta, su chaqueta.

Se sentó como pudo, valiéndose de la única mano que le respondía coherentemente; se arrastró sobre el colchón hasta la chaqueta y luego la abrió.

Dentro de ella, intactos, halló los diez mil euros; los billetes estaban ubicados exactamente donde él los había puesto.

Mientras recobraba el conocimiento intentó Martín Máximo Cuevas una película en su cabeza de lo que pudo haber ocurrido...Quizás, aunque no lo recordaba, había actuado como un héroe, quitándole el cuchillo al ladrón con un hábil juego de manos e hiriéndolo. Pero eso tampoco explicaba porqué se había despertado desnudo en un lugar completamente extraño.

Estaba aturdido y débil... cualquier historia que hubiera imaginado le habría parecido completamente creíble.

Tal vez, al ver que lo asaltaban, alguien le había dado una mano... aunque en realidad resultó ser, literalmente, todo lo contrario.

Martín Máximo Cuevas sintió una picazón en el dedo anular de su mano izquierda pero le resultó imposible rascarse; fundamentalmente porque la mano izquierda se encontraba tirada en la habitación contigua, al lado de un almohadón polvoriento, donde de a ratos un famélico gato negro le pasaba la lengua.

Al descubrir el muñón se le detuvo el corazón, creyó en ese instante estar viviendo un sueño, después de todo recordaba haber escuchado una voz que le decía que descansara, que durmiera tranquilo. Aquello debía ser una pesadilla, nuevamente se equivocaba.

Toda la sangre que había en las paredes, sobre el colchón y en el filo del cuchillo... era evidentemente suya.

Alguien había intentado detener la hemorragia con una bolsa de plástico atada a su brazo, pero no había funcionado. La bolsa que colgaba donde antes había tenido una mano estaba empapada, y el dolor que le producía la herida le llegaba hasta el hombro.

La puerta de dos aguas estaba trancada y, angustiado por no morir desangrado, le dio dos violentas patadas hasta abrirla de par en par. Si no conseguía ayuda moriría desangrado.

Salió hacia un gran salón luminoso, donde todo estaba bastante desordenado. No temió que sus captores lo descubrieran porque sentía la muerte subiéndole milímetro a milímetro por su brazo infectado.

Se dirigió hacia la única puerta abierta, que era un lavabo; en el camino tuvo el detalle de pisar su mano perdida pero irónicamente no sintió el pisotón.

Abrió el grifo y, mientras juntaba agua en la palma de la mano, levantó la mirada lentamente, aterrado de verse ya muerto en el reflejo del espejo como en las leyendas sudamericanas de la noche de San Juan.

Se encontró, empero, con la imagen de un muñeco descosido, su rostro estaba recubierto de tajos sangrantes, y la oreja derecha también echaba en falta un buen trozo de cartílago.

Enjuagó su rostro un par de veces pero las heridas volvieron a sangrar.

¿Qué diablos ha pasado?, se preguntó a sí mismo frente al espejo, pero el monstruo frente a él no le respondió. El ojo derecho se negaba a pestañear, mirándolo con firmeza y odio. Sentía un dolor indescriptible en el cuerpo y sintió que iba a morir al oír ladrar un perro.

Los mareos iban y venían, así es que le costó mucho regresar al salón sin desmayarse. Éste estaba prácticamente vacío. En un rincón

había un gran sillón repleto de basura y en medio de la sala, frente a un televisor encendido, encontró su teléfono móvil, que aún funcionaba a pesar de las magulladuras que presentaba.

Con la mano que le quedaba no tuvo mayores problemas para marcar el uno uno dos... el número de los servicios de emergencias.

Una voz femenina le preguntó su nombre, y repitió para sí misma el Martín Máximo Cuevas que escuchó.

—¿Dónde se encuentra usted Don Cuevas? —le preguntó la operadora.

—Pues no lo sé —le respondió el periodista —creo que he sido secuestrado... y estoy sangrando... me voy a desmayar...

—Tranquilícese Martín, tranquilícese, la policía ya está intentando localizar la llamada. ¡Quédese conmigo! ¡Escuche! ¡Toda España lo busca desde hace días! ¡Escuche, no cuelgue! ¿Me oye?

Martín Máximo no escuchó las últimas palabras de la mujer; perdió poco a poco la estabilidad, se tumbó lentamente de costado sobre el suelo y quedó paralizado con la vista fija en el televisor.

Con sus últimas fuerzas pudo observar cuando enseñaban una foto suya en el informativo, justo sobre un número de teléfono y unas letras rojas que decía “El periodista sigue sin aparecer”.

Martín Máximo Cuevas por un instante se sintió querido y se alegró; sus amigos lo buscaban, toda España deseaba encontrarlo.

Comprendió entonces que era muy probable que haya estado cautivo durante semanas, tal vez drogado, y que ahora, acechados por la policía, sus captores no habían tenido otra opción que lastimarlo y escapar.

Hizo grandes esfuerzos para no perder el conocimiento, tenía que mantenerse despierto unos minutos más... sabía que si se dormía moriría...

Ya escuchaba a la ambulancia acercándose. ¡Que alegría que le daría a Cristina! ¡Cuánto habrá sufrido la pobre!, pensó

El dolor le impidió girarse para observar cómo el portal de la casa era derribado por los agentes...

La última imagen que se llevó antes de desmayarse, muy a su pesar, no fue la de una enfermera gorda acercándose sonriente con una camilla; en cambio, un oficial de policía le apoyó su pistola en la sien y le gritó que no se moviera, que no intentara nada, que guardara silencio y que todo saldría bien.

¡Que dispare! ¡Vamos! ¡Que dispare!, deseó Martín. No soportaba más esa pesadilla, sintió nuevamente el ardor aquél en el cuello, muchas luces de colores, extraños sonidos y luego un gran silencio.

CAPÍTULO QUINCE

Pasaron dos meses hasta el momento que Martín Máximo Cuevas tuvo la oportunidad de contarle al juez su versión de los hechos. Oportunidad que no pudo aprovechar.

El detalle más significativo, quizás, fue que la declaración no se produjo en calidad de testigo y sí como único imputado de una larga serie de acusaciones criminales.

Numerosos medios de la capital se acercaron a los juzgados para asistir al espectáculo, ávidos de hacer leña del árbol caído, como correspondía y era costumbre.

Nadie esperaba que Cristina y José Luís asistieran pero lo hicieron, de cierta forma y a pesar de todo, no podían dejar solo a Martín.

El inculpinado llevaba un parche en el ojo derecho, no había perdido la vista pero según su abogado aquello le ayudaría.

Vestía un traje gris a rayas, pero nada disimulaba las cicatrices de la mano derecha y de su rostro.

Martín Máximo Cuevas, aquella tarde, fue acusado formalmente por los fiscales, quienes, en líneas generales, describieron de la siguiente forma los motivos y acciones que llevaron al célebre acusado a tan patético final:

“El acusado, Don Martín Máximo Cuevas, sufriendo de algún trastorno mental o actuando lisa y llanamente de mala fe, descubrió entre las noticias que fueron de conocimiento público en agosto pasado, la que informaba de un crimen pasional en el barrio de Lavapiés. Utilizando los medios que tenía a su disposición, con el fin de engañar económicamente a su socio y huir junto a una dama que frecuentaba últimamente, averiguó que el muerto en aquel crimen era de origen kurdo, lugar que él personalmente había visitado hacía no mucho tiempo durante uno de sus viajes profesionales.

Aprovechándose de sus conocimientos del idioma y otros contactos, contrató a un muchacho para que se hiciese pasar por el hijo del muerto, creando así el escenario perfecto para lo que había planeado. Aparentemente dio muerte al susodicho joven, de nombre Yuhanná, luego de que éste hubiera representado fielmente el papel para el que fue contratado.

Por tal motivo presentamos cuatro pruebas documentales, prueba uno, la declaración del conserje del hotel en Chinchón, donde se hospedaba junto a su prometida, que lo vio salir del hotel a las dos de la mañana y volver a la media hora; prueba dos, el acta de salidas y entradas

del hotel para el día de la fecha, que confirman lo declarado; prueba tres, la declaración de su prometida, Doña Cristina Martínez Aranda, que confirma la ausencia del acusado durante largos periodos de la noche en cuestión. Y finalmente, la prueba cuatro es un boceto hallado en la casa del acusado, donde se reproduce el dialogo que debía aprenderse el muchacho y que probablemente sirviera de borrador a ése fin.

Es de suponer que el acusado, entonces, prosiguió con el plan y asesinó a una mujer en Lavapiés de nombre Amalia González. Cabe mencionar que la fallecida era amante del hombre kurdo que habíamos citado en primeras instancias, lo que no hacía más que crear la atmósfera necesaria como para interesar a su socio, Don José Luís Claros, de la importancia del caso. A fines de probar su culpabilidad se presentan las siguientes pruebas materiales: Prueba cinco, declaración firmada de un vecino de la señora que confirma haber visto al acusado entrando y saliendo del apartamento de la señora varias veces el día de su muerte. Prueba seis, las pericias técnicas realizadas a un cuchillo encontrado en un cubo de basura confirma que el asesino fue el mismo que el del muchacho turco. Prueba siete, las huellas del acusado fueron encontradas en el cuello de la víctima, siendo las únicas halladas en el lugar, aunque el acusado admitió haber intentado reanimara la señora infructuosamente.

Presumiblemente, al enterarse que la víctima tenía un amigo oriental que pudiera encontrar antes que él al marido de la víctima, un personaje clave en su historia, contrató un sicario para que diera muerte al ciudadano chino Xiao Tsa Mong, dentro del negocio que éste tenía. El matón dejó con vida, a propósito, un testigo que luego pudiera testificar a favor del acusado y desligarlo de toda responsabilidad. Pruebas se adjuntan: Prueba ocho, una mensaje recibido por el acusado en su teléfono móvil desde un lugar no identificado que le confirmaba que ya podía ir al negocio del chino y descubrir el cadáver.

El señor Martín Máximo Cuevas ordenó la muerte del testigo la semana siguiente, el martes ocho de noviembre, y él mismo estuvo presente en el lugar para cerciorarse que todo resultara como había planeado. Prueba nueve: otro mensaje en su teléfono que le avisaba de la muerte y del lugar, la Plaza de Tirso de Molina, para que se acerque al sitio y lo compruebe personalmente. Prueba diez, una llamada anónima, esa misma tarde, antes de producirse el crimen al cuartel de la guardia civil de La Latina dando aviso de un crimen por encargo a cometerse esa misma noche, el nombre que dejó el denunciante fue el de Martín Cuevas como responsable.

Las autoridades policiales, actuaron con discreción y llamaron a declarar al acusado para comprobar si tenía algo que ver o no. Prueba once es la grabación de la entrevista donde el acusado se desentiende de la causa y reafirma su creencia de una presencia sobrenatural, de un supuesto fantasma, un muerto resucitado que vengaba la muerte de su

padre y que ajusticiaba a todas las personas que propiciaron su asesinato. Claramente el acusado estaba mostrando una gran coordinación en sus movimientos y dichos, pero desconocía que estaba siendo ya investigado.

Que conste como prueba doce que el acusado no se presentó al examen médico que dispuso la policía considerándose prófugo de la justicia desde ese instante.

Días antes, cuando la historia ya había alcanzado dominio público, engañó a su socio falsificando su firma y retirando de la cuenta bancaria común la suma de cien mil euros. Prueba trece es el documento con la firma falsificada, que los grafólogos estiman, sin lugar a error que quien la falsificó ha sido el acusado. Prueba catorce es entonces la declaración de Don José Luís Claros, donde confirma no haber autorizado el retiro de cantidad aunque también acepta que conocía el interés del acusado por concertar una entrevista personal con el ex marido de la señora González.

La prueba numero quince es un documento mediante el cual Martín Máximo Cuevas alquila un chalet en la población de Las Rozas de Madrid. Tres días antes de desaparecer con el dinero. Esta prueba es reciente y aún no ha sido examinada por los técnicos. El lugar es el mismo donde fue hallado, hace dos meses y después de dos semanas prófugo, herido y desnudo, junto al cuerpo sin vida de Doña Elvira Plato, supuesta amante del acusado y su cuarta víctima, asesinada probablemente a raíz de una discusión. El acusado presentaba signos de haber intentado suicidarse y en ese estado fue encontrado por las fuerzas de seguridad.

Es deber del jurado valorar éstas pruebas como validas o no, la fiscalía cree que su peso es evidente y, el acusado poco podrá demostrar a su favor.

Se debe aclarar que los médicos que lo han examinado creen que sufre de un trastorno leve de personalidad, que no haría más que fundamentar su excelente actuación, pero que también estiman que el acusado era plenamente consciente de la gravedad de los hechos. Sin más. Muchas Gracias.”

Martín Máximo Cuevas escuchó el relato con sorpresa, había estado medicado y encerrado en una sala, bajo cuidados médicos, durante las últimas ocho semanas. Le habían amputado el brazo izquierdo. De alguna forma le habían salvado la vida para poder condenarlo.

Lo más patético era que no tenía como negar las acusaciones, se sentía muy débil, su defensor de oficio le había recomendado reconocer la autoría de los crímenes... “Nadie pasa más de veinte años en las cárceles españolas” le dijo, con mucha razón.

Martín Máximo no estaba seguro de ser inocente, y eso se le notaba en la cara, a él no le extrañaba que dijeran que se había vuelto loco. Tal vez tenían razón.

Aceptó los cargos con entereza y resignación.

Antes de ser invitado a ponerse de pie para escuchar el veredicto, Martín Máximo tuvo unos instantes de libertad, miró fijamente a Cristina, que no podía mirarlo a los ojos; la vio llorando. También se fijó en la expresión indignada del amigo, también afectado por el cruel comportamiento de quién había considerado su hermano.

Pero Martín Máximo no podía criticarlos, ellos ya no veían a Martín, para ellos Martín había muerto y ése hombre de espesa barba, sin un brazo y con profundas cicatrices no era más que un asesino, un ser maléfico que tomó el cuerpo de su amigo y lo destruyó.

La decisión fue unánime, irreprochable. Martín Máximo Cuevas fue hallado culpable de la muerte de tres personas como autor, otras dos como instigador y de fraude, adulterio y otras tantas acusaciones menores, como falsificación y robo, que no hicieron más que aumentar el número de años a los que era condenado hasta ciento ochenta, aunque podría salir libre antes de que se cumplieran dos decenios.

Pero eso no fue todo. Martín Máximo Cuevas fue forzado a escuchar el llanto desconsolado de su madre y el de descubrirse mentalmente lisiado, pues había sido ordenado su inmediato traslado a una unidad de reclusión para enfermos mentales, en la que debería pasar el resto de su condena si no quedaba más remedio. Pero todos sabemos que no hay más remedio para los que allí son derivados.

Martín Máximo Cuevas asumió la responsabilidad y hasta tuvo un instante de satisfacción al saberse finalmente imposibilitado de provocar mayores daños a la gente que amaba.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ismael Segundo Segovia entra en la vida de Martín al coincidir con él en la habitación numero veintitrés, del ala oeste, del Centro de Detención para Discapacitados Mentales de Alcobendas.

Como es lógico tratándose de locos, no intentaron ni el uno ni el otro entablar conversación alguna durante las primeras tres semanas de internación. En silencio aceptaban las rígidas reglas del establecimiento. Reglas que a su vez contrastaban con la buena atención que recibían.

A las ocho de la mañana les era servido el desayuno a todos los internos del ala oeste, una hora antes que los del ala este que eran los más peligrosos. Entonces eran acompañados hasta el comedor y les era servido te y pan tostado con mantequilla. Martín Máximo Cuevas hubiera preferido café, pero éste estaba prohibido con tal de no excitar más a los pacientes. Algunos terapeutas estaban comenzando a aceptar el uso de café descafeinado, que por definición es una paradoja, pero aún no estaba bien visto por quienes dictan las normas en aquel establecimiento en particular.

Había un gran televisor de treinta y tantas pulgadas empotrado a una de las paredes del salón comedor, siempre estaban pasando dibujos animados pues era lo que más molaba a la gran mayoría aunque, de vez en cuando, seleccionaban el canal de ventas, que al menos era repetitivo, no hacía pensar, y mantenía entretenidos a otros tantos millones de perturbados en el exterior.

Claro que, cada tanto, jugaba el Madrid en la Champions, o echaban algún partido importante de liga, y en ese instante no había terapeuta, loco o enfermero que acepte otra cosa que ver el fútbol. Digno de destacar eran los efusivos festejos de los goles, los saques de falta y laterales que estimulaban particularmente a la peña.

Estaba claro que tanto Martín Máximo como su compañero de habitación no estaban plenamente conscientes de su estado. Para ellos, y para la gran mayoría de quienes los rodeaban, nada había cambiado en su forma de ser y de pensar desde que habían sido internados... “Tal vez en eso radica la locura”, pensó Martín. Los “verdaderos lunáticos son los que viven su demencia con naturalidad”. Y lo cierto era que las mañas, las tonterías de loco se le empezaron a manifestar después del octavo mes cuando, cansado de pedir ansiolíticos por los ataques de agitación que le provocaba un fantasmagórico escozor en el brazo faltante, optó por rascarse imaginariamente el sitio donde había estado su antebrazo y descubrió que aquello le calmaba; y no solo eso; también descubrió que con ese comportamiento, que también le parecía ridículo, los enfermeros lo dejaban tranquilo... eran a los que se comportaban normalmente a quienes agobiaban con más pastillas y calmantes hasta que por volun-

tad propia o resignación adoptaban alguna tic nervioso o algún movimiento espasmódico de sus extremidades para hacer sentir mejor a sus cuidadores.... ¡Que hubiera sido peor para los pobres terapeutas que sospechar que trataban como locos a personas normales!

Hasta el mediodía podían quedarse en una sala contigua al comedor, donde algunos jugaban a las cartas, miraban televisión, fumaban a escondidas, leían cuentos para niños o simplemente dedicaban tiempo a ejercitar el milenario y difícil arte de apagar todos los pensamientos, ilusiones y sueños a favor del paso del tiempo.

Ismael Segundo Segovia, según su hoja médica, era esquizofrénico, había creado en su cabeza un mundo en el que era un perseguido político, decía ser escritor y haber escrito bajo seudónimo algunas novelas y publicaciones que fustigaban al gobierno, decía haber escrito un libro llamado “El pequeño libro rojo”, cuyo nombre es una autodefinición, como así también decía haber sido el autor de algún otro cuento para niños que iniciaba a sus lectores en el pensamiento socialista.

Ismael Segundo se creía cuerdo, víctima de una persecución, de una inquisición. Y así se lo hizo saber a Martín Máximo Cuevas una noche, minutos después de que las luces se apagaran y quedaran solos nuevamente en su habitación, seis meses después de haberse conocido.

–No estoy loco –le dijo Ismael a Martín.

–Pues al parecer no eres el único –le respondió Martín –, muy pocos de los que aquí he conocido lo están. Pero tal vez sea parte de los síntomas el pensar que los que tienen un tornillo menos sean los que nos enviaron aquí.

–Pues no me creas, pero no estoy loco... me han enviado aquí para callarme...

–Entonces tienes suerte, yo en cambio estoy aquí por haber engañado a mi mujer, estafado a mi amigo, asesinado a una mujer de la que me estaba enamorando y a otras tantas personas inocentes...

–Sí, ya lo sabía. Pero no creo que lo hayas echo... estoy aquí hace dos años y eres el tercer compañero que tengo, los otros dos también fueron enviados aquí por haber matado gente, uno a su suegra... justificadamente para mí... aunque lo del hacha era totalmente innecesario, y a otro por haber matado a su hijo... y ese si estaba loco... ambos terminaron matándose por no soportar la pena... tu en cambio pareces tranquilo... como si estuvieras intentando convencerte de lo que supuestamente hiciste.

–Mira, no recuerdo absolutamente nada, pero eso no habla a mi favor. En el caso supuesto que yo no hubiera hecho nada ya he perdido igualmente lo que más quería. Mi madre no puede mirarme a la cara, ni mis amigos, y hay gente muerta... –y luego de un largo suspiro Martín le confesó-. No estoy nada mal aquí. No puedo hacer daño a nadie si estoy encerrado, veo partidos en la tele y leo todo lo que quiero...

–Bueno... en eso tienes razon, y como te sigas tragando esas pastillas rojas que te dan al mediodía terminarás por olvidarte hasta quién eres... o has sido...

–Gracias por el consejo, si cabe. Mi nombre es Martín Máximo Cuevas...

–Si, lo sabia, conozco tu cara y tu historia, todos aquí la conocen. Yo soy Ismael Segundo Segovia, escritor fracasado, revolucionario... un gilipollas... –le dijo sonriendo a su compañero de habitación.

Ismael Segovia tenía barba como Martín, era delgado y con ojos saltones. Se hicieron amigos, aunque ambos sabían que todas las personas que coinciden en una situación delicada experimentan una afinidad igual, aunque en realidad solo comparten el miedo y la soledad.

Todas las tardes, en verano, otoño y primavera, los reclusos jugaban al fútbol en el patio del centro. Ismael era muy habilidoso y siempre era elegido en primer término para la escuadra que ganaba el sorteo, Martín en cambio frecuentemente se quedaba sin tocar el balón.

Y así pasó un año y medio, el mundo se había olvidado ya de quién había sido aquel periodista de apellido Cuevas y ahora estaba más preocupado en otras cosas, en las elecciones en Norteamérica, en el casamiento de alguna estrella momificada de la canción popular y en las olimpiadas de Atenas. Demasiado cosas interesantes y superfluas como para recordar a un malogrado periodista, un asesino serial y un psicópata personificados en Martín, el interno trescientos veinticinco barra cero tres de aquel depósito... aunque a los políticos les guste llamarlo de otra forma...

Tanto Martín Máximo Cuevas como sus compañeros, eran completamente ajenos a lo que ocurría fuera de los muros y eso, de cierta forma, era un bálsamo para aquellas almas en pena. Es más, sentían que en aquel sitio estaban seguros. Tanto Ismael como Martín pensaban que voluntaria o involuntariamente habían quedado al margen de la sociedad... pero al menos de ese modo se habían liberado de tantas otras sinrazones y locuras del mundo exterior.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando Martín Máximo Cuevas vio la nieve caer sobre el patio a través de la pequeña ventana de su habitación se dio cuenta que aquél sería el tercer invierno que pasaría encerrado en aquel lugar.

En esas fechas las charlas con su compañero de habitación eran aún mas extensas, cada uno, siguiendo turnos implícitos y cordiales, comentaba al otro qué era lo que le aquejaba, en que lugares pastaban sus sueños y qué echaban de menos.

Pero los instantes de lucidez volvieron a él, tantos años después, a poco de dejar de tragarse unas pastillas verduscas que le metían en la boca después de la merienda.

El uso del término *lucidez*, para un interno de un complejo psiquiátrico como en el que estaba Martín Máximo, se refiere a la recuperación de los miedos, de los sueños y las pesadillas, el volver a mirar al espejo y reconocer en él un hombre destruido, mutilado, y en sus ojos volver a encontrar el niño que fue, los años de estudio y dedicación tirados a la borda... y también el amor, el sexo y las necesidades humanas.

¿Cómo puedo recordar detalles de mi infancia y haber olvidado hasta el más mínimo detalle de los crímenes?, se preguntaba Martín en voz alta.

Ismael, sentado frente a él en la minúscula mesa que compartían en la habitación, daba otra ojeada a las cartas que tenía en la mano antes de responderle...

—Porque no los has cometido. Es así de simple.

—Déjate de estupideces Isma. Que no lo recuerde no quiere decir que no lo haya echo.

—Pues tu mismo, entonces...

—No, enserio —le replicó Martín, mientras recogía de la mesa sus cartas con la mano que le quedaba—. Por ejemplo, hace unos cinco años, después de la guerra de Irak, fui testigo de cómo un hospital infantil se desplomaba frente a mí. Cuarenta y dos chicos murieron aquel día y yo tiré unas doscientas fotos de los escombros, de los cuerpos mutilados, de las madres desesperadas. Las imágenes recorrieron el mundo, no fueron premiadas pero fueron reconocidas y utilizadas por muchos medios... ¿Sabes? No recuerdo siquiera un solo de aquellas fotografías. Las he olvidado.

—Es normal. A veces ocurre que te olvidas de la cara de quién más amas. Pero lo importante es que te acuerdas que tú hiciste aquellas fotografías. No importan los detalles, sabes que tú lo has hecho. En cambio no recuerdas haber matado a nadie. ¿O sí?

—No, no me acuerdo. Pero tal vez lo he borrado de mi mente.

–Martín... lo que haces no es más que justificar a quienes te han metido en esta mierda. Tú no estás loco. Yo tal vez lo esté por haberme metido con el poder, con el gobierno. Pero tu no tienes enemigos...

–Si tu hubieras escuchado todas las cosas de las que me acusaron, si hubieras escuchado a los testigos, si te hubieras detenido en cada una de las heridas de mis víctimas, la cara de dolor de mi madre, los ojos esquivos de mi novia, la mirada hiriente de mi amigo... y aquel montón de pruebas con tu nombre y apellido, habrías comprendido que era mejor, sin dudas, que yo lo hubiera echo... porque una cosa es que unos desconocidos te acusen de algo y tu gente esté a tu lado para darte ánimos... pero otra cosa bien distinta es estar sólo y descubrir que las únicas personas que creen en ti son precisamente quienes jamás habían tratado contigo... como tú... que bien dices... estás loco.

–No se. Pareces un hombre fuerte, pero en esta te has comportado como un carnero degollado. No has protestado siquiera. ¿Hay alguien que se pudo haber beneficiado con tu condena? ¿Tienes algún seguro?

–¿Contra la demencia? ¿Contra los asesinatos? No conozco a nadie que lo tenga. Si los hubiera matado con el coche... por lo menos...

–Tu socio se ha quedado con todo el negocio ¿No?

–Pues no... lo último que he oído es que nadie más compraba el periódico después de lo que me ocurrió y finalmente la empresa quebró.

–¿Y tu mujer? ¿No decías que la relación estaba mal? Tu la engañabas... tal vez por despecho...

–Pobre, deja a Cristina fuera de todo esto. Tuvo que vender la casa y volver con sus padres... solo le quedó el coche. No insistas... no hay nadie más... aparte... aunque no recuerde nada de los crímenes sé perfectamente qué es lo que vi, y un muerto estuvo frente a mí, de eso estoy seguro. Un fantasma me miró a la cara y se rió de mí. Eso no se lo dije a nadie, porque me hubieran metido más años y pastillas... pero estoy seguro de haberlo visto.

–Pero, entonces... ¿Desde cuando comenzaste a tener esas alucinaciones?

–No estoy seguro, pero seguramente fue después de regresar de Irak. ¿Quién sabe? Tal vez lo que vi allí desordenó un poco mi ideas... –y Martín quedó en silencio por un rato, recordando el horror de la guerra, los niños kurdos que nacían con problemas por culpa de los productos químicos utilizados contra ellos por el dictador Hussein diez años antes... y se consoló a sí mismo... ¿Como hubiera podido alguien no cambiar después de ver aquello? Martín continuó con la charla...– Y tú Ismael... ¿Acaso no tienes tus problemas? Pareces bastante cuerdo... ¿Ahora quieres escribir una historia sobre mí? ¿Por qué anotas todo lo que digo?

–Por no aburrirme... aparte soy la única persona en el mundo que cree que eres inocente. También para poder contarles a mis hijos que aquí conocí al famoso Martín Máximo Cuevas, el asesino de Lavapiés.

–Ja Ja... mira como me río. Si tu no tienes hijos, y te pudrirás conmigo en éste lugar... –y sonriendo le comentó-. Bueno... yo tengo una

oportunidad, comer verduras, pescado y aguantar los ciento ochenta años hasta que me dejen salir...

–Pues te equivocas... Tendré hijos y sabrán de ti...

–Pues espero que te busques pareja en otro sitio –le respondió sonriendo Martín –¡A mí no me mires!

–No, que coño... me refiero que me iré de aquí. No se bien cuando, tal vez hoy, mañana...

–Bueno... bueno. Está bien que no sea Alcatraz pero no creo que te dejen salir por las buenas... Aparte, no podrías salir del país... y en España no hay donde esconderse...

–Te equivocas... En el corazón de España hay lugares sin ley, donde vive gente si rostro... como en todos lados. La marginalidad es simplemente un límite que es útil solo para la sociedad... pero debajo hay otro mundo, otras reglas. Y yo las conozco bien...

–¿Y cómo planeas escapar?

–Por la puerta... no está cerrada de noche, por ahí entran las pizzas y las putas para la guardia nocturna. Son tan haraganes que prefieren dejarles la puerta abierta antes que estar de un lado a otro toda la noche...

–¿Cuando quieres irte? –le preguntó Martín, ahora interesado.

–Como querer, querer... me hubiera ido hace rato. Pero tu eres el único amigo que tengo y esperaba que vinieras conmigo... pero sigues creyéndote esa historia que te contaron y solo tú les crees que estás loco.

–¿Qué harás afuera?

–Lo único que sé hacer... escribir... y dar por culo al gobierno. Me buscaré un buen seudónimo y enviaré un par de cartas. ¿Te vienes?

–No creo. Es mucho riesgo. Aparte no podría soportar ocasionarle más daño a Cristina o a mi madre. No lo digo por decir. Si se enteran que me escapé, que hay un loco suelto... morirían de tristeza y de miedo...

–Pues tu mismo, como te he dicho siempre. Locos son los de afuera... tú solo eres un cabrón que tiene miedo a si mismo. Pues... te jodes.

La simpática conversación terminó de aquella forma, Martín Máximo Cuevas le dio una segunda oportunidad a su razón pero desistió de seguir a Ismael Segundo Segovia en su huida.... Al fin y al cabo... ¿Quién le aseguraba que su colega no estaba desvariando?... Quizás tan sólo estaba mintiendo.

Martín se convenció a si mismo aquella noche de estar bien en ese sitio, donde no le faltaba comida ni entretenimiento, pero al despertar, la mañana siguiente, descubrió que si había algo que le faltaba... Ismael Segundo Segovia había desaparecido, había cumplido su promesa y a esa hora, seguramente, estaba escondido en algún lugar del pueblo, tal vez ya en Madrid, o en su Granada natal ¿Quién sabe?

Las autoridades interrogaron a Martín durante días, hasta que se dieron por vencidas y le aumentaron la dosis de calmantes, como si él hubiera sido el responsable de la fuga de su compañero.

Fue trasladado a una habitación solitaria mientras continuó la investigación. Pero como era de prever todo volvió a la normalidad, y un nuevo compañero le fue asignado.

Ésta vez era un patricida, un joven de veinte años que, cansado de los manoseos y agresiones de su padre, le asestó cuarenta puñaladas en el pecho. Número macabro que le sirvió para salvarse de la cárcel y ser abandonado en “el deposito”, como todos ya llamaban a aquel sitio.

Martín Máximo Cuevas no tardó en hacerse amigo del joven, que parecía muy buena persona, consciente de sus actos y muy responsable. Nadie entendía qué hacía en aquel lugar, pero también es cierto que hay baches legales y puntos oscuros en el código civil, que no están contemplados. La sociedad parece estar más dispuesta a aceptar su tácita culpa en crímenes de guerra antes que aceptar el derecho de una persona a vengarse de quien hace miserable su vida.

Dos años más pasarían hasta que Martín Máximo Cuevas volviera a recibir noticias de Ismael Segundo Segovia. Noticias breves pero terminantes del amigo olvidado, que le hacía a la distancia el mayor regalo que él hubiera imaginado.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Siete años después de haber sido condenado Martín Máximo Cuevas recibió, con sorpresa, su primera correspondencia.

La carta estaba firmada con seudónimo para evitar mayores controles de seguridad a los que ya hacían para no aburrirse los enfermeros del lugar; reconoció la letra de su colega Ismael Segovia ni bien le echó el primer vistazo.

En ella, entre otras cosas, le comentaba que estaba viviendo en un sitio muy tranquilo, casualmente en Lavapiés. Un “tranquilo” que Martín interpretó como “seguro”. También le contaba que había vuelto a escribir, que era lo que tanto le gustaba y que no descartaba escribir una novela sobre Martín en un futuro no muy lejano.

Otro detalle importante era que había conocido una chica, se habían puesto de novios y ahora ella estaba embarazada; que pensaban casarse. Martín Máximo no ocultó su alegría por su amigo.

Ismael también le decía que estaba esperando su visita, seguramente alentándolo a escapar como antes él había echo y que había estado investigando, por su cuenta, su caso.

Había pedido a alguien que le debía un favor en el juzgado que entendía la causa que le consiga una copia del expediente de Martín, y también copias de las pruebas presentadas. Al pié de la carta reconocía que no encontró en ellas ningún error judicial. “Las pruebas demuestran, sin lugar a dudas, que estás loco”, le escribió antes de despedirse. Pero la gran sorpresa venía encubierta en la posdata, que rezaba, textualmente:

“PD 1: Te pido un favor. Tengo una amiga turca, que vive en Lavapiés que tiene un grave problema. Ha perdido a sus dos hijos, y aquí te incluyo una foto por si los has visto alguna vez. Uno era actor, le habían contratado para una obra en Chinchón y, según dicen, alguien lo mató. El hermano salió a buscar al asesino pero nunca más volvieron a verlo. Parece una trampa, amigo.

PD 2: Tu socio te envía saludos, ha escrito un libro contando tu historia y ha hecho bastante dinero. Esta semana te envió una copia. Tu mujer quiere volver a verte, pero está muy ocupada cuidando a tu niño Luís desde que te han encerrado.”

Martín Máximo Cuevas prefirió en aquel momento parecer un tonto y no hacerse cargo de lo que se desprendía del mensaje. Tal vez las drogas, tan inefectivas como cotidianas, le impedían ensamblar todo aquello en su cabeza.

Volvió a leer la carta con detenimiento, y analizó la posdata, pero fue recién al abrir el otro sobre, el que contenía una foto, cuando comprendió que algo estaba decididamente mal... y no era él.

La foto, en blanco y negro, mostraba a una hombre bastante mayor abrazando por el hombro a dos chavales idénticos, gemelos, que debían tener unos quince años.

De fondo estaba la gran mezquita de Estambul, en Turquía, pero lo más curioso y alarmante, lo que dejó sin respiración a Martín Máximo, fue que los hermanos tenían la cara de Yuhannâ, su fantasma.

¿Qué está pasando aquí? – se preguntó Martín al volver a leer la posdata y a observar aún con más detenimiento la foto.

Sin dudas que su amigo, Ismael Segundo Segovia, logró hacerse con una copia del carne de conducir que hallaron hace tantos años entre las pertenencias de Martín, y estuvo investigando por Lavapiés hasta dar con esa foto. Quizás si hubiera tenido en su poder una evidencia tan clara de su cordura, no estaría, ni hubiera estado, encerrado en un loquero por tanto tiempo.

Todos los puntos negros de la historia quedaron a un margen al entender Martín que tanto sufrimiento ha sido innecesario, habría que dar con el paradero de alguno de los muchachos, aquél que se había aparecido ante él como un fantasma, y obligarlo a que explique qué es lo que sabía de lo que había ocurrido.

Respecto a la segunda posdata, en la que se refería a José Luís, su socio, a un libro que aparentemente escribió y a Cristina cuidando un niño... Martín no sabía qué pensar.

Que José Luís se haya decidido por contar su historia le parecía hasta lógico, pobre, había quedado en la calle, y reconociendo la repercusión que podía haber tenido su caso, no le extrañaba que su buen amigo pudiera haberse visto forzado a contar su versión de los hechos por unas pelas.

En cuanto a Cristina, Martín Máximo prefería hacer la vista gorda, quizás ella conoció a alguien en esos años duros, y poco a poco fue recobrando la confianza y su capacidad de amar. Pensó que tal vez hasta se había casado, ella siempre hablaba de matrimonio e hijos mientras Martín la ignoraba sistemáticamente. Quizás era ya madre y eso estaba bien. Siete años es mucho tiempo, sobretodo para alguien que tuvo que enfrentarse al hecho de haber estado enamorada de un asesino serial, un chantajista, un embustero.

No perdió el tiempo Martín Máximo y pidió una audiencia con el abogado del centro, también con el director del lugar, quería plantearles la posibilidad de abrir nuevamente su caso, comentarles que al parecer había más gente involucrada.

Quería su derecho a defenderse, aquel al que había renunciado tantos años antes.

En la reunión, concertada al día siguiente, desestimaron categóricamente las ideas de Martín, le explicaron que no era necesario demostrar que no existía el fantasma, que eso ya lo sabían, por eso había sido enviado a aquel lugar, por su insistencia en personajes paranormales cometiendo asesinatos, que ésta revelación no hacía más que confirmar la buena evolución que estaba teniendo.

Le explicaron que en condiciones normales y a juzgar por su buen comportamiento debería estar en una prisión normal, pero que como era un personaje público y su amigo José Luís pagaba bastante dinero mensualmente para su manutención... debía ser un agradecido de la suerte que tenía en estar en un lugar así.

Le invitaron a volver al comedor, a tomar su merienda y a olvidarse de todo aquello. Se quedaron con la fotografía de los dos hermanos para que no le diera mayores vueltas al tema. Y le recordaron que él no había sido juzgado por ver fantasmas, había varias personas muertas, sus huellas por todos lados, firmas falsas y cámaras del banco que no dejaban lugar a dudas. También habían testimonios de que había sido infiel y muchas otras cosas más.

Martín Máximo Cuevas entendió que no saldría por las buenas de aquel lugar y que la foto no servía para nada, no había móvil, no había pruebas ni razones que le hicieran sospechar que era víctima de una trampa.

Aceptó entonces el acostumbrado cóctel de pastillas después del té de la tarde.

Tres días después, como le habían prometido, recibió Martín una copia del libro que había escrito José Luís Claros, su amigo de la infancia, compañero de profesión, víctima de sus engaños y sorpresivo benefactor de su estadía en aquel centro.

Fue su compañero de habitación el que recibió primeramente el libro. Lo recibió de manos de una persona que, a juzgar por la descripción que hizo el chaval de quien le entregara el ejemplar entre las rejas del patio trasero, resultaba absolutamente desconocida para Martín.

En realidad poco importaba quién había sido el mensajero, tenía bien claro que en realidad era Ismael Segundo Segovia, antiguo compañero de tranquilizantes y mus... devenido en su ángel guardián, el que le estaba dando una mano.

Martín no pareció sorprendido al ver una fotografía suya en la tapa del libro, era una de aquellas imágenes que le habían tomado en Irak, con su cámara colgando del cuello, su bloc de notas en la otra, y una mirada triste, comprometida, provocada por la angustiante situación que lo rodeaba. En la imagen, se encontraba de pié, rodeados de varios cuerpos sin vida, en medio de una fosa común recién descubierta.

El título del libro era *“Ángel y Demonio”*, y debajo, en letras más pequeñas se podía leer el nombre completo de Martín junto a una pre-

gunta “¿Otra víctima de la Guerra?”. José Luís Claros firmaba el trabajo, pero le fue sencillo reconocer, desde las primera páginas, que alguien más había maquillado las palabras de su amigo, que era buen periodista, pero incapaz de escribir apropiadamente una historia.

Martín Máximo Cuevas se permitió la licencia de sonreír al verse reflejado, premió con esa leve sonrisa el título elegido para el texto, le pareció tremendamente acertado e intrigante. “Una invitación al lector para adentrarse en la mente de Jeckil & Hide”, decía el comentario editorial de contratapa, firmado por un entrañable adversario periodístico que, a criterio de Martín, no habría cobrado un duro por compararlo con un monstruo.

También le causó gracia el ver la fotografía del autor, también en la contratapa, quién había aprovechado aquella ocasión única de notoriedad retratándose con un par de gafas azules a media nariz, a lo Sanchez Drago, pero sin conferirle la intelectualidad mínima necesaria como para evitar lucir como un autentico oportunista.

Todo lo que vino después lo entristeció. Lo confundió. Por empezar, el libro estaba expresamente “Dedicado a otra víctima de esta guerra, mi amada Cristina”...

¿A su amada Cristina? ¿Será la misma? ¡Hay tantas Cristinas!...

Habían transcurrido ya siete largos años, a fuerzas de ser sinceros Martín Máximo no recordaba ya a su novia con frecuencia. El tiempo lo borra todo, dicen. Y aunque se había empeñado en no olvidarse de sus sentimientos, tenía muy en claro que el tiempo no jugaba a su favor, ni que decir de los ciento ochenta años de condena. Pero Martín había soñado más de una vez con la visita de Cristina y al menos un ¿Cómo lo llevas, Martín?... pero, como le ocurre a todos los que se ven repentinamente solos, como le sucede a quienes son abandonados por sus parejas de forma inesperada, Martín justificaba cada reacción de Cristina como lógica y merecida. Estaba convencido que habría sido muy duro para la joven darse cuenta que había estado comprometida y perdida-mente enamorada de un criminal, un monstruo de dos cabezas.

Pero esas dudas, esa condescendería con su propia razón, aquella que la llevaba a pensar siempre lo mejor de otras personas, ese positivismo, se vio amenazada nuevamente al descubrir, en los últimos capítulos del libro, que José Luís, empujado quizás por la amistad, la pena y el cariño existente, se había echo cargo en cuerpo y alma de la atención de su ex-prometida, llegando hasta lo que, en la última frase del libro, definió el autor como un “Final feliz para todos los que fuimos víctimas de esta pesadilla que se llamó Martín Máximo Cuevas”.

¡Cabrón! Martín no sabía si tenía derecho a estar enfadado pero lo estaba. Sus puños habían permanecido cerrados, en guardia, durante las últimas páginas, y aunque aún era de noche y todos dormían volvió

a repetir en voz alto la misma palabra escapando a duras penas de su mandíbula prieta... ¡Cabrón!

Las luces se encendieron, el enfermero de turno entró en la sala para ver qué era lo que sucedía y el muchacho que hacía compañía a Martín antecedió ante él argumentando que había sido él quien había hablado en voz alta a las cuatro de la mañana, por lo que fue invitado a tragarse un tranquilizante, que aceptó de buen grado.

Cuando las luces se apagaron Martín intentó agradecerle escuetamente al chaval pero éste ya se había dormido completamente.

Durante aquella noche y las que le siguieron hasta su fuga, Martín le dio vueltas en su cabezas a todo lo que había ocurrido. Por momentos se sentía una víctima, por otros se sentía culpable. No podía reprocharle a su amigo, su ex-amigo, que haya cuidado a Cristina, después de todo él estaba condenado de por vida a ese encierro; ni podría criticar la flaqueza de ella al aceptar las intenciones del muchacho, seguramente juntos habrán tenido que enfrentarse a todo lo malo que se decía de Martín. Pero por otra parte... José Luís no lo había defendido en ningún momento, el libro era muy duro, y dejaba en claro que Martín, al volver de Irak, comenzó a comportarse de forma extraña.

En aquel texto su socio también escribió sobre charlas que nunca habían tenido, de fobias y filias que no recordaba haber padecido, actitudes violentas y trastornos de personalidad que supuestamente preocupaban a todos quienes rodeaban a Martín.

Pero esa verdad no satisfacía a Martín, no le provocaba tranquilidad, era cierto que no estaba demasiado seguro de quién era en realidad, y mucho menos al saberse internado en un psiquiátrico... pero aquella situación le parecía insostenible.

¿Quién era quién para decirle cuál era la verdad absoluta? Aunque él hubiera sido responsable de todo aquello de lo que se le acusaba... ¿Cuán culpable podía ser si realmente no recordaba nada de lo sucedido?

Hasta donde él recordaba podía estar plenamente satisfecho de haber obrado correctamente. Salvo el romance con la morocha aquella.

No sólo era el libro, el amorio de Cristina y José Luís lo que más inquietaba a Martín, sino también esa extraña sensación de haber sido traicionado.

Además, estaba aún pendiente la cuestión de la foto de los jóvenes turcos, como así también otros cabos sin atar que ahora sí parecían dejarse ver.

Todo había sido aceptable al saberse él único responsable de todo lo malo que sucedía a su alrededor, pero ahora encontraba otros desórdenes, otros papeles revueltos y medias tintas, ya no estaba seguro Martín Máximo Cuevas de ser tan mala gente.

Solo había una forma de descubrir la verdad, si es que había alguna distinta a la que le habían contado. No tenía otra opción que aceptar el consejo de Ismael, escapar del paraíso prometido de los colgados, de las pastillas y los dibujos animados. Debía regresar a aquel infierno, la sociedad que lo había juzgado y condenado, reencontrarse con quienes habían perdido toda esperanza de volver a verlo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Vestido con una vieja camisa a cuadros que recibiera la navidad anterior por caridad de las monjas que visitaban frecuentemente el Centro, y enfundado en unos pantalones vaqueros que le quedaban bastante holgados, aprovechó para escaparse Martín Máximo Cuevas un descuido, también habitual, por parte de los enfermeros y el guardia de la tarde, que se habían sumado a los reclusos en el comedor a ver un partido del Madrid.

No le fue difícil hacerse camino hacia el patio trasero, y desde allí darle la vuelta al edificio hasta la entrada principal, el viejo portón.

Afuera, en el camino, hacía frío; sabía que tenía tan solo una hora para alejarse de aquel lugar y encontrar auxilio, escondite y una muda de ropa. Vestido así y con la descuidada barba que le acompañaba desde hacía ya varios meses sería muy fácil para las autoridades encontrarlo, a esto había que sumarle la más que mayúsculo detalle del brazo faltante y la disimulable cojera que le producía el dolor en la rodilla izquierda producto de un golpe tonto con el canto de una cama de hierro la noche anterior. Golpe infame, denigrante y tan común a todos nosotros alguna vez en la vida.

Siguiendo el camino, pero entre los matorrales que lo bordeaban, recorrió Martín los tres kilómetros que lo separaban del pueblo. Todos los perros le ladraron, y el se sintió más excluido del mundo que nunca. Tenía el corazón bombeándole a ritmo impropio, tal vez por la falta de químicos o quizás por los nervios y la emoción.

Cuando finalmente llegó al caserío se sentó a descansar en una esquina un tanto abandonada. Una persona que lo había visto desplomarse en aquel sitio temblando de frío, le preguntó si sentía bien. Era una viejecilla que no parecía estar en absoluto sorprendida por el aspecto de Martín. Es más, le invitó a pasar a su casa y a tomar un plato de sopa o algo caliente. “Muchacho, no puedes echarte a caminar con este frío” le dijo, pero eventualmente la pregunta llegó y Martín Máximo Cuevas, se vio forzado a mentirle, como parecía ya estar condenado a hacerlo por el resto de sus días.

—Me han echado de casa, abuela. No consigo trabajo sin mi brazo y mi mujer se ha cansado.

Como sea, la mujer le creyó. El estado del hombre era lamentable, pero hablaba correctamente, quizás por eso le creyó. Le sirvió una taza del te que ya tenía preparado, quién sabe desde hacía cuantos días atrás, y Martín, raudo, le aclaró.

–No la quiero molestar señora. Es que iba a pasar unas noches en la casa de mi madre, en Madrid, y esperar allí a que mi mujer se calmara, pero el hombre que se ofreció a acercarme, al verme indefenso, me bajó del coche, me golpeó y me robó todo lo que tenía.

–Pobrecillo. Pero también... ¿A quién se le ocurre?– le consoló la señora.

Martín tuvo algún que otro detalle con ella, mintiéndole sobre la exquisita colección de muñecas de porcelana que la vieja tenía en un aparador. También le mintió abiertamente sobre el aparador, los muebles, la casa en general y el estado calamitoso de la señora. “Se la ve muy bien”, le dijo el embustero, pasando por alto todos los achaques y síntomas que la pobre no podía ocultar.

Ella, le ofreció el sillón para pasar la noche, y llamó al carnicero del pueblo, su sobrino, para que acercara a Martín de madrugada hasta Madrid, que le quedaba de camino.

Martín aceptó de buen grado ropa prestada del difunto marido de la doña, se afeitó con la misma hoja con la que lo hizo el muerto ya hacía una decena de años, limpió las heridas con lo único que encontró a mano, su vieja camisa, y volvió a detenerse frente al espejo por dos o tres minutos más procurando reconocerse.

Martín Máximo Cuevas durmió poco aquella noche. Por fortuna la señora no escuchaba la radio, seguramente los informativos habrían ya mencionado algo respecto a su ausencia, acompañando el parte con una descripción física que Martín estaba imposibilitado de regatear y de otros datos respecto a su peligrosidad, que en el estado de nerviosismo del hombre no dejaban de ser ciertas del todo.

A las cuatro de la mañana, alguien golpeó a la puerta. No era la policía. El sobrino de la mujer dio un abrazo a su tía, le trajo algo de carne en una bolsa, y se presentó ante Martín.

–Bien... ¿Hasta donde puedo acercarte? –le preguntó.

–Hasta el centro, hasta Lavapiés o Tirso de Molina. Pero si no pasas por allí no hay problema.

–Ni lo digas hombre. Que a mi también me viene bien un paseo. Como tú, hace bastante tiempo que no veo la ciudad.

La señora no pareció inquietarse, ni mucho menos, por el desliz del joven. Parecía obvio que conocía a Martín; que sabía quien era o al menos que era un prófugo.

El Centro estaba cerca y seguramente todo el pueblo, salvo la señora, estaba al tanto que el mal afamado periodista había huido la noche anterior.

El joven, que parecía un tanto macarra, lo tranquilizó.

–Tu tranquilo –le dijo–. Te llevaré a Madrid. Descuida.

Ya no tenía nada que perder, el Martín que hubiera querido seguir siendo había muerto ya hacía cinco años en un juzgado, o tal vez antes, en manos de un fantasma, de alguien que lo odiaba, quizás víctima de su éxito en una sociedad que adora la mediocridad para no sentirse nunca menos. Éste Martín solo era un fantasma, despojos que habían quedado de su impropia sepultura.

Martín se despidió de la amable señora y acompañó al joven, en silencio, durante los primeros diez minutos de la travesía.

—Pareces mucho más flaco que en las revistas —le comentó el muchacho.

—¿Qué responderle? ¿Lo había realmente reconocido?

—No tema señor Cuevas, no lo voy a entregar a la policía. No todos los días tengo la oportunidad de darles por culo y es un placer... salvo que quiera matarme.

—¿Me están buscando?

—Bueno, mencionaron algo, pero hay cosas más importantes. Claro que me dí cuenta inmediatamente que era usted por lo que me contó mi tía, ya sabe, el brazo y eso.

—Aha.

—¿Qué va a hacer en Madrid? ¿Va a ver a su familia? ¿Al del libro ése? Me gustaría ayudarlo.

—¿Conoce a José Luís Claros? —le preguntó Martín, contrariado.

—¿Y quién no? Es ahora jefe de informativos del canal estatal. No sale mucho en la tele pero siempre en las revistas. No veo mucha televisión, pero lo conozco porque ha venido muy seguido al pueblo cuando lo visitaba a usted, y alguna vez se detuvo en el negocio.

—¿Y tu sabes donde puedo encontrarlo? ¿Conoces donde vive?

—No, pero sí donde trabajaba, estaba escrito al costado del coche. No queda muy lejos del centro.

—¿Podrías llevarme hasta allí? Necesito hablar con él.

—¿Lo va a matar? Si lo va a hacer espero que no me nombre si lo pillan, que a mi madre le da algo.

—No, que va, si es amigo mío. O lo era. Pero tal vez él sepa algo que yo no sé.

—¿Ha matado usted a toda esa gente? ¿Qué se siente? —preguntó entonces el muchacho.

—Que yo sepa no he matado jamás a nadie.

—Jo, ya se lo decía yo a la Peña. Yo siempre creí que era inocente.

—Te lo agradezco

El joven, que parecía escapado de una película de Alex de la Iglesia, mientras conducía tomó su teléfono móvil y llamó a un colega, completándose así aquella bizarra escena. Por suerte nadie contestó la llamada, ahorrándole a Martín un incomodo momento de gloria.

El furgón se detuvo frente a un espejado edificio de veinte plantas que tenía la entrada principal sobre la Castellana, a pocas manzanas de donde había tenido su empresa unos años atrás.

El joven macarrilla le hizo un último favor a Martín, preguntó en recepción si podía hablar con José Luís Claros y, como era lógico, su pedido fue amablemente desestimado por carecer de cita. Le dieron el número de teléfonos de la secretaria de José Luís, y le aconsejaron que llamase antes de las siete de la tarde. Hora a la que todos se retiraban.

Martín, con su aspecto, no hubiera accedido siquiera al hall del edificio. Todos los que trabajaban en los medios de comunicación lo tenían bien visto. No sería extraño que ya se hubieran echo eco de su huida.

Martín Máximo Cuevas buscó entonces un recoveco donde pasar el día y esperar la salida de su ex socio. Tenía pensado seguir a José Luís hasta su coche y allí intentar conversar con él.

Le dio muchas vueltas en su cabeza al momento en que José Luís le mirara a los ojos, muerto de miedo. Martín hubiera querido que no sea así. Que sea un encuentro tenso pero cordial, una charla, pero sabía que José Luís era muy nervioso y se iba a asustar de verlo. No tenía más opciones que aparentar estar armado, impedir como fuera que su colega intentase huir, luchar o pedir auxilio. Martín no hubiera podido seguirlo, ni pelear, estaba físicamente impedido, y llegado el caso tampoco podría escapar.

CAPÍTULO VEINTE

Las grises horas restantes de la mañana y de la tarde pasaron lentamente, pero a Martín Máximo Cuevas aquello no le importaba, su reloj biológico funcionaba con otros criterios, había estado adormilado durante cinco largos años, ahora le tocaba vivir, una espera de quince horas era tan solo un instante.

Como estaba previsto, a las siete y cinco, José Luís Claros, tan apuesto y elegante como nunca había dejado de serlo, se despidió del portero y se dirigió hacia una calle lateral, por suerte bastante deshabitada, muy cercana al boulevard de Bravo Murillo.

Martín siguió sus pasos prudentemente; José Luís metió su mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó un juego de llaves, su coche no debía de estar muy lejos. El sujeto siguió caminando durante otro buen trecho y se detuvo frente a la entrada de un edificio que parecía nuevo, sobre la calle Teruel, utilizó las llaves y se metió en él.

Cinco minutos después, Martín Máximo Cuevas cruzó disimuladamente frente al ventanal de cristal, como no había ningún celador volvió sobre sus pasos y buscó el nombre de José Luís en las etiquetas del portero eléctrico... segundo piso, apartamento dos.

Por unos instantes, para no asustarlo, Martín creyó conveniente tocar el timbre y presentarse, apelando a la buena relación mantenida con José Luís, pero nuevamente desestimó la idea, ahora él era quien tenía miedo de la violencia con la que podía reaccionar su ex socio. También tenía miedo de encontrarse allí con Cristina. Una eternidad había pasado pero por esas cosas raras de la vida y del corazón, sentía que habían pasado tan solo unas horas desde aquél último beso, como si ella hubiera pillado un rebote y él aún pudiera recuperarla.

Esperó un buen rato sentado en la acera de enfrente al inmueble, buscando la mejor forma de enfrentarse a su viejo conocido. Al edificio siguió llegando mucha gente, al parecer se organizaba una fiesta en la terraza. Los invitados pulsaban un botón e inmediatamente alguien les dejaba pasar al recinto. Si había una forma de entrar sin tener que llamar seguramente era ésa. Sus dioses le sonreían.

Se acercó nuevamente a la nómina del portero eléctrico intentando acertar, a grosso modo cuál era la tecla de la fiesta. No podía tener más suerte Martín Máximo Cuevas, los dos apartamentos del octavo piso habían remplazado sus acartonados apellidos en el listín por un discreto cartel que anunciaba simplemente "Fiesta".

Martín Máximo Cuevas, a quién la suerte había dejado esperando un último beso en una estación inexistente de tren en un lugar distante

de sus recuerdos, sintió que la dicha volvía a visitarlo, nada podía salir mal, estaba convencido. Su amigo se sorprendería mucho, tendría que darle un vaso de agua para que vuelva en sí, tendría que explicar lo inexplicable, tendría que dejarlo hablar, razonar junto a sus excusas, el porqué del libro y finalmente, aceptar su ayuda para buscarle una salida a su tormento, la justificación a su padecimiento.

Ya estaba en el interior. Ahora debía subir los dos pisos utilizando las escaleras ya que el ascensor estaba siendo constantemente requerido entre la azotea y el octavo.

Una vez que estuvo frente a la puerta del apartamento dos guardó silencio por un momento intentando escuchar si había alguien más con José Luís pero solo escuchó su voz, hablando con alguien a través del teléfono. Estaba intentando tranquilizar a su interlocutor, a quién Martín le puso nombre, apellido y vestido en un santiamén, le repetía que “Tranquila mujer, la policía lo va a encontrar en cualquier momento, no puede encontrarte. No puede acercarse. Está enfermo”. Al rato se despidió con un beso y un te quiero.

Martín estaba furioso y mayor vergüenza le causaba el saberse sin derechos a estarlo. Todo el mundo pensaba que era un enfermo, si es que era por eso, y todo el mundo sabía que José Luís y Cristina tenían un romance y probablemente un hijo. ¿Qué diablos hacía solo entonces ese idiota en un apartamento tan pequeño? ¿Dónde estaba Cristina?

Mientras pensaba en ello, esas eternas y siempre fatídicas décimas de segundo que nos parecen tan irreales en las películas, la puerta se abrió bruscamente.

–Y tú ¿Quién coño eres? –Le espetó José Luís Claros, abrigo y llave en mano, a un irreconocible y mutilado Martín Máximo Cuevas –... ¿Martín?... –e intentando cerrar la puerta con violencia gritó –¡Ostias!

Martín no le dio tiempo para hacerlo, le lanzó un golpe con el puño izquierdo, su única arma, cuya dirección y violencia aún no controlaba bien.

La nariz de José Luís Claros explotó entre sus nudillos y el muchacho cayó pesadamente hacia atrás. Martín Máximo no lo hubiera querido así pero bueno, al parecer el libro tenían razón y había una demonio en su interior, como en todos nosotros.

Entró al salón y cerró la puerta a sus espaldas. Buscó algún objeto que le pudiera servir para defenderse de José Luís y encontró un abre-cartas de bronce, poca cosa en realidad pero suficientemente punzante como para provocar respeto.

José Luís no podía creer que tenía la nariz debajo de su ojo izquierdo, con lo coqueto que era, apenas podía ver ahora a Martín, la sangre le inundaba la mirada.

Prefirió quedarse en el suelo por unos momentos más.

Martín Máximo, como parecía ser ya costumbre en él, equivocó nuevamente las formas y le dio un puntapié en el muslo de José Luís, mientras se desplazaba de un lado a otro de la salón como si buscara algo que sabía sería imposible de encontrar.

–Debería matarte –le dijo –.

–¡Por favor Martín no lo hagas! –sollozó desde el piso su colega.

–Entonces habla de una vez... ¿Cómo es eso de tu relación con Cristina? ¿Por qué has mentido en el libro? ¡Eras mi amigo!

–Yo puedo explicártelo todo Martín, pero no me hagas daño.

–Empieza entonces de una vez, cabrón.

Martín se colocó junto al cuerpo de José Luís, le ordenó que tomara asiento en el sillón, y enseñándole el cortaplumas, amenazante, se preparó para escuchar lo que jamás pensó...la más real y absurda de las historias que se pudieran imaginar...

–Deja a Cristina fuera de esto –le pidió José Luís–. Ella no tiene nada que ver en esto. No sabe nada. Seis meses antes que ocurriera lo de los crímenes nos liamos, no sé que pasó, tú estabas en Irak y nosotros en una fiesta. Fue una putada pero nos enamoramos, fue sincero Martín

–¿Qué dices?

–Pues sí colega, todos lo sabían. Ella estaba desesperada, pero no se podía dejarte. No me dejó que yo te lo dijera porque ella era tu novia y todo eso. Pero luego ocurrió lo del embarazo y todo se precipitó.

–¿Embarazo? ¿De quién? ¿De mí?

–Ella no sabía de quién, es lógico, entiéndelo. Yo perdí la cabeza y tenía que hacer algo. Y así se me ocurrió un plan... un plan macabro para quitarte del medio.

Martín pensaba que no podía escuchar mayor sinrazón, pero no acaba siquiera de empezar. José Luís estaba dispuesto a hablar, a contar todo lo que sabía, estaba aterrado, arrepentido.

–Me enteré de la muerte de un hombre kurdo en Lavapiés, estaba en todas las noticias pero nadie le dio importancia, el marido de su amante lo mató y fue puesto en libertad, nadie reclamó el cuerpo por lo que se descartó que no tenía familia. En ese mismo tiempo me vino a ver una señora turca que trabajaba de dependienta en la urbanización donde vivía, me dijo que tenía dos hijos sin trabajo. Tampoco le di importancia pero guardé su número. Poco antes que te fueras a Chinchón con Cristina llamé a la mujer y contraté sus hijos para la mudanza a mi otra casa... ¿Te acuerdas que te lo he contado?

–Sigue hablando, no te detengas, capullo.

–Los muchachos me dieron a entender que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa, y como eran gemelos, se me ocurrió tenderte una trampa. Al principio sería como un juego pero después se salió de las manos. Contraté a uno, a escondidas de su hermano y su madre, para que hiciera el papel de Yuhannà y se presentara ante ti, ése era todo el trabajo. Después envié a Cristóbal, a ése si lo conoces, el colombiano

ese que era de la FARC, al que tú le hiciste una entrevista hace ya bastante tiempo.

—¿Y el lo mató?

—Sí, pero el muy tonto se olvidó el cuchillo junto al cuerpo, y ése cuchillo era mío. Hasta ahí era lo que yo tenía planeado. Al hermano le diría que tú habías tenido que ver con la muerte e intentaría vengarse de ti, tu sabes cómo es ésta gente.

—¿Y las otras muertes? ¿La señora? ¿El chino?

—Como vi que las cosas se salían de mis manos y el muchacho turco se había vuelto loco, me arrepentí y tuve miedo de que quisiera matarte así es que le llamé y le dije que según mis contactos el asesino había sido el mismo hombre que había matado al viejo kurdo, el que estaba prófugo. Le dije que tú también estabas investigando, que no se entrometiera contigo, que no se dejara ver.

—¿Pero porqué mató a la mujer?

—Qué se yo. Estaba como loco, me amenazó. Entonces le fui contando lo que sabía, lo que tú me contabas o le contabas a Cristina. Mató a la mujer de aquel hombre, también al amigo, al otro muchacho. Yo te envié los mensajes al móvil, para confundirte nada más, pero después se me ocurrió lo del dinero y lo de la casa, era la única forma de que te quitaras del medio, ya no respetabas a Cristina y ella estaba muy sola, muy triste. Y estaba esperando un niño, tú ni siquiera lo habías notado, ni siquiera la tocabas. Preparé las llamadas, Cristóbal te secuestró, también a la chica aquella, Elvira, y la mató, era un bruto. Yo no quería hacerte daño, es por eso que hice todo lo posible para que fueras a otro sitio y no a la cárcel. Los medios, el pueblo, todos necesitaban a alguien para borrar de la memoria colectiva el 11-M y las elecciones, y ése alguien eras tú. Todo se me escapó de las manos, entiéndelo.

—¿Es cierto lo que me dices? —preguntó Martín Máximo, llorando.

—Sí Martín —Reconoció José Luís, resignado—. Pero aún podemos ir a la policía, no hagas nada malo, colega. Me pueden caer unos años por asociación ilícita, pero no quiero seguir así. Me siento mal. Cristina y yo nos hemos separados, seguramente podrás volver con ella y con tu hijo cuando todo se aclare... lo entenderá... el niño es tu viva imagen. Yo ya no podía mirarlos a la cara.

Martín Máximo Cuevas guardó silencio, por momentos parecía que iba a reaccionar violentamente, pero de a ratos recordaba la cara de Cristina, se imaginaba al niño, armaba una familia en su cabeza y eso le apaciguaba.

¿Cómo había caído en esa trampa? ¿Cómo podía ser tan débil la justicia como para no haberle dado una oportunidad?

Martín, como se lo ordenaba el sentido común, guardó la bronca y optó por ir a la policía, después de todo ya lo estaban buscando, aunque había un pequeño gran detalle... ¿Qué seguridad tenía de que José Luís repita esa historia en una declaración?... Lo primero que harían, sin dudas, sería esposarlo, esposarlo contra una reja, como habían echo

antes, por faltarle un brazo, le pegarían... ¿Quién iba a creerle si José Luís lo negaba todo?...

José Luís Claros notó la duda en Martín, vio que ya no sostenía el arma con la misma fuerza, era el momento idóneo para reaccionar... pero adivinó los pensamientos de Martín y reconoció que el mejor momento para hacerlo sería frente a los policías, le siguió entonces el juego.

–Levántate y límpiate la cara, vamos a la comisaría... –le ordenó Martín a José Luís, empuñando ahora con más fuerzas el abrecartas.

El joven se incorporó y se encaminó a la cocina, vigilado por Martín enjuagó su rostro y echó la cabeza para atrás para detener la hemorragia.

Luego le pidió permiso para buscar su agenda en la habitación, una camisa limpia y el abrigo. Martín lo siguió y esperó en la puerta. Le resultaba difícil fijar la vista en los retratos que colgaban de la pared y sobre las mesitas de noche, en todos estaba Cristina y en algunos el niño, todas eran sonrisas.

Martín Máximo Cuevas volvió al salón, terreno neutral, utilizó la complicidad de un gran espejo de pared para observar qué hacía José Luís en la habitación. El detenido se cambió la camisa, arrojó la que tenía a un trastero, se colocó un rosario en el cuello, lo besó, buscó un abrigo y abrió el segundo cajón de una cómoda buscando quién sabe qué.

Martín Máximo vio por un instante un arma, una pistola negra, José Luís la ubicó sobre el mueble y siguió hurgando. Martín entró en pánico, si su colega se giraba empuñado el arma él no tendría tiempo para reaccionar, había perdido totalmente toda la ventaja, estaba a por lo menos seis metros, ni aunque se echara a correr y se arrojara contra él podría impedir la reacción y un posible disparo. Se sentía perdido.

Disimuladamente se escondió en un punto muerto al costado de la puerta de la habitación, José Luís había guardado el arma, seguramente no pensaba usarla, simplemente cambiar el juego a su favor. Martín debía actuar rápido.

Cuando José Luís asomó con precaución su cabeza afuera de la habitación, también intrigado por los planes de Martín, que súbitamente había desaparecido, lo único que vio, desde un costado, fue una mano sosteniendo una piedra que se aproximaba y le impactaba en la frente, luego sintió un calor que le recorría la nuca hasta la baja espalda y la habitación se volvió un sueño. Poco después no vio más nada, solo intentaba respirar, como si estuviera sumergido bajo el agua, pero no encontraba aire, se estaba ahogando en sangre pero no podía mover las piernas ni los brazos, poco a poco sintió un extraño sabor en la boca y dos segundos después no sintió más nada.

Martín, por su parte, cuando sintió que José Luís se aproximaba, cogió una piedra de la repisa, y le acertó un golpe seco ni bien tuvo oportunidad. El impacto provocó un sonido hueco, atroz, y una brecha se le abrió desde la nariz hasta la coronilla. La sangre que brotó de la herida era de un color escarlata muy oscuro y rápidamente se le metió en la nariz y en la boca. José Luís tembló por un rato, tosió y al rato se quedó inmóvil.

Para sorpresa de Martín Máximo no había rastros de la pistola. El arma había quedado sobre la cama. Solo había una vieja agenda en sus manos, un manojo de llaves y sus dedos contrayéndose lentamente.

Sin dudas le había dado un buen golpe, no hubiera querido que sea para tanto pero por las dudas tomó un poco de distancia del cuerpo, temía que reaccionara súbitamente, como pasaba en las películas, después de todo él solo tenía un brazo para defenderse y estaba exhausto.

José Luís no se movió. Estaba muerto. Martín no tuvo tiempo de comprobarlo, cogió la agenda, las llaves y salió de la casa.

En las escaleras se cruzó con una señora, que llevaba dos perritos muy inquietos en brazos. Por esas raras habilidades que tienen las marujas, seguramente por la ingesta de tanto culebrón venezolano, clavó su mirada en la mano ensangrentada de Martín, en su barba de dictador iraquí en clandestino, y pegó un grito Hitchcock, como había soñado toda la vida hacerlo.

Martín Máximo Cuevas se dio a la fuga nuevamente.

Deambuló durante horas, sin dirección y encontró finalmente un sitio para dormir junto a unos vagabundos y tres perros sarnosos en un pasaje subterráneo del metro que aún hoy sirve de acceso al parque del Retiro. Donde llegó ya sin fuerzas, ni ganas de seguir siendo.

Lo bueno e impagable que tenían quienes dormían a su lado era que eran reservados, y lo poco que decían era incomprensible. Por la mañana uno se alejó con un carro de compras, sus pertenencias y los tres canes. Los otros dos se pusieron a leer alguno de los cientos de libros y revistas que amenizaban sus días; Martín Máximo siguió durmiendo un poco más debajo de un cartón, luego aceptó un te caliente, rechazó el ofrecimiento de material de lectura.

Aquellas personas echaron por tierra lo que pensaba de los vagabundos, al menos éstos eran tremendamente cultos y educados. No necesitó presentarse, ellos sabían leer además las almas, sus ojos atravesaban las vestiduras, la barba y la suciedad, podían reconocer una persona por el brillo de sus ojos y así se lo hicieron saber.

—Lo está buscando todo el mundo don Cuevas. Le recomiendo que se siga moviendo, muchos transeúntes ya lo han visto aquí durmiendo y también se han fijado que le falta un brazo.

Martín les agradeció el consejo asintiendo con la cabeza y se puso a ojear la agenda de José Luís en busca de la dirección de Cristina, tal vez la única persona en la que podía confiar a esas alturas.

Aquellos dos personajes le recomendaron disimular el brazo faltante, le enseñaron a poner la manga en el interior del bolsillo del pantalón para que nadie se percatara del vacío. También le dieron unos anteojos de sol y le indicaron el camino hacia la zona de Valdezarza, donde vivía ahora Cristina.

Fue en ese trayecto cuando Martín Máximo Cuevas se enteró que José Luís estaba muerto y fue también en ese momento cuando comprendió que ya nada podía volver a ser como antes.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La zona de Valdezarza, en el norte de Madrid, es un lugar poco conocido aún para los taxistas con más experiencia. La urbanización era nueva, las calles y sus nombres también.

Cachemira era el nombre de la calle que buscaba, un nombre muy terrenal, conflictivo, tan opuesto a los dulces y viejos nombres de las calles de Lavapiés, los lujosos y modernos chalets adosados contrastaban del todo con las vetustas casonas del barrio castizo; los grandes ventanales de unos daban a parques, plazas y rayos de sol, las tristes ventanas de los otros, se peleaban por ofrecer a sus inquilinos vistas a los adoquines de las calles, los negros manteros yendo y viniendo, los bares de mala muerte y los mayoristas de chorradas.

Hay que ver las cosas en las que piensa un hombre agobiado por los problemas, pues justamente en esta comparación tan fútil perdía el tiempo Martín Máximo camino a la casa de su mal amada.

En eso y en qué sentiría al ver los ojos de su hijo, qué le diría Cristina con la mirada

Martín presionó el timbre más nadie respondió. Un triciclo daba la bienvenida a los visitantes rejas adentro, abandonado a su merced en el pequeño jardín exterior de la vivienda.

No dudó en saltar la verja, la puerta de la casa estaba entreabierta, el teléfono no dejaba de sonar y el contestador se hacía cargo de los interminables mensajes. Poco le importó que alguien le viera haciéndolo, Martín Máximo Cuevas ya no era parte de éste mundo, él vivía en otra dimensión, con otros sentidos y objetivos.

Una vez dentro se acercó al triciclo, presionó la cabeza del patito que hacía las veces de bocina y esperó que alguien saliera de la casa al escucharlo, pero nada. El teléfono seguía chillando.

Martín comenzó a preocuparse. No se escuchaban voces. Cristina y el niño seguramente habían huido, alertados por los últimos acontecimientos, la huida de Martín, la muerte de José Luís y considerando todo aquello, no la culpaba.

La grabación de una tierna voz infantil respondió por enésima vez el teléfono, un hombre alentaba a Cristina a buscar auxilio, le recordaba que Martín Máximo estaba suelto, que era peligroso y estaba sin medicamentos.

Pero Cristina ya no podía oírlo.

Como si lo hubiera estado esperando, Cristina, cómodamente sentada en el sillón del salón, tenía la mirada fija en la entrada, en el rostro de Martín. Los ojos celestes de la muchacha se clavaron en los de él, y de una forma muy especial, muy personal, le contó silenciosamente que había muerto por él.

De un lado, sobre la moqueta, quedó tendida la pistola; del otro, junto al sillón, se desparramaban sus pensamientos, sus sueños, sus ilusiones y sus miedos, licuados en sangre. Frente a ella, sobre la mesa ratona, una carta para él.

Martín, al verla, cayó de rodillas, se desplomó. Pronunció palabras de amor que nunca salieron de su boca, las mismas que se mezclaron con la baba, con el mareo, con el profundo dolor. ¿Cuántas veces había muerto Martín en esta vida?

Se arrastró hasta la mesa, sin acercarse a ella recorrió su rostro, su cuerpo, su belleza, acercó el escrito hacia él e intentó comprender lo inexplicable.

“Martín. Esto prefiero hacerlo yo. No soportaría ver el odio en tu mirada, la venganza en tus ojos. Perdóname por haberte sido infiel, perdóname por haberte ocultado lo del niño, tenía mucho miedo de confesarte mi pecado, siento no haberlo echo a tiempo y evitado tantas muertes, tu locura. Entiende que no puedo permitirte que me quites la vida por la espalda como has hecho con José Luís. Solo quiero pedirte un favor: Gracias a tu generosidad, mi seguro de vida, y el de José Luís, serán suficientes para que al pequeño no eche jamás en falta nada. El será el beneficiario de todo lo que hemos sufrido, de todos nuestros errores. Recoge el arma, cariño, y vuelve a disparar en la herida, rompe esta carta y acepta el sacrificio. Si aún queda en tu cuerpo algún resabio del buen hombre que has sido, será suficiente como para aceptar mis disculpas y éste final, el único que puede salvar nuestras almas. Gracias, también te amo. Cristina.”

Martín Máximo Cuevas respiraba con dificultad, su cuerpo se negaba a aceptar la realidad, hubiera cambiado sin vacilar su vida por la de ellos. Su pesadilla no parecía tener fin.

Confió en las palabras de su amada, la única forma de encontrar una salida noble a tanta locura era provocándole él una segunda muerte a Cristina, y luego quitarse la vida, arrancarse el dolor. Un dolor que superaba al peor de flagelos, sumaría el dolor del amante despechado, con el que pierde su mejor amigo, con el que pierde un hijo, con el que da alcance así a su propia muerte, cinco años atrás, a la que había sobrevivido tan solo para provocar aún más dolor...

Aquel fue el instante final para la flaca razón de Martín Máximo Cuevas.

Se sentó junto al cuerpo sin vida de la joven, apoyó el cañón del arma nuevamente en la herida que ella misma se había provocado en la sien izquierda, y sin pensarlo dos veces jaló del gatillo en dos oportunidades. La cabeza de Cristina fue y volvió hacia él para quedar inmóvil, despedazada, sobre su regazo.

El rostro de Martín estaba empapado en lágrimas, sangre y sudor. Llevó la pistola hacia su propia boca, la introdujo hasta quemarse los labios, y al escuchar los móviles policiales acercándose tuvo un instante de duda, un planteo inútil, un minuto de inseguridad, de razonamiento, que le robó el merito. No le había dado a ella, ni a nadie, ese momento de reflexión. Ningún suicida se permite el lujo de pensarlo dos veces. Pensó que sería mejor entregarse, aceptar todo y cada uno de los cargos que le formularan, asegurarse que el niño reciba su pensión... Pensó en muchas cosas que no hicieron más que enaltecer su cobardía.

¿Cómo podría quitarse la vida un muerto? ¿Acaso no estaría haciéndose un favor? ¿Ahorrándose el castigo?

Martín, al escuchar los oficiales rompiendo la reja de la entrada, se quitó el cuerpo de Cristina de encima, dejó el arma en el suelo, cogió la carta, que por poco olvida sobre la mesa, y echó a correr...

Se escapó por la puerta trasera, la que daba a un descampado. Le dispararon tres veces, le hirieron en el hombro, pero siguió corriendo, saltó un muro y desapareció para siempre.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Muchas fueron las versiones que se escucharon después de aquél día.

Alguien dijo que en realidad Martín se disparó y murió junto a Cristina, que los oficiales al leer la carta se deshicieron de ella, para no perjudicar al niño.

Otros dicen que logró huir, que sigue escribiendo en periódicos con un seudónimo y que ha vuelto a rehacer su vida.

Yo he conocido muy bien a Martín Máximo Cuevas, o lo que quedaba de él en aquél depósito de lunáticos de Alcorcón. Fuimos compañeros de habitación durante cuatro años, y puedo asegurarles que aquél buen hombre está ya muerto.

Pero en el barrio de Lavapiés, donde vivo junto a mi familia desde que salí de allí, doy fe que a veces me visita su fantasma, sus restos, y entre sollozos me ha contado los detalles de su historia, de su muerte; detalles que he compartido aquí con vosotros.

También hay gente en éste barrio que en las noches tranquilas y silenciosas, que son pocas, ha escuchado el llanto de un hombre, un vagabundo que vive escondido entre ratas y cajas, que en sollozos recuerda a su prometida, su hijo y al amigo que ha perdido.

LOS NÁUFRAGOS

Esto se mueve mucho, se hace muy difícil escribir.

El cómo, el porqué y el cuándo llegamos aquí son parte de una historia que nosotros no hemos vivido. Digo nosotros y me refiero a mi padre, mi madre, mis hermanos y todo nuestro mundo, todas las personas que aquí conocemos.

Me critican que intente escribir mientras la barca se mueve tanto, mi padre me pide que coja el remo para ayudarlo o que saque el agua hacia fuera, que esté siempre atento a lo que se esconde tras la bruma. Pero toda mi vida ha transcurrido aquí, en el agua... buscando tierra firme o esperando que nos rescaten.

Mi padre tampoco sabe como fuimos a terminar aquí, náufragos en el medio de este océano. El también fue naufrago cuando nació, incluso mi madre... y el padre de ella.

Me resisto a pensar que mi futuro esté aquí, o el de mis hijos. Buscando incesablemente una isla o algún barco gigantesco que nos recoja y nos de tranquilidad.

Tampoco es claro como ocurrió todo, y como fuimos forzados a vivir así tantas personas. Incluso es difícil tener mi edad y sentirse obligado a creer que lo que dicen las cartas marítimas, los planos, mapas y libros que nos hemos legado de generación en generación sean ciertos.

¿Que pruebas tenemos que rumbo al norte llegaremos a tierra firme? ¿Que haremos una vez que lleguemos allí? ¿Existe un lugar que se llame tierra firme? ¿Podremos vivir mejor que lo hacemos en nuestra barca? Después de todo, este es mi mundo, el mar, todo lo que conozco y hasta cierto punto puedo controlar.

Mi madre me hace callar, le enferma pensar que yo no tenga fe en este rumbo. A mi padre tampoco lo veo convencido, es que su padre paso toda su vida remando en esta dirección y jamás encontró siquiera una isla. Pero supongo que no quiere hacer enojar a mamá, y talvez, el hallar o no la tierra firme no es tan importante para él siempre y cuando mamá este feliz.

Mis hermanos juegan en la parte trasera. La barca es grande y hay lugar de sobre. Algún día, en uno de esas tardes de sol con el mar tran-

quilo, cuando ya seamos capaces de capitanear nuestra nave, nos separaremos. Eso es lo que hemos estado haciendo por generaciones.

En el fondo, no es tan malo ir rumbo al norte, no estamos solos, desde aquí puedo contar ochenta y cinco barcas, llenas de familias, una al lado de otras, compartiendo la pesca, los sueños, el rumbo.

—¿Mamá cuando llegaremos?— pregunta Tomás, el mas pequeño.

—Tranquilo —le dice—. ¿Qué más quieres? Aquí estás con tu familia, tus hermanos y amigos. Rumbo norte no hay nada que temer, cuando aprendas a leer te darás cuenta que éste es el camino. Me lo ha dicho mi padre, mi madre y lo dicen todos estos libros con corrientes y vientos.

Pero, pregunto, ¿Qué pasaría si esos mapas tan viejos han sido escritos por personas desesperadas? ¿Qué pasaría si no eran diferentes a mí, que escribo esto en mi rincón? ¿Qué pasaría si convenzo a mis hermanos que el rumbo correcto es hacia el este?... y luego convenciera a mis hijos, cuando los tuviera, y a los hijos de sus hijos... ¿No iríamos acaso todos hacia allí, simplemente porque a mi se me ha ocurrido? ¿Qué pasaría si nos diéramos cuenta que estamos todos desesperados, que solo hay agua, y que seguimos buscando un camino para no sentirnos tan solos?

Mi padre, asustado mira a mi madre y luego a mi “No se debe hablar así”, me dice con la mirada...

—No debes pensar así —me regaña mi madre—. Todo el mundo sabe que si llegamos hasta el final en esta dirección nos espera un continente, con campos para cultivar, ciudades y montañas, que son torres gigantes de piedra que llegan hasta el cielo. ¿O acaso no las has visto en los dibujos?.

—Sí, las vi mamá, pero que pasaría si no existen, el otro día soñé con un pez con cuatro patas... Si le dijese a Tomás que un pez con cuatro patas vendría a la noche a devorarlo me creería, y si le asusto lo suficiente, transmitirá su miedo a sus hijos. Es que no creo que existan las montañas”.

—Tu ya eres un hombre —me dijo—. Sabes que los animales de cuatro patas no existen, jamás nadie ha visto uno. En cambio, hablando de montañas... en aquella barca hay un viejo que dice que las ha visto, pero su belleza lo ha cegado y perdió el rumbo. Tienes que tener fe, si no llegamos nosotros probablemente tu o tus hijos lo harán.

No sé, no sé, pienso, quien sabe si la tierra firme esta hacia aquel otro lado, si hasta los que crearon nuestras brújulas lo hicieron pensando solo en el norte.

Papá sigue remando, como siempre, a veces lo ayudo, que ahora puedo. Con el paso de los años mis amigos, lo de las barcas vecinas,

fueron también creciendo y ahora ayudan a sus padres, pronto, según dicen, debo hallar una muchacha, para poder seguir la cadena. Tendré mi barca, la ataré junto a otras, y seguiremos buscando el norte.

No lo entiendo, sinceramente no lo entiendo... ¿Qué hago yo aquí entonces? ¿Me han traído solo para remar? ¿Acaso tengo alguna capacidad de decisión sobre mi futuro?

“¡No!”, grita el mar y una ola gigante se tragó tres barcas ahogando a todas las familias. Me asusto. “Eso les ha pasado por ir hacia el Sur... el mar nos guía hacia el norte hijo mío” me consuela mi madre. Yo espero que sea cierto.

“¡No!”, grita el mar nuevamente y otra gigantesca ola hace retroceder cien millas a otras tantas barcas de amigos que iban hacia el norte. “Eso les ha pasado por no haber preparado bien sus barcas” me dice mi padre.

Entonces, ¿Qué nos diferencia de ellos, de los que van al este, al oeste o al sur? A ellos azotan las tormentas y a nosotros también, ellos se unen y luchan pero el mar es mas poderoso... nosotros también. Ellos tienen libros que les prometen tierra firme, pero nosotros también.

¡Exijo pruebas! ¡Exijo que alguien me de un motivo para seguir remando hacia allí!

–¡Madre! ¿Es que no te das cuenta? Moriremos todos en el camino, si no es por viejos será por alguna tormenta, alguna enfermedad. Nos podriremos en el mar, como el abuelo, la abuela, todos los que se han muerto– le digo.

–Seguimos las olas, ellas nos guían –me dice tiernamente mi madre–. Los muertos, los suyos, los nuestros, se deshacen en el mar, y convertidos en cenizas cabalgan sobre las olas que van hacia el norte, luego golpearan contra las piedras de la costa y quedaran allí, esperando que lleguemos. Si no llego por mis propios medios te esperaré allí a ti y a tus hermanos, después de haber viajado sobre una ola, como lo ha hecho ya mi padre.

–¿Acaso has visto alguna vez cómo es una playa? –le pregunto– ¿Sabes como es una roca?.

–No es necesario– me responde–. Todo el mundo sabe cómo son, todo el mundo sabe que están allí. Después de todo. ¿Qué cosa haríamos aquí si no fuéramos hacia el norte? Nos aburriríamos. De esta forma al menos estamos siempre juntos, con los amigos y parientes de aquellas barcas.

–Eso es cierto... pero podríamos mirar hacia el mar, ver qué es lo que hay allí debajo, o mirar hacia el cielo, atrapar algún pájaro de estos que a veces pasan, preguntarles qué creen ellos que sucede.

Mi padre me mira, está ya cansado, me deja los remos y me pide que ocupe su lugar. Se recuesta al lado de mi madre y me guiña un ojo... sonríe.

El pensaba igual a mi edad.

Entre la bruma, reconozco las barcas de mis amigos y otros conocidos.

Allí va Diego, con su familia nueva, por allí va otro... hay de todo, pequeños botes y grandes cruceros, pero en el fondo creo que estamos todos perdidos. Si de algo sirve el que estemos todos juntos, siguiendo estos viejos mapas y cuadernos, es para que nos consolemos ante la pérdida, nos hagamos compañía, o para nunca falte la comida pues pescamos todos juntos.

A veces creo que nos tranquiliza vernos acompañados aunque no sabemos donde vamos.

Hace dos semanas, mientras todos dormían, un viejo con gran barba gris, con el torso desnudo y bronceado por el sol, cruzó con su maltrecha canoa en dirección contraria y me saludó. Acercó su barca a medio metro de la mía mientras mantenía su eterna sonrisa, dejó los remos sobre el piso y se puso de pie. Juntó las palmas de sus manos en dirección al cielo, dejando entrever sus costillas, y sin retirarme su mirada y menos su simpatía, dio un enorme salto y se zambulló entre las dos barcas hacia el fondo del mar.

Pasaron eternos minutos sin noticias del pobre hombre, intenté despertar a mi padre, tal vez él podía intentar rescatarle pero estaba tan profundamente dormido que fue imposible.

La congoja, la tristeza me invadió. ¿Estaría muerto?; todos saben que no se juega con el mar, de seguro que ya sus restos estaban cabalgando una ola con destino a la costa de sus sueños.

Dejé los remos a un lado y me incliné a ver si lo divisaba, pero el agua estaba espesa, y solo veía una mala copia de mi contorno reflejada en ella, pero me acerqué mas... y un poco mas... hasta que unos gigantes ojos y una enorme boca llena de afilados dientes se abalanzaron sobre mí desde la oscuridad del mar provocando el grito mas desgarrador que un niño haya emitido.

Era el viejo que buscaba aire, tenía una flor o una planta color blanco en la boca... me la puso en la mano, sosteniéndose con la otra al costado de mi barca. Respiro profundamente dos veces mas... y me dijo "Tómala muchacho, es una anémona. Una flor viva del mar".

La flor, que tenía hermosos colores, comenzó a moverse como si buscara sitio para dormirse en mi mano. Mi padre, mi madre, mis her-

manos, todos quedaron boquiabiertos observando lo que nunca jamás nadie había visto. “¡Es una margarita, como la que aparece en los libros!”– exclamó mi madre, sobrecogida, casi llorando de la emoción. “No señora– le contestó el viejo– desconozco si existen esas flores pues jamás las he visto, y dudo que pueda remar lo suficiente para verlas algún día. En cambio estas, viven aquí, en el mar, nos acompañan toda la vida, y ni siquiera nos hemos fijado en ellas”.

El viejo, volvió a vestir su enorme sonrisa, me guiño un ojo como lo hacía mi padre, tomó la inquieta flor de mi mano y se zambulló nuevamente para dejarla en su sitio.

Jamás en mi vida habíamos visto algo tan bello... no abandonamos la cara de sorpresa hasta que el viejo, con un breve saludo se despidió, hasta detenerse adonde la bruma envolvía el mar, junto a otra barca conducida por un niño, a quien saludó antes de arrojarle nuevamente al mar.

¿Quien sabe? Tal vez las respuestas estén aquí.

Ya tengo casi lista mi barca, una muy pequeña y solo para mí, no sé aún si iré al norte, al este, al oeste o al sur.

Supongo que dentro de algún tiempo moriré, de viejo o enfermedad. Seguramente ese día, cuando quiera que esto sea, cabalgaré hacia las rocas sobre una enorme ola y nos encontraremos todos juntos frente al mar.

Por ahora me quedo aquí, por donde cruzan tantas barcas, tantos niños y adultos sin sonrisas, para enseñarles las maravillas que crecen en mi tierra firme, en mi jardín de flores... en el fondo del mar.